NUNCA ES TARDE PARA PERSEGUIR LO QUE AMAS

EL VIAJE DE TU VIDA



ANDRÉS PASCUAL

PLAZA JANÉS

ANDRÉS PASCUAL

EL VIAJE DE TU VIDA

NUNCA ES TARDE PARA PERSEGUIR LO QUE AMAS

PLAZA JANÉS

A David y Fabián,
por aquellos primeros viajes.
Tantas risas y tanto camino por delante

No hay deber que descuidemos tanto como el deber de ser felices.

ROBERT LOUIS STEVENSON

HACIENDO LAS MALETAS

LA VIDA, EL VIAJE DEFINITIVO



¿Has tenido alguna vez la sensación de estar viviendo la vida de otro? ¿Sientes que te falta algo?

A mí me ha ocurrido. Nuestra sociedad hace que todos, en un momento u otro, vivamos una vida que no gobernamos, empujados por la inercia del trabajo, por una relación inapropiada, por el caos cotidiano, por la desidia o la frustración.

Lo confirmo cada día con muchos lectores y con la gente que me rodea. Al enterarse de que hace unos meses dejé el bufete de abogados al que he entregado veinte años para dedicarme en exclusiva a la escritura, me paran por la calle y, apretándome el brazo con complicidad, me susurran al oído: «Qué suerte poder hacer lo que amas».

Es entonces cuando me estremezco al pensar: ¿No debería ser así siempre, entregarnos en cuerpo y alma a aquello que amamos? Y no hablo necesariamente de cambiar de vida de forma radical, pegar un giro de 180 grados y romper con todo gritando «¡Carpe diem!». Bien sé que vivimos en un mundo complejo, con muchos hilos que manejar para que no se caiga la cometa. Hablo de sentirnos realizados, de salir corriendo tras esas cosas que hacen que el corazón nos lata de una forma especial, que nos dibujan una sonrisa que no nos cabe en la boca.

Mi padre ha pasado décadas lamentándose porque le habría encantado tocar el saxo y, al mismo tiempo, autoconvenciéndose de que era una labor imposible. Imposible... Con sesenta años decidió que las únicas barreras estaban en su mente, empezó a ensayar y, a sabiendas de que nunca será Charlie Parker, ese instrumento llena su vida de luz. Ahora, con setenta y tantos, ha empezado a alternar el saxo con la armónica, más fácil de transportar de aquí para allá. De nuevo página uno. De nuevo esa sonrisa de emoción. Nada te impide perseguir lo que amas, sea lo que sea y en cualquier momento.

Tal vez estés pensando: «De acuerdo. ¡Quiero encontrar mi propósito vital, perseguir mis metas y sueños! Pero ¿de verdad puede alcanzarlos una persona normal?».

Todos somos personas normales. Aquellos que protagonizaron los grandes hitos de la historia eran como tú y como yo, con sus virtudes y sus debilidades. Su único acierto fue ser conscientes de cuáles eran esas virtudes, para potenciarlas, y cuáles sus debilidades, para combatirlas o, cuando menos, evitar que gangrenasen el resto de su ser.

Cuando llegue el momento y estemos en el lecho de muerte, viejecitos y con el rostro lleno de arrugas, parados ante eso que llaman el túnel nos formularemos una única pregunta: ¿He aprovechado como debía el viaje de mi vida?

En ese instante, nadie (ni siquiera nosotros mismos, que somos nuestros jueces más despiadados) va a pedirnos cuentas por no haber alcanzado alguna de las cosas que amamos. Lo que sí nos reprocharemos (y no quiero imaginar la tristeza que sentiría, más vale que esto no ocurra) es no haber caminado hacia ellas.

ANDANDO MI CAMINO

Yo vivía una vida muy cómoda. Pero un buen día me miré al espejo y no me reconocí.

Entonces comencé a viajar y todo cambió.

En los viajes encontré mil respuestas. Más bien, mil nuevas preguntas que hacían que me replantease mi propia realidad. Encontré inspiración para las que más tarde fueron mis novelas y, lo más importante, atesoré diez preciosas enseñanzas que me han guiado en el viaje más importante de todos: el que realicé a lo más profundo de mi corazón para descubrir lo que amaba de verdad y redirigir mi vida.

Hoy escribo estas páginas desde una buhardilla londinense en el barrio de Notting Hill, con sus fachadas color pastel, cerca de otra zona llamada Bayswater que también me apasiona por la mezcla de culturas, con sus locales persas, griegos, coreanos... Es como estar en todos esos países al mismo tiempo. Basta con volver la cabeza y mirar a la acera de enfrente.

Estoy aquí y me dedico a lo que amo. No sé si será o no para siempre (¿qué es eso de «para siempre»?), pero soy feliz. Mejor todavía, estoy tranquilo. La felicidad es algo etéreo, algo que disfrutas unos segundos antes de que se te escape entre los dedos, desvaneciéndose como el humo. Pero la serenidad, la paz... eso no se paga con dinero. Sé que estoy haciendo lo que tengo que hacer en este momento: escribir este libro, preparar el siguiente, perfeccionar mi inglés...

Es un camino largo, un camino difícil y sobre todo un camino inseguro. A todas luces, mucho más incierto que el boyante despacho de abogado con veinte años de experiencia que he dejado para estar hoy aquí. Pero es mi camino.

Estoy viviendo mi propia vida.

Esto hace que me sienta inmensamente agradecido; y por ello he escrito este puñado de páginas. Para compartir contigo mis dos viajes simultáneos, el geográfico y el interior. Quiero que me acompañes y vivas como tuyas las aventuras por los diez fascinantes rincones del globo que me hicieron cambiar, para que tú también te transformes con ellas.

Diez escalas.

Diez herramientas.

Un único objetivo: lanzarte a perseguir las cosas que amas.

PRIMERA ESCALA: SUDÁFRICA

SOY EL AMO DE MI DESTINO



A SUDÁFRICA POR CASUALIDAD

Muchas cosas importantes suceden por casualidad... o eso creemos. Deja que te cuente cómo llegué a Sudáfrica, porque después de casi veinte años sigue siendo una de las historias más bonitas que he vivido.

Todo empezó en los Países Bajos, entre casas de cuento y pinturas barrocas. Era uno de los primeros viajes que hacía con Cristina, mi novia. Habíamos pasado la noche en Brujas y queríamos visitar Gante, así que cogimos un tren bien temprano para aprovechar el día. Al llegar, subimos a un tranvía. Agarrado a la barra, se me ocurrió preguntar a un hombre mayor en qué parada teníamos que apearnos para dar una vuelta por el casco histórico.

—Podéis uniros a mí —propuso él—, yo he venido a lo mismo.

Me volví hacia Cristina con cara de circunstancias. Éramos unos críos y aquel hombre no tenía pinta de ser el acompañante ideal para una jornada romántica. Pero su invitación había sido tan directa e inocente que me daba pena hacerle un feo. Me lo imaginaba andando solo por las mismas calles que nosotros, evitando cruzarnos con él para no sentir vergüenza...

Cristina se encogió de hombros y yo dije con entusiasmo ibérico:

—¡Pues claro!

Para nuestra sorpresa, empezó a narrarnos la historia de su vida con una voz al mismo tiempo rotunda y acariciante, como la de un locutor de documentales. De hecho, se parecía a David Attenborough, el naturalista que salía en los programas de la BBC. «En aquel edificio nací, por aquella ventana se asomaba mi madre para avisarme de que ya estaba la cena, allí estaba mi escuela...» Nos contó que siendo muy joven emigró a Sudáfrica con Edith, su mujer, donde habían vivido desde entonces. Se dedicaba a la cría de africanis, una raza de perros sobre los que había escrito varios libros.

—Antes de eso fui fotógrafo —explicó—, pero durante una expedición por el río Congo siguiendo la ruta que hizo Joseph Conrad para escribir su novela *El corazón de las tinieblas*, me quedé casi ciego. Ya veis qué paradoja...

Caminaba con tanta seguridad que hasta entonces no me había percatado del tamaño de sus gafas, con cristales gruesos y oscuros.

Johan —así se llamaba— había pasado décadas sin volver a la ciudad de su infancia. En ocasiones doblábamos una esquina y se emocionaba por la nostalgia. Fue un día lleno de magia. Nos quedó claro que una de las maravillas de viajar era conocer a personas que te enseñan a mirar el mundo con ojos diferentes (en el caso de Johan, con los ojos casi cerrados, pero con el corazón tan abierto).

Ya de vuelta a nuestros respectivos hogares intercambiamos algunas cartas. Dos años después le llamé por teléfono. Cristina y yo teníamos intención de viajar a Tanzania y quería

preguntarle si conocía el país.

—¡Donde tenéis que venir es a Sudáfrica! —exclamó desde el otro lado de la línea—. Me alegrará recibiros en mi casa y prepararos un plan que nunca olvidaréis.

No sabíamos qué nos esperaría allí, pero no lo dudamos ni un instante. Subimos a un avión y pusimos rumbo a la tierra de los zulúes.

> La mayor virtud de un buen marinero es una saludable incertidumbre.
>
> JOSEPH CONRAD,
> autor de *El corazón de las tinieblas*

EL ESPEJO RETROVISOR

Fabián, un gran amigo, y Gela, una de mis múltiples y queridas cuñadas (Cristina es la pequeña de ocho), se apuntaron a la expedición. Tras volar nueve mil kilómetros, una vez en el aeropuerto de Johanesburgo, alquilamos una furgoneta para desplazarnos libremente por el país con nuestros cuatro petates.

Recuerdo el momento en que abrí la puerta del conductor y comprobé que el volante estaba en el lado opuesto. Cuando planeamos el viaje y decidimos hacerlo por nuestra cuenta, no vimos un inconveniente en el hecho de que allí circulasen al estilo británico; pero una vez sobre el terreno, teniendo por delante miles de kilómetros poblados de animales y los montes Drakensberg —conocidos por los nativos como «la gran barrera de las lanzas»—, la cosa empezaba a parecer un poco más complicada.

Di un par de vueltas temerosas por el aparcamiento. Cada vez que iba a cambiar de marcha lanzaba instintivamente la mano derecha y la golpeaba contra la puerta. Intentaba poner el intermitente y accionaba el limpiaparabrisas. Tras un giro terminé calando el motor.

Detenido en medio del vial, me miré en el espejo retrovisor. Solo había hueco para el reflejo de mis ojos. No fue un acto trivial. Últimamente me daba miedo mirarme al espejo. Estaba bien de salud, tenía buena cara, pero en ocasiones no me reconocía. Era una sensación extraña, como de disociación. Por dentro me sentía una persona diferente a la que mostraba por fuera. Estaba claro que sufría un conflicto al que, por alguna razón, no quería enfrentarme. ¿Qué me pasaba? Mi despacho de abogado iba de fábula y, en lo personal, mi relación de pareja no podía ser mejor. Pero en mi vida faltaba algo; tal vez de ahí el miedo al espejo. Era como si mi rostro reflejado estuviera incompleto; y no tenía forma de saber cuál era la pieza del puzle que faltaba.

Tragué saliva y arranqué de nuevo. Fui hasta la caseta del encargado donde esperaban mis compañeros y les aseguré que aquellas dos vueltas habían sido más que suficientes para conseguir mi diplomatura en conducir por la izquierda. Contentos con mi determinación, saltaron al interior del vehículo y, lanzando gritos de júbilo, emprendimos la marcha hacia la granja de Johan.

Las carreteras sudafricanas son estrechas, sinuosas en la cordillera y rectas en los parques naturales, atravesadas por esa neblina que en las grandes extensiones deforma los límites del

asfalto. La furgoneta engullía kilómetros de forma sosegada, como si se desplazase sobre un colchón de aire a unos centímetros del suelo. Lo curioso es que a mí empezó a pasarme lo mismo. En lugar de estar tenso por la conducción junto a los barrancos sin quitamiedos, desde que nos habíamos sumergido en aquel universo de jirafas y antílopes me sentía más ligero, como si hubiera dejado en casa parte del peso que últimamente me aplanaba.

Bajé la ventanilla y respiré hondo. Mis pulmones se hincharon más de lo habitual. Incluso estuve tentado de volver a mirarme en el retrovisor, pero no lo hice.

> La finalidad de una confesión es decirse la verdad a uno mismo.
>
> J. M. COETZEE,
> Premio Nobel de Literatura sudafricano

LA GRANJA CALCINADA

A la puesta de sol empezamos a mirar el paisaje de diferente forma. Necesitábamos un lugar para dormir y allí donde alcanzaba la vista no parecía haber un solo enclave habitado.

—¿No tenía que estar por aquí esa granja que recomendaba la guía? —murmuró Gela pegando los ojos a un mapa.

Llevábamos apuntada la dirección de una antigua propiedad de colonos bóer —como se denominaba a los emigrantes flamencos— reconvertida en *Bed & Breakfast*. Aquella oferta de hospedaje era una nueva forma de ganarse la vida para parte de la población blanca que rigió el país durante el apartheid, el sistema de segregación racial. Aprovechaban sus mansiones —hasta hacía poco repletas de sirvientes negros en régimen de semiesclavitud— para alojar a los viajeros independientes que nos dejábamos caer por allí.

Ya era noche cerrada cuando abandonamos la carretera y nos introdujimos en un bosque por un sendero que nos condujo hasta un cercado. Entre los árboles se adivinaba una casa de madera de un solo piso y, en una explanada próxima, un granero. Parecía un lugar bucólico pero, en la oscuridad, destilaba algo raro...

Al bajar de la furgoneta nos dimos cuenta. Si veíamos todo negro a nuestro alrededor no era porque fuera de noche. La granja estaba calcinada.

Estábamos a punto de volver por donde habíamos venido cuando apareció un chico blanco atlético y repeinado. Su dentadura perfecta relucía como un neón en medio de las sombras.

—¡Menos mal que no vinisteis ayer! —exclamó mientras nos recibía con un fuerte apretón de manos—. Hubo un incendio muy cerca y una de las lenguas de fuego nos pasó por encima.

Comprobamos que la propiedad no había llegado a arder; más bien se había tiznado al requemarse de forma superficial. En ese momento, como los muñecos de una película de animación, se acercaron a nosotros un conejo chamuscado y un perro con tres patas. El modelo de dentífrico se agachó a acariciarlos.

—Me tendréis que perdonar —aclaró, dando por sentado que nos quedábamos—, pero no me ha dado tiempo a limpiar la ceniza que se filtró a los dormitorios...

Cenamos un asado de avestruz mientras escuchábamos las historias de aquel joven emprendedor que, decidido a sacar adelante su negocio, no iba a dejar que cuatro llamas le quitasen la ilusión.

—A mi perro tuvimos que amputarle una pata y no se pasa el día lamentándose y clamando al cielo para que le crezca de nuevo. Las cosas nunca salen exactamente como queremos, pero al final del camino siempre encontramos algo aún mejor de lo esperado.

Estuvimos de charla hasta bien entrada la madrugada. Nuestro anfitrión era un convencido activista antiapartheid que las había pasado canutas con algunos compatriotas. Nos confesó que creía que alguien había provocado el incendio de la noche anterior para quemarle la granja.

—He aprendido a estar preparado para cualquier cosa —declaró—. Los sudafricanos son unos maestros en el arte de sobreponerse al dolor y a las situaciones adversas. Además de superar los contratiempos, salen fortalecidos y construyen sobre ellos. No hay más que fijarse en Mandela...

Hablaba del Nobel de la Paz como si fuera su propio padre. Se emocionaba al contarnos cómo pasó veintisiete años en prisión sin que su ánimo se viera mermado; cómo, a pesar del trato infrahumano, cuando le permitían salir de su celda bendecía a sus carceleros. ¿Cuál era su secreto? Ser tenaz en su sueño. Tenía la meta personal de construir una Sudáfrica libre y perseveró hasta conseguirlo.

> Todo parece imposible hasta que se hace.
>
> NELSON MANDELA,
> Premio Nobel de la Paz

EL REENCUENTRO

Al día siguiente reanudamos la marcha hacia Port Shepstone, la localidad donde vivía Johan. Como habíamos trasnochado, perdimos las primeras horas de luz durmiendo y para cuando vimos el letrero de BIENVENIDOS ya se estaba poniendo el sol. No teníamos ni idea de cómo llegar a su casa. Tampoco existían los navegadores ni disponíamos de un buen mapa de la ciudad, que no era una gran urbe pero sí más extensa de lo esperado. Así que buscamos un sitio para alojarnos desde el cual poder llamarle. Escogimos otra residencia de colonos situada a las afueras.

Nos detuvimos frente a la verja. Toqué la bocina un par de veces para avisar de que estábamos allí y metí la furgoneta hasta dentro. Mientras esperábamos al dueño, nos encaramamos al porche y pegamos la nariz a las cristaleras del salón. Entonces nos dimos cuenta. Sobre nuestras cabezas colgaban una especie de cartulinas.

—Son... —comenzó Gela.

Eran radiografías, suspendidas con hilos a media altura.

Orquestando el momento, el chirrido de una puerta rompió el silencio. Apareció una mujer de unos sesenta años, con el pintalabios corrido y ataviada con un vestido —que tiempo atrás pudo

ser de novia— sobre el que llevaba una chaqueta de chándal. Al momento salió su marido (que llevaba más esclavas de oro colgando del cuello y las muñecas que un rapero) y accedieron a alojarnos, invitándonos a entrar con su inglés entreverado del duro acento de los bóer. Atravesamos la puerta poco convencidos, cuchicheando que en el sótano tendrían un arcón lleno de miembros humanos de los anteriores viajeros.

Tras darme una ducha bajé al salón y busqué el teléfono. Marqué el número de Johan y contestó su televisiva voz.

—¿Dónde estáis alojados? —preguntó tras asegurarse de que habíamos llegado sanos y salvos. Se lo expliqué de la mejor forma que fui capaz y dijo—: ¿Estás en el salón?

—Sí —respondí, sin llegar a comprender la pregunta.

—Asómate por la cristalera grande.

Aparté la cortina, miré a la calle a través de la verja y allí estaba mi amigo, con las mismas gafas que llevaba el día que nos conocimos en Gante, saludándome desde la ventana de la propiedad construida en la acera de enfrente.

> Ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos.
>
> J. R. R. TOLKIEN,
> escritor nacido en Sudáfrica

UN GRITO DE LIBERTAD

Quedamos para cenar con Johan y Edith un rato después. Era emocionante pensar cómo nos conocimos en Gante y cómo, dos años después, volvíamos a juntarnos al otro lado del mundo.

Al terminar un pastel de calabaza y unas salchichas recién hechas en una barbacoa, nos repartimos por los sofás del amplio salón. Edith acariciaba simultáneamente a una pareja de schnauzer gigantes que se habían sentado a su lado, tan grandes como ella pero mimosos como un osito de peluche. Se dirigió a mí y dijo:

—Johan me comentó que habías sido músico profesional. Me encanta la música. ¿Por qué lo dejaste?

Le resumí mi larga historia: cómo a los siete años había comenzado a estudiar solfeo, armonía y la carrera de piano, que abandoné en sexto curso para pasarme al pop, coincidiendo con el comienzo de la universidad y la formación de Quinta Columna, mi primer grupo; cómo de ahí —mientras estudiaba cuarto de Derecho— pasé a Catorce de Septiembre, una banda de rock con la que grabé un disco con Sonymusic que recibió premios y nos llevó de gira con Los 40 Principales y a aparecer en televisión con audiencias de hasta cinco millones; cómo, al igual que ascendimos vertiginosamente, nos hundimos en el olvido; cómo desde entonces me había embarcado en diversos proyectos musicales, incluso como productor para otros cantantes; y cómo en este momento me sentía perdido, frustrado con la composición, harto de tratar de convencer a todo el mundo de que mis canciones merecían ser escuchadas, pero al mismo tiempo apenado porque realmente me habría gustado seguir cultivando mi vena artística de una forma u

otra, una aspiración que se había desvanecido al haberme hecho cargo por entero del despacho jurídico familiar.

—Lo que me tortura es que tuve la oportunidad de volver a intentarlo y no lo hice —seguí tras una pausa—. Monté un dúo llamado Rojo con mi amigo Ecequiel, el cantante de Catorce de Septiembre, y nos ofrecieron grabar con otra multinacional, pero decidimos no hacerlo. Ambos teníamos la vida organizada, ya sabes cómo es eso, la rueda no paraba de girar y nos arrastraba con ella. Él se lanzó a una nueva aventura laboral y yo empecé a ocuparme del despacho de mi abuelo, que para entonces ya era muy mayor. Si no me incorporaba de inmediato perdería la cartera de clientes y la oportunidad de sucederle.

—Era una opción difícil —dijo Edith.

—No era sólo por el trabajo en sí; yo adoraba a mi abuelo y quería vivir aquello con él.

—Pero aun así te costó dar el paso.

—La verdad es que me habría encantado probar suerte con aquel nuevo proyecto musical en el que había volcado toda mi ilusión. Fracasar, si era lo que tocaba. Pero lo dejé pasar sin intentarlo... En fin, al menos el despacho sigue adelante. Los clientes no han podido conmigo.

—Toda elección lleva aparejado un sacrificio —sentenció Edith tras unos segundos de silencio—. Fíjate en nosotros, un buen día dejamos todo para venir aquí. Imagina cómo sonó en nuestras casas: ¡a Sudáfrica! Pero lo cierto es que amábamos esto; o cuando menos nos emocionaba la idea que nos habíamos hecho aun sin saber lo que íbamos a encontrar... Tal vez estábamos un poco locos —rió, volviéndose hacia su marido.

¿Estaban locos por perseguir lo que les emocionaba a pesar de la incertidumbre? ¿Me emocionaba a mí lo que hacía? ¿Estaba viviendo la vida que deseaba?

—En Gante nos contaste que casi perdiste la vista remontando el río Congo —le comenté a Johan, tratando de escapar de la conversación.

—Fue por la quinina. Yo sabía de sus efectos secundarios, pero me arriesgué y tuve mala suerte. Aunque nadie me quitará nunca el haber vivido la experiencia más apasionante que podría imaginar.

Se levantó y al poco regresó con un viejo álbum de fotografías. Eran sus propias instantáneas de aquel viaje, un impresionante reportaje en blanco y negro.

—Cuando decidí seguir la ruta de *El corazón de las tinieblas* no imaginaba que las cosas seguirían siendo tan complicadas como cuando Conrad escribió la novela. Tuve que contratar a un grupo de nativos que llenaron la barca de supersticiones. A medida que remontábamos el río Congo nos sumergíamos más y más en una niebla que parecía salida de la fogata de un hechicero. Los nativos no dejaban de rezar y de cantar. Al atravesar los cañones, arrojaban monedas al agua para apaciguar a los espíritus. Lo malo fue que no había moneda alguna que mantuviera a raya a los mosquitos. Si una noche se te salía una pierna de debajo de la malla, te la comían literalmente a picotazos. De ahí la quinina, que entonces era el único medicamento capaz de controlar la malaria.

—¡Además de la vista, también le robaron la atención mediática dedicada a la hazaña! —exclamó Edith.

Me explicaron que el día que el periódico iba a publicar los detalles de la travesía de Johan, una importante victoria del boxeador Muhammad Ali acaparó casi todo el espacio informativo. Volvió a levantarse y esta vez trajo el recorte que tenía guardado desde entonces.

Sonreí sin dejar de contemplarle. Para mí, era como estar frente a un gurú.

—¿Qué ocurre? —preguntó él dibujando a su vez un gesto simpático.

—Que me das muchísima envidia, Johan, eso ocurre. Has vivido una vida de película. Aquel viaje, como los exploradores de antaño...

—Pero me quedé casi ciego —apuntó con naturalidad.

Edith soltó a uno de los schnauzer y se estiró hacia el otro sofá para acariciar la mano de su marido.

—Con ceguera incluida te compro tu vida —repuse.

—Estás a tiempo —declaró él.

—Te aseguro que a estas alturas ya no me es posible cambiar nada, con todo el lío de asuntos judiciales que tengo en marcha. Me he convertido en un hombre serio y encorbatado.

—Yo que tú no olvidaría nunca el grito de guerra de mi querido Nelson Mandela. Aquel que le ayudó a resistir durante sus veintisiete años de cautiverio.

—¿Qué grito?

—¡Soy el amo de mi destino!

Invictus

En la noche que me envuelve,
negra como un pozo insondable,
doy gracias al Dios que fuere
por mi alma inconquistable.
En las garras de las circunstancias
no he gemido ni llorado.
Ante las puñaladas del azar
si bien he sangrado, jamás me he postrado.
Más allá de este lugar de ira y llantos
acecha la oscuridad con su horror.
No obstante, la amenaza de los años
me halla y me hallará sin temor.
Ya no importa cuán recto haya sido el camino
ni cuántos castigos lleve a la espalda.
Soy el amo de mi destino.
Soy el capitán de mi alma.

WILLIAM ERNEST HENLEY,
poeta del siglo XIX que tras sufrir
la amputación de una pierna escribió el poema
que sirvió de inspiración a Nelson Mandela

Johan nos recomendó visitar un pequeño parque natural llamado Mkahaya, ubicado en la vecina Suazilandia. No entraba en nuestros planes cruzar una frontera, pero el cosquilleo que empezó a removerme las tripas desde que, el primer día, subimos a la furgoneta era de lo más adictivo, así que...

El reino de los suazis resultó ser un lugar complejo. Pequeño como un garbanzo entre Sudáfrica y Mozambique, tenía la mayor tasa de VIH del planeta, con cerca de la mitad de la población infectada. En lugar de combatir el subdesarrollo, su billonario y polígamo monarca absolutista se dedicaba a organizar cada año una fiesta, la Ofrenda de las Cañas, para escoger una nueva mujer que incorporar a su harén. Miles de nativas, muchas de ellas menores de edad, hacían sonar las cuentas de sus collares, brazaletes y tobilleras en un espectáculo presidido por la Gran Elefanta, reina madre y líder espiritual del país, ataviada con su capa de piel de vaca blanca. El soberano alegaba que, casándose cada año con una joven de una tribu diferente, conseguía que todo su pueblo se sintiera parte de la realeza. Ellas sólo querían tener un hijo cuanto antes para que el rey, como había hecho con las docenas que ya habían engendrado, les regalase un palacete y un BMW.

Emprendimos la marcha hacia la reserva dejando atrás los cánticos de las vírgenes, pero aún íbamos a encontrar algo inesperado por el camino. El empleado de una gasolinera, al enterarse de que éramos españoles y tras preguntarnos si preferíamos al Real Madrid o al Barça, comentó:

—En una escuela de una ciudad no muy lejos de aquí hay un misionero español.

Apenas nos dio más datos, pero decidimos desviarnos para hacerle una visita sorpresa. Estaba claro que empezaba a gustarnos aquello de salirnos de la ruta inicialmente trazada; y también que era en los caminos alternativos donde surgía la emoción. ¿Puedes creer que el misionero —a quien encontramos con relativa facilidad— nos contó que había pasado gran parte de su vida como sacerdote en Logroño, mi pequeña ciudad de provincias, dando clases en un colegio a pocos minutos de mi casa? Era probable que nos hubiésemos cruzado varias veces por la calle sin saber que, años después, nuestras vidas se encontrarían en otro continente.

Mientras nos enseñaba la escuela, los alumnos más pequeños se acercaban para saltar a nuestro alrededor. Llevaban consigo los juguetes más variopintos, pequeñas obras de ingeniería construidas por ellos mismos a base de alambres, trapos viejos y cajas de tetrabrik. Vivían en un país que carecía de todo, pero no dejaban de reír. Comprendí que los niños se enfrentaban al mundo experimentando, rompiendo moldes, sorprendiéndose y emocionándose, y por eso aprendían y crecían tan rápido. Aquel viaje me lo estaba mostrando a cada momento: la improvisación y la espontaneidad eran los verdaderos motores del renacimiento y del cambio.

Al igual que Johan y Edith, el padre Mikel también optó por dejarse llevar y afirmaba haber encontrado su sitio. En ambos casos se habían atrevido a salir de su zona de confort, dejando unas vidas de comodidades a cambio de otras muy inciertas, pero que resultaron ser un pozo de felicidad... porque las vivían con pasión, asombrándose a cada paso, de nuevo con alma de niños.

Cuando vemos el rostro de un niño pensamos en el futuro. En sus sueños acerca de lo que podría llegar a ser, y lo que podríamos lograr.

DESMOND TUTÚ,
Premio Nobel de la Paz sudafricano

MI ZONA DE CONFORT

Dejé que Fabián condujera el resto del camino hasta el parque natural y me recosté en el asiento trasero para pensar en lo que estaba viviendo.
¿Qué habría ocurrido si no hubiera aceptado dar un paseo con aquel hombre mayor al que conocí en un tranvía?
Todo habría sido muy diferente.
Acababa de emprender la marcha y ya iba comprendiendo que todo viaje se construye paso a paso; y que cada uno de esos pasos, por insignificante que parezca, redirige el timón en una dirección u otra.
Si se diera el caso de que yo también amase algo con tanta fuerza, ¿sería capaz de hacer como mis amigos sudafricanos, romper con todo para perseguirlo? Mi zona de confort era realmente muy placentera. Pero no podía obviar la sensación de vacío, la disociación ante el espejo...
Estaba bastante confundido, pero al menos logré darme cuenta de algo: lo que llamamos zona de confort no es necesariamente una zona confortable, tan sólo es una zona conocida. Dedicar dos horas diarias a viajar en metro en hora punta entre aromas de dudosa higiene y sin sitio para sostener un libro es zona de confort. Aguantar a un jefe inepto que no sabe cómo tratarte, que te ningunea o te humilla porque no conoce otra forma de legitimar su autoridad es zona de confort. Vivir con una pareja a la que tratas de no mirar a la cara porque hace años que sólo compartís la hipoteca es zona de confort. No son zonas confortables, sólo son conocidas. Nos da terror lo inexplorado y nos anclamos a rutinas nocivas, negándonos a cambiar aun a sabiendas de que estamos destruyéndonos por dentro.

Sólo los pies del viajero saben el camino.

Proverbio africano

LA SERENA MIRADA DE LOS ANIMALES

Mkahaya era una reserva pequeña, pero también muy especial por la inmediatez con los animales salvajes. Al carecer de felinos depredadores, hacíamos expediciones en jeeps descubiertos o a pie para contemplar rinocerontes y elefantes sin miedo a que una leona te saltase encima. Eso sí, como aquellos grandullones tampoco eran unos angelitos, antes de salir nos exigían firmar una declaración de exención de responsabilidades a la empresa gestora del parque para el caso de que volviésemos al campo base con una trompa anudada al cuello o un cuerno de marfil ensartado en el pecho.

Recuerdo el roce del lomo prehistórico de los rinocerontes en la chapa del jeep; también el susurro del guía, apenas audible sobre el cricrí de los insectos mañaneros, preguntándonos a pocos metros de una familia de paquidermos si llevábamos bien atados los cordones de las botas por si había que echar a correr.

Fue excitante y al mismo tiempo muy íntimo. Te sentías conectado con la tierra. Después del empacho de modernidad que llevábamos encima, resultaba liberador regresar al origen.

La humanidad nació hace cuatro millones de años un poco más al norte de donde nos encontrábamos, en la llamada Garganta de Olduvai, donde los primates bajaron de los árboles y empezaron a andar por la sabana erguidos sobre sus piernas. En aquel momento estaba todo por hacer, todo por aprender. Miraba aquel lugar, tan parecido a como hubo de ser en aquella era de antaño, e imaginaba a los humanos novatos en cuclillas a los pies de la gruta, compartiendo miradas serenas con los animales salvajes. Tranquilos con su caos, tomando una decisión tras otra poco a poco. Decisiones —como la de caminar derechos— que iban a cambiar no ya su propia vida, sino la de todos los que viniéramos detrás.

El tercer día en el campamento desperté temprano para ver amanecer. Mientras calentaba un cazo de café en un hornillo de gas divisé una manada de ñus que pastaba muy cerca del campamento. Me fijé en sus jorobas peludas. Parecían mochilas. Yo también llevaba la mía pegada a la espalda. Como tú. Como todos. Unas mochilas que, desde los tiempos de aquellos primeros homínidos, hemos venido llenando con mucho material innecesario.

Recién escuchadas las palabras de Johan y Edith y del padre Mikel, comprendí que una de las cosas que más pesaba era el cúmulo de decisiones que otros toman por nosotros. Así que abrí mi mochila, saqué esas decisiones ajenas y las dejé caer, todas ellas, sobre el fuego del hornillo.

Si yo no dirigía el timón otros lo harían por mí. Mi camino no era el de mis padres, ni el de las circunstancias, ni el de la carrera que estudié, ni el de lo que todo el mundo hace, ni siquiera el de mis talentos.

En ese momento decidí que, si se diera el caso, yo también abandonaría mi zona de confort y emprendería el viaje de mi vida por la zona de la incertidumbre, esa que nos asusta tanto. Al fin y al cabo, todos los que la surcaban descubrían que era una incertidumbre excitante y divertida, como cuando de pequeños subíamos a esa atracción de feria en la que un tren se mete en un túnel oscuro. Exploraría esa zona en la que ocurre lo inesperado, lo nunca imaginado, lo que nos emociona, la zona en la que residen las cosas que realmente amamos y que merece la pena perseguir.

El mundo en que vivía no dejaba mucho lugar para soñar, pero al menos tenía claro que algo había cambiado en mi interior. No sabía dónde me llevaría la vida ni cuándo me encontraría frente al primer cruce en el que tomar mis propias decisiones, pero desde ya me sentía capaz de gritar a los cuatro vientos: «¡Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma!».

> El sábado, yo era un cirujano de Sudáfrica muy poco conocido. El lunes, era mundialmente famoso.
>
> CHRISTIAAN BARNARD,
> cirujano sudafricano

EL ANILLO DE ABALORIOS

Hace un rato he tecleado Mkahaya en internet y he visto que han construido unas acogedoras cabañitas de piedra. Cuando pasamos por allí hace casi veinte años sólo había tiendas de campaña. Eran amplias, con cama con mosquitera y hasta una palangana de cerámica y una jarra metálica para asearte en el interior, pero tan sólo una tela nos separaba de los animales que se acercaban a husmear, sobre todo aquellos jabalíes verrugosos con la cara llena de protuberancias como el Pumba de *El rey león*.

La última noche, tras haber cenado unos sabrosos filetes de antílope que espolvorearon con unas hierbas recién arrancadas del arbusto, Cristina leía recostada en el camastro, con la mosquitera apartada hacia un lado para que le llegase mejor la luz de la lámpara de aceite. Yo la contemplaba desde una silla, viéndola pasar páginas lentamente, con las sombras de la llama vibrando en su piel blanca.

Me di cuenta de que no sentía temor alguno. Ni por los animales que rondaban la tienda, bufando y empujando la tela, ni tampoco por el futuro. Estaba donde tenía que estar, al principio de un nuevo camino, mi propio camino. Y también tenía claro cuál era el primer paso: sacar un billete perpetuo a mi compañera de viaje.

Me levanté de la silla y rebusqué en la mochila algo que había comprado unos días antes en un mercado zulú sin que ella se diera cuenta. Era un anillo de abalorios blancos, rojos, verdes y negros. Respiré hondo sin volverme, acariciándolo suavemente.

Cristina seguía con su libro, vestida con unos pantalones de campaña y un suéter gris de algodón de la Universidad de Valencia. ¿Cómo pedirle a alguien que se case contigo de forma que suene romántico y a la vez con un toque personal? Lo hemos visto mil veces en la tele, pero llegado el momento de la verdad... Traté de tranquilizarme imaginando que sonaba la banda sonora de *Memorias de África*. A los dos nos encantaba la película y la música de John Barry. Aquel primer tema llamado «Yo tenía una granja en África», con los violines flotando sobre las praderas barnizadas de rosa y violeta por el ocaso. Imaginé a Meryl Streep y a Robert Redford en la tienda, diciéndome que todo iba bien, y...

Fue sobre ruedas.

El resto de la noche transcurrió entre las pisadas de los animales que rondaban la tienda y el canto de las golondrinas de pluma azul. Al día siguiente nos despertamos y reemprendimos la marcha, conduciendo por la izquierda entre cebras, kudus e impalas, subiendo y bajando la gran barrera de las lanzas, sacando el brazo por la ventanilla para que el viento jugase con la palma de la mano como si ésta fuera capaz de volar más allá de las nubes...

CUADERNO DE BITÁCORA

- En el viaje de tu vida, cada uno de tus pasos, por insignificante que parezca, redirige el timón en una dirección u otra.
- En el viaje de tu vida no sirve contratar a una agencia. La improvisación y la espontaneidad son los verdaderos motores del renacimiento y del cambio.
- No te dejes engañar por tu zona de confort. No es confortable, sino sólo conocida. Salta a la zona de la incertidumbre donde ocurre lo inesperado, lo nunca imaginado, lo que te emociona, donde residen las cosas que realmente amas y que merece la pena perseguir.
- Saca de la mochila las decisiones que otros toman por ti. Estás al principio del viaje de tu vida y en este punto has de saber que, si tú no diriges el timón, otros lo harán por ti. Eres el amo de tu destino, el capitán de tu alma.

SEGUNDA ESCALA: TÍBET

BUSCA TU SHANGRI-LA



VOLVER A SOÑAR

Soy poco montañero. Resulta extraño, porque mis viajes a Asia deberían haberme convertido en un enamorado del alpinismo. He sorteado cumbres paquistaníes que los escaladores utilizan como foto de perfil en su Facebook; he contemplado en un día claro el reflejo de los picos nepalíes sobre el lago de Pokhara; y he conversado de tú a tú con las montañas mágicas de Bután, hogar de sus dioses, consideradas tan sagradas que ni siquiera pueden mancillarse con túneles. Pero el caso es que nunca me ha dado por colgar de mi cinturón un piolet y un puñado de cuerdas. Me limito a recorrer las faldas de los ochomiles en todoterreno y a hacer algún trekking, siempre disparando las fotografías de abajo hacia arriba, y no al revés.

Sí que hay una ocasión en la que sentí con fuerza la llamada de la montaña. Al regresar de una expedición por el Tíbet, hice un vuelo en avioneta para contemplar de cerca la cima del Everest.

Ese día volví a soñar y todo cambió para siempre.

Pero empecemos por el principio.

> Muchos seres humanos son como hojas que caen de los árboles, que vuelan y revolotean por el aire, vacilan y por último se precipitan al suelo. Otros, por el contrario, casi son como estrellas; siguen su camino fijo, ningún viento los alcanza, pues llevan en su interior su ley y su meta.
>
> HERMAN HESSE, *Siddhartha*
> (novela inspirada en la vida de Buda)

EL DÍA DE LA CATÁSTROFE

Una mañana de domingo bajé al quiosco que había junto a mi casa en La Rioja y compré la revista de viajes *Altaïr*. Permanecí un rato parado en la calle mirando la portada. Mostraba un paso de montaña del Himalaya con un puente colgante y una leyenda: «Las puertas del cielo». Sufrí tal flechazo que de inmediato comencé a organizarlo todo. Quería cruzar aquel puente y otros tantos parecidos, por lo que decidí atravesar la cordillera en todoterreno, desde la cara sur en Nepal hasta la cara norte en el Tíbet. Nunca hasta entonces había estado tan emocionado con un viaje. Sentía que me hallaba ante mi gran aventura.

Además de Cristina y de Fabián, que nos acompañó de nuevo, se unió a la expedición David,

otro gran amigo.

La ruta que planeamos partía de Katmandú. Recorreríamos en autobús la carretera que ascendía hasta la ciudad fronteriza de Kodari, donde nos estaría esperando un jeep con el que seguiríamos subiendo hasta los 4.500 metros de la meseta tibetana. A partir de entonces sería cuestión de dejarnos llevar por el Techo del Mundo, visitando monasterios perdidos hasta llegar a Lhasa, capital del antiguo reino de los Dalai Lamas.

Recuerdo el momento de arrojar la bolsa al maletero del autobús en una plaza de la capital nepalí. Abrí la cremallera exterior y saqué el recorte de la revista para mirarlo una vez más. ¡Comenzaba la aventura! En aquel momento no podía imaginar que aquella primera jornada, que se presuponía la más sencilla, iba a convertirse en una pesadilla. Tanto que la recordamos como «el día de la catástrofe».

Apenas habíamos recorrido veinte kilómetros cuando intuimos que algo no iba bien. El conductor del autobús miraba nervioso a ambos lados de la angosta carretera. A la derecha, las montañas se elevaban como muros carcelarios. A la izquierda, el río —que bajaba desbocado por las lluvias del monzón— se desbordaba y encharcaba tramos de asfalto. Delante de nosotros, una hilera de camiones engalanados con docenas de bombillas y un par de ojos vigilantes pintados en el morro avanzaban a paso de tortuga.

No tardamos en divisar el primer desprendimiento de tierras.

Parte de la ladera de la montaña se había deslizado y había cubierto el asfalto con una lengua de barro que había arrastrado rocas y ramas. El autobús se detuvo y nos ordenaron bajar. No contentos con eso, vaciaron el maletero y nos dijeron que teníamos que seguir a pie, ayudados por los porteadores nepalíes que, salidos de ninguna parte, se disputaban violentamente nuestros petates.

A duras penas comprendimos que se trataba de atravesar el corrimiento como fuera y, al llegar al otro lado, contratar otro medio de transporte que, a su vez, se hubiera quedado atrapado entre aquel desprendimiento... y el siguiente. Porque resultó que había varios a lo largo del camino, a cada cual más severo.

Repetimos el proceso sucesivamente. Avanzábamos en autobuses o camiones unos kilómetros hasta el siguiente corte y atravesábamos a pie las zonas embarradas. Pasaron horas y horas, sin comer ni beber una sola gota, haciendo cosas tan peregrinas como encaramarnos al techo de un microbús para que, gracias a nuestro peso y al de los porteadores que se apuntaron a la hazaña, un torrente que se había salido de la canalización y cortaba la vía no arrastrase el vehículo barranco abajo.

Cuando creíamos haber tocado fondo por el cansancio, las cosas empezaron a ponerse feas de verdad. El último corrimiento había sido tan brutal que media montaña se había precipitado hasta el río y había sepultado la carretera. Estábamos obligados a subir monte a través hasta encontrar alguna zona estable por la que sortearlo.

En mitad de la escalada, los porteadores señalaron un grupo de campesinos semiocultos por la niebla que, para complicar aún más las cosas, se había apoderado del valle. Según nos explicaron en un inglés demasiado escueto para una situación tan delicada, habían conseguido introducir unos tablones en el barro a medio metro de profundidad, con consistencia suficiente como para servir de apoyo. Nos pedían una cantidad desorbitada por dejarnos pasar por allí, pero nuestros regateos sólo sirvieron para que montasen una escena sacando el primero de los

tablones e invitándonos con desprecio a que siguiéramos montaña arriba hacia donde la niebla lo cubría todo, con el riesgo de dar un paso en falso y ser engullidos por el lodo.

Aceptamos, qué podíamos hacer. Y durante un rato eterno avanzamos metiendo las piernas hasta el muslo y tanteando en el interior para asegurarnos de que pisábamos sobre el madero para no resbalar.

Una vez superada la prueba, comprobamos con estupor que el único transporte disponible en aquel tramo era un camión de ganado lleno de excrementos. Nos miramos unos a otros y, sin decir nada, nos introdujimos en cuclillas en uno de los compartimentos. La noche se volcaba sobre el valle mientras avanzábamos rumbo a la frontera de rodillas sobre la paja, sacando la mano entre los barrotes para suplicar un trago de agua a los campesinos que nos observaban al pasar.

> Sólo hay dos errores que puedes cometer en el camino a la verdad: no empezar y no llegar hasta el final.
>
> BUDA

SHANGRI-LA SÍ EXISTE

Tirados en un motel fronterizo en el que para llegar al baño teníamos que atravesar la taberna de la planta baja, un guía local nos previno de que podíamos encontrar nuevos desprendimientos en el ascenso a la meseta. Con las fuerzas muy mermadas, nos planteamos dar marcha atrás y regresar a Katmandú.

—Qué pena —refunfuñó Cristina—. Al final nos vamos a quedar sin conocer Shangri-la.

—No me suena haber leído ese nombre en la ruta —dijo Fabián.

—Era broma. Lo decía por mi libro.

Le mostró el ejemplar de *Horizontes perdidos* que estaba leyendo, una novela de los años treinta que cuenta la llegada de un grupo de extranjeros al monasterio tibetano de Shangri-la, un lugar paradisíaco escondido en el Himalaya. Describía una sociedad perfecta de personas inmortales, en la que todos alcanzaban la plenitud personal.

La novela no era del todo ficción. Estaba basada en un antiguo mito budista sobre un lugar idílico al que todos los seres humanos tenemos que aspirar. Algunos afirman que se trata de un lugar inmaterial al que sólo se puede llegar a través de la mente. Otros defienden que existe en el mundo físico e incluso lo describen: un territorio con forma de loto de ocho pétalos entre ocho cordilleras de hielo al norte del río Sita. De un modo u otro, lo que aquel mito enseñaba es que hay un reino mágico esperándonos más allá de las escarpadas montañas del día a día, más allá de nuestros miedos e incertidumbres, más allá de todo sufrimiento, un lugar en el que es posible desarrollarnos y crecer como personas hasta llegar a ser lo que queremos ser.

Entonces me di cuenta...

¡Los desprendimientos que habíamos sufrido eran la vida misma! Cuando nos emocionamos con una meta personal, con algo que amamos de verdad —como yo lo estaba con aquel viaje a

través de las montañas—, llega una mano salida de quién sabe dónde y te suelta una bofetada advirtiéndote: «No pierdas tiempo soñando. Los sueños son imposibles de alcanzar».

Shangri-la no existe, dice el mundo.

Nuestra sociedad nos empuja a girar y girar en la rueda por inercia, cargándonos la mochila de yugos y responsabilidades que nos convencen de que los sueños no caben en el mundo que hemos construido. Yo también creía estar condenado de antemano. Pensaba que no podía vivir una vida dedicada a la creatividad (por eso abandoné mi último gran proyecto musical sin tan siquiera llegar a intentarlo), porque aquello estaba reñido con lo que se esperaba de mí, con la carrera que había estudiado, con el mundo en el que me había tocado abrirme paso. Pero en Sudáfrica me enseñaron a gritar: «¡Soy el amo de mi destino!». Y ya nada me impedía volver a soñar, ir tras un nuevo reino mágico, aquél en el que poder emocionarme, en el que me miraría al espejo y vería a la persona que quería ser.

En aquel momento, mientras me sacudía la paja con aroma a gorrino del anorak para hacer un rodillo con él y usarlo como almohada, le dije a Cristina:

—Shangri-la sí existe, y vamos a buscarlo.

> A veces lloraba lágrimas amargas, con el profundo sentimiento de que la vida se me escapaba de las manos, que los días de mi juventud se esfumaban, vacíos, sin interés, sin alegría. Entendía que estaba desperdiciando un tiempo que nunca recuperaría, que estaban pasando de largo horas y horas que podían haber sido hermosas.
>
> ALEXANDRA DAVID NEEL,
> primera mujer occidental que, en el siglo XIX,
> visitó la capital prohibida del Tíbet,
> lo que consiguió vestida de vagabunda

EL MAL DE ALTURA

El conductor del todoterreno se llamaba Gyentse (como el protagonista tibetano de mi primera novela, a quien bauticé así en su honor). Era grande como un armario, los mofletes hinchados y enrojecidos, y estaba impregnado del olor de los tacos de queso de yak atravesados por una cuerda que compró a un vendedor ambulante y colgó del retrovisor como si fueran un rosario. Había estudiado en un monasterio budista, pero terminó pasándose a la vida civil. Decía que le gustaba el trabajo de chófer porque le permitía conversar con personas diferentes.

—¿Qué te parece el paisaje? —me preguntaba, orgulloso.

No encontraba adjetivos para describir aquel paraje lunar, el cielo al alcance de la mano, la lucha sorda de las nubes por adentrarse entre los picos lejanos.

Parábamos en pequeñas aldeas. Los tibetanos exhibían las consecuencias de los cambios extremos de temperatura: la sequedad en sus rostros y la negrura de sus manos, la rojez en sus ojos y la aspereza de sus cabellos encrespados. También pasamos junto a campamentos

nómadas. La meseta era árida en unas zonas y glaciar en otras, por lo que incluso los antílopes nacidos en libertad se acercaban a buscar refugio y comida entre las tiendas humeantes.

A mediodía atravesamos un paso de montaña situado a más de cinco mil metros. Salimos del jeep para estirar las piernas. Apenas habíamos tenido tiempo de aclimatarnos a la altitud, por lo que en cuanto hablábamos un poco alto o dábamos un par de pasos más rápido de lo normal, la carencia de oxígeno provocaba que la cabeza nos estallase hasta hacernos hincar las rodillas en el suelo.

El mal de altura no era una broma. Su gravedad estaba en relación directa con la velocidad de ascenso y la altitud alcanzada, y estábamos saltándonos todos los protocolos al subir a la meseta en un par de jornadas. Gyentse nos aconsejó beber antes de tener sed, abrigarnos antes de tener frío y descansar antes del agotamiento; y también que comiéramos poco para que, al menos, el estómago no nos robase más energía de la necesaria. Parecía fácil hacerle caso en un país con muchas más delicias espirituales que gastronómicas, pero la tortilla que nos prepararon en la cantina antes de salir estaba buena y aún acusábamos el hambre del día de la catástrofe, por lo que no dejamos ni una miga.

Ahí firmamos nuestra condena.

Hicimos noche en Tingri, un pueblo inhóspito para camioneros de paso. Nos alojamos en unos barracones con camastros protegidos del frío tan sólo por una abollada puerta metálica que se mantenía cerrada acercando un pedrusco tirado en el suelo de tierra. Al poco de acostarnos, Fabián, David y yo estábamos hechos tres ovillos en nuestros catres, atacados por una violenta tiritona fruto de la fiebre y por unos desajustes intestinales que teníamos que aplacar caminando como podíamos a la intemperie hasta el corral de los yaks.

Sólo Cristina —que había comido menos— conservaba la entereza, física y mental. Durante horas se dedicó a taparnos con mantas gruesas y a azotarnos sobre ellas para que entrásemos en calor. Recuerdo que en mitad de una pesadilla oí entrar a Gyentse, quien le explicaba a mi mujer con su tono de monje su particular visión del mal de altura:

—Al alcanzar la máxima altitud de estas carreteras, los rayos del sol atraviesan la cabeza del viajero y le producen un dolor intenso en el cerebro, haciendo que sienta un padecimiento similar al que sufre el pueblo tibetano desde la ocupación china...

Y le contaba la historia del XIV Dalai Lama. Cómo, siendo muy joven pero ya líder político y espiritual de los tibetanos, cruzó a pie el Himalaya hasta el exilio en suelo indio, una hazaña que logró gracias a que tenía una meta personal: volver algún día a su tierra para salvaguardar la tradición tibetana.

—La misma meta —remarcaba Gyentse— que le viene inspirando y guiando desde hace más de medio siglo, llenándole de fuerza y de ilusión para continuar su lucha no violenta...

> Si crees que eres demasiado pequeño para marcar la diferencia, intenta dormir con un mosquito.
>
> XIV Dalai Lama

DESPERTAR ENTRE BANDERAS DE COLORES

Amaneció un día precioso. Por un momento creí haber pasado a mejor vida, porque salí del barracón y todo era claridad y silencio. El viento, la nieve en las cumbres. Todo era puro, al mismo tiempo inmaculado y salvaje.

Me dirigí hacia un cercado. Apoyé los brazos en la valla. Me sentía muy débil. Respiré hondo.

Vi a Gyentse parado junto a una estupa, un monumento budista en forma de campana de cuya cúspide partían docenas de cuerdas repletas de banderas de colores. Me acerqué despacio, apretándome las sienes con ambas manos.

—Ya veo que puedes andar —bromeó.

—No seas malo.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—Si es por la comida, prefiero el jamón. —Él rió—. En realidad estoy contento, es como si algo estuviera cambiando en mí.

Le conté lo que me rondaba por la cabeza. Mis conflictos, la búsqueda de mi Shangri-la. Es curioso, cuando estamos lejos de casa nos abrimos al primer extraño que se cruza en nuestro camino. No sientes que vayan a juzgarte, es liberador.

Le expliqué cómo los desprendimientos que sufrimos nada más empezar el viaje me habían mostrado que el mundo trata de convencerte de que los sueños no se pueden conseguir.

—Tal vez el mal de altura haya sido otra señal —dijo él.

De nuevo otro rayo de luz...

No es sólo el mundo, pensé. A veces somos nosotros mismos los que nos impedimos soñar. Nos justificamos diciendo: «No sé lo que quiero», cuando la realidad es que no nos atrevemos a enfrentarnos a la verdad. Y ¿por qué? Porque sabemos que perseguir las cosas que amamos nos pedirá algún sacrificio a cambio; y optamos por esconder la cabeza y seguir dándole a la noria como un hámster.

—¿Con qué sueñas tú? —me preguntó directamente.

—Todavía no lo sé.

—Tal vez sí lo sabes pero aún no te atreves a decirlo en voz alta.

Le expliqué que no tenía miedo a soñar, a descubrir lo que realmente amaba (daba igual que fuera un sueño grande o pequeño) porque, gracias a haberme inundado del espíritu de Johan y Edith en Sudáfrica, estaba dispuesto a abandonar la zona de confort y lanzarme a la de la incertidumbre en cuanto descubriera cuál era mi camino. Sólo hacía falta que llegase el momento.

—Está bien que hables del camino —anotó—. Cuando amas algo, más importante que conseguirlo es caminar hacia ello. Ahí radica la verdadera felicidad, el resultado viene por añadidura.

—Qué fácil parece todo cuando lo dices tú. Tal vez me haga falta aprender a meditar como hacéis los lamas.

—Pues harías bien —repuso él muy serio—. A través de la meditación logramos un estado de serenidad que nos permite analizar nuestros conflictos con lucidez. Nuestra mente es como el mar: cuando está agitado se remueve el fondo y las aguas se vuelven turbias. Así resulta

imposible distinguir nada. Sin embargo, las aguas de un mar en calma siempre son cristalinas, ya que el sedimento se apelmaza en el fondo.

Pasamos un rato contemplando las banderolas agitadas por el viento. Me explicó que las rectangulares y blancas están dedicadas a los muertos. Los habitantes de las montañas piden a sus ancestros que velen por ellos mientras se liberan de los tres venenos de la vida terrenal: la ignorancia, el deseo y la ira. Las cuadradas, más pequeñas y de distintos colores, llevan una oración escrita. Los budistas las colocan en los lugares más expuestos al viento. Saben que, cada vez que se agitan, lanzan al cielo la plegaria que llevan impresa.

Espero que alguna ruegue por mí —pensé—, que me tienda puentes en la búsqueda de mi Shangri-la.

> Más grande que la conquista en batalla de mil veces mil hombres es la conquista de uno mismo.
>
> BUDA

EL MONASTERIO PERDIDO

Durante el viaje nos detuvimos a visitar algunas lamaserías donde aún se practicaban los antiguos ritos del budismo tibetano. Se me rompía el alma sólo de pensar que la Revolución Cultural de Mao Zedong había destruido más de dos mil monasterios, dejando en pie apenas un puñado desperdigado por la meseta. En la inmensidad de aquellos parajes aún podía escucharse el eco de los rezos bajo el silbar de las balas y las arengas chinas que escupían los megáfonos en los tiempos de la invasión.

Algunos eran verdaderos pueblos amurallados. Los divisábamos desde lejos, por el rojo de los tejados que salpicaba las laderas de nieve eterna. Deja que te hable de la visita a uno de los más grandes, cuyo nombre no desvelaré porque así me lo pidió nuestro anfitrión, un lama médico que me sirvió de gran inspiración para mi novela. En aquel entonces debían tener mucho cuidado con los «reeducadores», monjes que habían cambiado de bando y que, por orden del régimen chino, se dedicaban a cazar fieles al proscrito Dalai Lama. El mero hecho de pronunciar su nombre o tener una fotografía suya estaba penado. Yo mismo tuve que arrancar la portada de uno de sus libros que llevaba conmigo durante el viaje para no tener problemas con los soldados que revisaban nuestro equipaje en los controles de carretera.

El lama médico nos colocó alrededor del cuello un *khata*, el pañuelo blanco de bienvenida, y nos paseó por los rincones más recónditos. Las estancias olían a telas antiguas. La madera mostraba llagas centenarias. La piedra había sido torturada mil inviernos por la nieve y mil veces vuelta a pintar de blanco, negro y rojo.

Pasamos a una sala en la que docenas de novicios rezaban con sus tablillas de mantras. Cerré los ojos y me dejé llevar por la cadencia. Los pequeños monjes leían de forma simultánea y en voz alta distintos textos, unos en tibetano, otros en lengua hindi. Más que el contenido de las lecturas, lo que importaba era el zumbido monótono que los ayudaba a vaciar su mente de

pensamientos para dejar hueco a las verdades absolutas que esperan más allá del caos del día a día. Sólo importaba la cadencia, aquella que provocaba el balanceo de sus cabezas, de sus cuerpos sentados en hileras, aquella que incluso hoy logra sumirme, cuando me dejo llevar por el recuerdo de aquel instante, en ese letargo que sentimos cuando estamos a punto de caer dormidos.

—Estas voces también sirven para curar —me explicó el lama médico en un susurro.

—¿Cómo es posible?

—Todo el cuerpo vibra, al igual que el resto del universo, cada órgano con su frecuencia específica; y las enfermedades no son sino una alteración de esa vibración. Para sanarlas basta con devolver al órgano afectado su resonancia correcta, algo que conseguimos emitiendo con nuestra voz unos acordes concretos.

¿Acordes? Un logopeda consideraría imposible emitir más de una nota a la vez sin la ayuda de un instrumento...

—Eso sí —remarcó el lama médico, mirándome como si pudiera leer en mi interior—, nuestras voces sólo pueden curar el cuerpo. El alma es otra cuestión. Sólo uno mismo puede curar el alma.

> Hay tres cosas que no se pueden ocultar mucho tiempo: el sol, la luna y la verdad.
>
> BUDA

EL FUNERAL CELESTE

Aún no lo habíamos visto todo. Estábamos a punto de asistir a un funeral celeste, la ceremonia mortuoria tibetana.

Un familiar del fallecido envolvió el cuerpo en una sábana, lo echó a un carro y caminó montaña arriba hasta donde vivía un hombre de la casta de los despedazadores. Éste lo depositó sobre una piedra y separó los huesos y la carne, partiéndola en pedazos. Una vez que concluyó esta tarea, dejó que los buitres se dieran un festín. Cuando terminaron, machacó los huesos con un gran martillo y los mezcló con harina para que los carroñeros terminasen de engullirlo hasta que no quedó nada más que unas cuantas plumas desperdigadas.

Este ritual no se percibía como algo macabro en un lugar donde la muerte no se consideraba algo trágico, sino una parte más de la vida; en un lugar donde el cuerpo se veía como un mero envoltorio, ya que lo importante era esa sustancia interior que nos hace únicos. Y, si nos ponemos en plan práctico, también era muy útil en unas montañas heladas donde nunca habían tenido madera para incinerar y cuyo suelo era demasiado duro para enterrar a los muertos.

—Los tibetanos no sufrimos por los cuerpos vacíos —me explicaba el lama médico—. Los antiguos pobladores de la meseta sentaban a sus muertos en un caldero lleno de grano, en la posición de un buda en meditación, y dejaban que el grano absorbiese el líquido de la putrefacción para luego convertirlo en harina o cerveza.

»Es un cuerpo vacío —concluía con toda naturalidad—. Si lo podemos aprovechar para algo,

mejor que mejor. Pero lo más importante es aprovecharlo mientras está lleno. Y la forma de hacerlo es vivir. Estar a la altura de la fortuna que tenemos por haber venido a este mundo.

—No podemos desperdiciar ni un minuto... —murmuré, pensativo.

El lama médico sonrió complacido y añadió:

—Es más difícil renacer en otro cuerpo humano como el que hoy tienes que arrojar un anillo desde la cima del monte Kailash hacia el lago Manasarovar y confiar en que se engarce en la cola del único pez mariposa que surca sus aguas. ¡Aprovecha esta oportunidad maravillosa y única de vivir que te ha sido concedida! Vivir no es sólo un derecho. También es una obligación, una responsabilidad.

Algo se removió en mi interior. Tras despertar del mal de altura le había dicho a Gyentse que estaba preparado para volver a soñar, que era el amo de mi destino y no tenía miedo de saltar de la zona de confort a la de la incertidumbre para perseguir aquello que amase de verdad. Pero que tenía que esperar el momento adecuado...

¿Y entre tanto?

¿Qué era eso del momento adecuado?

¿Iba a quedarme sentado hasta que todo cuadrase en mi vida para empezar a andar mi propio camino? ¡Nunca cuadra todo en la vida! Si me dejaba llevar por la corriente, pasaría el tiempo y el día de mi muerte seguiría estando en el mismo lugar que entonces.

No podía perder ni un instante.

Vivir sin soñar no era vivir.

> Sólo existen dos días en el año en los que no se puede hacer nada. Uno se llama ayer y el otro se llama mañana. Por lo tanto hoy es el día ideal para amar, crecer, hacer y, principalmente, vivir.
>
> XIV Dalai Lama

El peluquero de Katmandú

Como te he contado al principio del capítulo, al terminar el periplo por el Tíbet y regresar a Katmandú sentí la llamada del Everest. Empecé a obsesionarme con que aquella montaña guardaba un secreto para mí, así que, a sabiendas de que jamás me uniría a una expedición de alpinistas, me junté con mis compañeros de viaje, tiramos de las rupias que nos quedaban en la cartera y contratamos un vuelo en un pequeño avión para contemplar la cumbre.

El primer intento fue frustrante. Poco antes de llegar nos sorprendió una tormenta feroz. El piloto se volvía hacia mí con cara de «tenemos que abortar la misión» mientras nos balanceábamos de un lado a otro como si fuésemos hormigas en un avión de papel. Yo insistía: «¡Sigue, sigue, seguro que esto mejora!». ¿Cómo iba a echarme atrás, estando tan cerca? Cada vez tenía más claro que aquella montaña quería decirme algo. Pero él tiró finalmente del timón dando una brusca media vuelta y, con tal de hacerme callar, nos ofreció otro vuelo gratis para el día siguiente.

Aquella segunda vez fue muy diferente. El cielo tan azul parecía un salvapantallas. Apenas nos costó llegar. Tras rozar con la panza las montañas vecinas apareció ante mí, majestuosa, la madre de todas ellas. Dimos unas vueltas a su alrededor. El sol destellaba sobre la nieve eterna. En todas sus caras se adivinaban senderos vírgenes que, por fin, empezaron a susurrarme el mensaje que guardaban para mí:

«Písame sin miedo, directo a la cima, primero un paso, después otro, y otro más, siempre hacia arriba...»

Al regresar a Katmandú me estallaba la cabeza. Quería creer que era por el vuelo y por los restos del mal de altura, pero realmente me dolía porque en mi mente hervía una idea que necesitaba una válvula de escape.

Caminando de vuelta al hostal me llamó la atención un letrero que anunciaba: SE DAN MASAJES RELAJANTES DE CABEZA. Era una peluquería. En el interior, un nepalí con un gran mostacho leía el periódico recostado en el sillón de los clientes. Cuando vio que curioseaba a través del cristal se incorporó y me invitó a entrar. No me lo pensé dos veces.

—Haz conmigo lo que quieras, *my friend*... de cuello para arriba —bromeé tras tirarme en el butacón.

Cerré los ojos. Sus manos se dedicaron a remover lo que había dentro de mi cráneo torturado y empecé a pensar en todo lo que había vivido en el país de los lamas, en las maravillas que había contemplado, en tantas sensaciones nuevas. Aquellos experimentados dedos debieron de presionar las neuronas acertadas, porque cuando terminó le dije a Cristina:

—Voy a escribir una novela de las gordas.

Me salió así, sin más.

Había vuelto a soñar.

—Has encontrado tu Shangri-la —completó ella, sonriendo.

> Lo que todo el mundo debería hacer, antes de que sea demasiado tarde, es comprometerse con aquello que realmente quiere hacer con su vida.
>
> MATTHIEU RICARD,
> declarado científicamente
> el hombre más feliz del mundo,
> biólogo molecular y monje budista

UN ÚLTIMO SECRETO

Habrá quien diga: «¡Yo aún no tengo un Shangri-la! ¿Cómo hago para encontrar el mío?».

Sólo hay un sitio donde buscar.

¿Conoces el cuento del lápiz de sándalo?

Un hombre que vivía en un país donde no existían árboles de sándalo llevaba tiempo obsesionado por saber cómo olía aquella madera, ya que mucha gente le había contado maravillas acerca de su exótico aroma. Consultó con su maestro, pero éste se limitó a regalarle

un lápiz. Un poco decepcionado, el hombre usó el lápiz para escribir a sus amigos de otros países pidiéndoles que le mandasen un pedazo de la anhelada madera. Escribió una carta tras otra, pero nunca obtenía respuesta. Un día, mientras mordisqueaba el lapicero repasando la lista para ver quién le quedaba por escribir, percibió un dulce perfume. Fue entonces cuando se dio cuenta de que siempre lo había tenido en sus manos. El perfume que le embriagaba surgía del corazón de su propio lápiz de sándalo.

> Si no hay solución al problema, no malgastes tu tiempo preocupándote por él. Si hay una solución al problema, no malgastes tu tiempo preocupándote por él.
>
> XIV DALAI LAMA

ESCRIBIENDO A 35.000 PIES

Comencé a redactar en el avión mismo de vuelta a casa. Mientras los demás pasajeros dormían, encendí la bombilla, saqué una libreta y puse en la primera hoja: «Capítulo 1».

No tenía ni idea de cómo escribir una novela, pero sí sabía que tenía que empezar de inmediato. Los lamas me habían regalado otro grito de guerra: «No me cuentes lo que vas a hacer, ¡hazlo! ¡Aprovecha la gran oportunidad que se te ha dado para vivir!». Y el Everest me había susurrado su secreto: «La clave para llegar a la cima está en dar un paso, después otro, y otro más, siempre hacia arriba...».

Tenían razón. Desde que di el primer paso hacia mi Shangri-la ya lo estaba conquistando. Desde que escribí aquella primera palabra empecé a vivir en plenitud.

Di cien mil pasos en forma de palabras; quinientos en forma de páginas; uno sólo en forma de novela. La titulé *El guardián de la flor de loto*.

¿De qué otra forma podía llamarla? La flor de loto era para los tibetanos el símbolo máximo de la virtud, ya que florece en todo su esplendor en las aguas más corrompidas sin perder un ápice de su belleza.

De eso se trataba. De sacar lo mejor de mí y entregarme a aquello que amaba, por embarrado que estuviera el suelo a mis pies, por mucho que el mundo me repitiera una y otra vez: «No pierdas tiempo soñando. Los sueños son imposibles de alcanzar».

CUADERNO DE BITÁCORA

- Más allá de las escarpadas montañas del día a día te espera tu Shangri-la, el lugar en el cual te mirarás al espejo y verás a la persona que quieres ser.
- Atrévete a soñar. Da igual la dimensión del sueño. Es nuestra responsabilidad como seres humanos descubrir nuestro propio camino y entregarnos a él en cuerpo y alma.
- Somos seres minúsculos en medio del universo infinito, pero al mismo tiempo albergamos la fuerza necesaria para emprender cualquier desafío.
- El mundo tratará de convencerte de que es imposible alcanzar las cosas que amas, pero no le hagas caso. Desde el momento en que empieces a caminar hacia ellas ya las estarás conquistando.
- No me cuentes lo que vas a hacer, ¡hazlo! No puedes permitirte desperdiciar ni un segundo en el precioso viaje de tu vida.

TERCERA ESCALA: SIRIA

LA TRAVESÍA DEL DESIERTO



SOL, ARENA Y FELICIDAD

Cuando decidí perseguir aquello que realmente amaba, todo parecía muy sencillo. Por fin tenía clara mi meta, escribir una novela, e incluso había trazado un plan en el que apenas se vislumbraban un par de obstáculos que, sobre el papel, no parecían difíciles de salvar.

Pero cuando empecé a redactar en el agotador día a día, las previsiones se torcían obligándome a corregir el rumbo. Mi despacho de abogado me impedía dedicar al libro tantas horas como yo habría querido. Podía renunciar a llevar algunos asuntos para ganar tiempo extra, pero esta decisión afectaría a mi cartera de clientes. Sólo me quedaba una opción: escribir los fines de semana y las noches de los días laborables, quedándome hasta las tantas a pesar de que el despertador seguiría sonando cada mañana a la misma hora.

Pronto comprendí que esto iba a perturbar otras parcelas de mi vida más allá de lo puramente laboral. Todo a mi alrededor necesitaba reajustarse.

—Los principios son siempre lo más difícil, como el primer diente —me consoló un amigo que acababa de ser padre.

El mío no era ni mucho menos un caso aislado. Cuando empezamos a perseguir las cosas que amamos y tratamos de conciliarlo con nuestro universo cotidiano, se precipita sobre nosotros una lluvia de asteroides llamados trabajo, pareja, familia, sociedad, pagos... Es la travesía del desierto, el período más difícil que, inexcusablemente, hemos de superar al comienzo de cada aventura vital hasta que todo lo que nos rodea se acomoda a nuestra nueva situación.

La buena noticia es que, en el viaje que hice por el desierto de Siria desde Damasco hacia la frontera con Irak, aprendí las dos claves que necesitamos conocer para superar esa travesía sanos y salvos.

Acompáñame y verás que habrá mucho sol y mucha arena, pero también mucha felicidad, porque estamos emprendiendo nuestro propio camino.

> Todos los hombres sueñan, pero no del mismo modo. Los que sueñan de noche en los polvorientos recovecos de su espíritu se despiertan al día siguiente para descubrir que todo era vanidad. Los soñadores diurnos sí que son peligrosos, porque pueden vivir su sueño con los ojos abiertos a fin de hacerlo posible.
>
> LAWRENCE DE ARABIA

CONFESIONES EN MAALULA

Partimos de Damasco en un coche con conductor. Me acompañaban Cristina y tres amigos de nuestra ciudad entre los que se encontraba Quique, un compañero abogado que había recorrido varios países de África por su cuenta y que me fue de gran inspiración en mis inicios viajeros.

Nuestra primera escala en las ardientes arenas de Oriente Próximo fue una pequeña localidad llamada Maalula. Además de albergar casi más iglesias que habitantes, tenía la peculiaridad de ser el único lugar en el que todavía se hablaba el arameo, la lengua materna de Jesucristo.

Era una maravilla. Rodeada de cerros resecos, sus casas pintadas de un pálido azul colgaban de las paredes de una montaña. Monasterios bizantinos edificados sobre ruinas de templos paganos exhibían cúpulas metálicas que destellaban al sol obligándome a cerrar los ojos. Altares asirios, iconos religiosos de todas las épocas...

Nos dispusimos a subir las escaleras talladas en la roca que permitían contemplar el pueblo desde lo alto. Un par de chicas jóvenes que nos vieron con cara de despistados se ofrecieron a acompañarnos.

Vestían tejanos y bisutería que tintineaba al andar. Con ellas hablamos del pasado y del presente de Siria (en aquel momento, hace década y media). Presumían de que podías olvidar una maleta en un semáforo de Damasco y encontrarla en el mismo lugar al día siguiente; y sobre todo celebraban vivir en un país laico en el que era posible practicar sin temor cualquier religión. Ellas eran cristianas.

La tarde voló entre las confesiones adolescentes que les arrancaba Cristina, sentadas las tres en una piedra a las puertas del convento de Santa Tecla, mientras ocultaban con la mano sus sonrisas abiertas y atusaban sus cabelleras negras.

Hoy, pasado el tiempo, entro en un portal de noticias de internet y escucho las declaraciones en directo de una monja del Patriarcado Greco-Católico de Damasco. Dice que Maalula y sus tesoros han sido destruidos tras las batallas entre las tropas gubernamentales y los yihadistas, habiéndose convertido en el símbolo del martirio de los cristianos sirios.

Dos mil años después de que Jesús de Nazaret fuera crucificado no muy lejos de allí, acaban de ser clavados a otra cruz dos jóvenes de Maalula que se mantuvieron firmes en su fe. Una aberración que los radicales han completado jugando al fútbol con las cabezas de aquellos que venían a llorarles y colgando de un árbol por el cordón umbilical un feto recién arrancado de su madre.

—A pesar de todo —declara la monja con una sobrecogedora serenidad—, todavía hay funcionarios que van a trabajar, desconociendo si van a regresar a casa con vida. Y lo mismo sucede con los jóvenes que van a la escuela o la universidad. Acuden a las aulas, y sus padres los animan a ello, porque el principal impulso del ser humano es vivir.

»Afortunadamente —ha concluido, y yo me he estremecido—, la esperanza es más fuerte que la muerte.

> Mantenerse firmes, como el yunque al ser golpeado.
>
> IGNACIO DE ANTIOQUÍA,
> santo del siglo I, mientras era conducido

por el desierto de Siria
para ser ejecutado en Roma

La aldea de barro

Tras dejar atrás una tormenta de arena que tiñó de marrón nuestro vehículo por dentro y por fuera, nos detuvimos a pasar la noche en una aldea de barro. Las casas tenían forma de horno de pan, sin ventanas y con una pequeña puerta para que no entrara el calor. Reinaba un silencio sepulcral. No se veía un alma, por el sol de justicia que aún azotaba al atardecer. Me pregunté a qué se dedicarían para subsistir.

Nuestro conductor apareció al rato acompañado de un sirio con una sonrisa y un bigote que le convertían en el Tom Selleck beduino (repaso ahora el álbum de fotos y no es una forma de hablar, era como estar con el actor en un rodaje). Nos condujeron a una edificación en cuya entrada había un montón de sandalias, como si se tratase de una mezquita. En una sala cubierta de alfombras reposaba el consejo del pueblo, una docena de hombres de diferentes edades ataviados con túnica blanca y *kufiyya*, el pañuelo árabe sujeto a la cabeza por un cordón.

Acercaron unos cojines y nos hicieron hueco en el suelo. Uno de ellos se dispuso a preparar una pipa de agua con aroma a manzana mientras otro se apresuraba a servirnos té. Los demás nos dedicaron unas inclinaciones de cabeza y siguieron debatiendo sobre sufismo, la espiritualidad islámica. Sin duda querían honrarnos con lo que consideraban su bien más preciado, aquella sabiduría que atesoraban desde hacía siglos.

—Un sufí es alguien que obra como los demás cuando es necesario; y que hace lo que los otros no se atreven a hacer cuando es lo indicado —declaraba el jefe con orgullo, dirigiéndose al conductor para que tradujera.

—Lo que me admira es que logréis salir adelante en un lugar tan duro como éste —dije.

—Quien no quiere hacer nada encuentra una excusa, pero quien quiere hacer algo encuentra un medio —intervino un viejecillo risueño.

Al ver que me quemaba con el vasito de té, nuestro anfitrión me enseñó cómo cogerlo: sujetándolo con el dedo corazón en la base y el pulgar en el canto. Acto seguido declaró:

—El desierto es duro, pero también es bello.

—Sería bueno aprender a mirarlo con vuestros ojos.

—Sobre todo me gusta por la noche, cuando se puede contemplar el firmamento entero. En Occidente tenéis demasiadas farolas. —Me quedé pensativo y él continuó—: Aunque la verdadera belleza del desierto radica en el hecho de saber que en algún lugar esconde un pozo de agua.

Complacido, di un sorbo al té. Sabía a menta.

—En cualquier caso —insistí—, tenéis mucho mérito viviendo aquí.

Elevó las manos y declaró:

—Él nos ayuda.

—Estoy seguro, pero no me malinterpretes si digo que no os puede librar de tormentas de arena como la de esta tarde.

—El secreto está en no pedirle que nos libere de las dificultades de la vida. ¿Para qué habríamos de molestarle con eso, si sabemos que son inevitables? Los profetas tuvieron que pasar abundantes pruebas y nosotros hemos de seguir el mismo camino. Nadie nos va a dispensar de los accidentes, de las enfermedades, de las riñas con nuestras parejas o de la pérdida antes o después de aquellas personas y cosas que amamos. La grandeza está en ver en cada obstáculo una posibilidad de crecimiento.

—Y si Dios no puede libraros de las dificultades, ¿qué le pedís entonces?

Tomó aire y declaró con sosiego:

—Que nos dé fuerza para superarlas.

Me quedé sin habla. Aquel hombre acababa de mostrarme la primera clave para completar con éxito mi propia travesía del desierto. Al empezar a perseguir lo que más amaba en ese momento, que era escribir una novela, iba a cruzarme sí o sí con varias tormentas de arena. El secreto estaba no en intentar evitarlas —lo cual me conduciría al enfado y la desesperación—, sino en aceptarlas con naturalidad y tener la fortaleza suficiente para atravesarlas victorioso.

CAVA UN SOLO HOYO

—Salgamos fuera —propuso nuestro anfitrión cuando terminó de ponerse el sol—. Os enseñaré la habitación que hemos preparado para vosotros.

Nos dirigimos hacia una casa un poco alejada del resto. Por el camino vimos a un grupo de niños y niñas que jugaban con unas palas. Estaban excavando un hoyo profundo en el que los más pequeños ya cabían enteros. Quique se metió dentro y comenzó a alborotarlos con sus bromas.

—Ya veo que les enseñáis a esforzarse desde pequeños —comenté al jefe.

—La lección de esta semana es muy simple: si excavas en un solo lugar, tarde o temprano encontrarás agua; si por el contrario vagas por el desierto cavando un poco aquí y otro poco allá, no encontrarás una gota y morirás de sed. Lo dice el proverbio sufí: «Insiste ante una sola puerta y múltiples puertas se abrirán ante ti».

Aguantar, persistir. Toda la aldea tenía aquella máxima grabada a fuego.

—Mañana partiremos pronto —dije al despedirnos.

—Estaremos despiertos.

—No lo dudaba. —Sonreí.

Se dispuso a regresar a la sala del cónclave pero, al segundo paso, se giró y preguntó:

—¿Vais a visitar el Crac de los Caballeros?

—Teníamos pensado llegar hasta Palmira, continuar hasta la frontera de Irak y bañarnos en el Éufrates.

—Hazme caso, merece la pena. Sólo tenéis que desviaros un poco hacia el Líbano...

Para entender el corazón y la mente de una persona, no te fijes en lo que ha hecho ni en lo que ha logrado, sino en lo que aspira a hacer.

KHALIL GIBRÁN,
poeta libanés

LAS ESTRELLAS DE LOS CRUZADOS

—¡En el horizonte, sobre la loma! —exclamó Cristina, que con sus ojos de lince siempre ve las cosas unos segundos antes que el resto.

El Crac de los Caballeros era un majestuoso castillo construido en lo alto de un risco por los cruzados de la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén. Lo hicieron para proteger la ruta que unía Homs —en el interior de Siria— con la costa mediterránea de Trípoli, pero con el tiempo fue convirtiéndose en cuartel general para diferentes campañas. Era una de esas obras del ser humano que, pasados los siglos, nos arrancan un «Pero ¡cómo pudieron venir hasta aquí para construir esto!» y nos demuestran lo lejos que somos capaces de llegar si nos lo proponemos.

Visitamos el interior, entre anchos muros protegidos a su vez por parapetos de mampostería que en algunas zonas medían hasta veinticinco metros de espesor. Si el asalto por esas paredes era inviable, cualquier intento de sitiar la fortaleza también estaba condenado al fracaso. Albergaba una red de sótanos excavados en el monte en los que se almacenaban provisiones para que una guarnición de dos mil soldados resistiera un asedio de cinco años.

Sin otros visitantes en toda la fortaleza aparte de nosotros, me parecía oír el eco de los gritos de los cruzados organizándose ante el sitio de Saladino, el chocar de las espadas, los cascos de los caballos contra el adoquinado.

Me alegré de haber hecho caso al jefe de la aldea de barro. Si se trataba de aprender a sobrellevar los avatares que surgen cuando empezamos a perseguir las cosas que amamos, aquellos guerreros eran unos verdaderos maestros. No se quejaban, no se desesperaban ante las penalidades; simplemente las superaban. Durante los siglos XII y XIII, aunque las cruzadas iban fracasando una tras otra, el castillo honró el fin para que el había sido construido resistiendo asaltos de todos los musulmanes de Tierra Santa.

Sin darnos cuenta se hizo de noche. Cristina y yo nos encaramamos a una de las torres y nos sentamos entre dos almenas.

—El jefe de la aldea —comentó ella mirando al cielo nocturno— dijo que si hay algo que le gusta del desierto es que por la noche puede ver todas las estrellas del firmamento.

—Es cierto. Desde la ciudad no se ve ni la mitad.

—Ni una cuarta parte.

El Tom Selleck sirio tenía razón. En nuestro día a día occidental estamos rodeados de demasiadas farolas. Mucha luz artificial que nos impide contemplar las verdaderas estrellas.

SUBE A LA DUNA Y COGE PERSPECTIVA

Continuamos nuestra ruta por el desierto en dirección a Palmira en una furgoneta pública. Viajábamos en ella unos doce pasajeros, incluyendo una familia de campesinos, un representante

de jabón y un par de reclutas de permiso. El calor que hacía en aquella lata de sardinas era indescriptible. El muchacho que ocupaba el asiento del copiloto se volvía de vez en cuando, abría una caja de poliestireno llena de agua que había encajado junto a la palanca de cambios y nos daba de beber pasándonos a todos la misma taza de metal. Cuando le tocaba el turno al conductor, entonces sí, limpiaba el borde con un trapo.

A mitad del trayecto hacia el lugar donde teníamos previsto hacer noche paramos junto a un puesto ambulante de sandías. El acompañante del chófer bajó a comprar y yo aproveché para estirar las piernas.

Una niña vestida con un chador cepillaba las crines de un burro escuálido que no parecía capaz de arrastrar el carro con la pesada fruta. El árabe barbudo que regentaba el tenderete me observaba sin disimulo, a buen seguro por unas llamativas gafas de sol de cristales naranjas que yo tenía por aquel entonces. Le saludé con un movimiento de cabeza y él señaló a una duna que se había formado en mitad de la nada.

Sonreí y él repitió el ademán arqueando las cejas y apuntando con su huesudo dedo índice hacia el montículo.

¿Qué quería decirme?

Me lo pensé un par de segundos y, llevado por una suerte de impulso, eché a correr hacia allí, confiando en que me diera tiempo a subir y bajar antes de que la furgoneta siguiera su camino con mi mujer y mis amigos dentro.

En cuanto llegué arriba, jadeando y sudoroso, supe que había merecido la pena.

Elevado en medio de las arenas del desierto, encontré una quietud a la que no estaba acostumbrado. Giré sobre mí mismo. Tanto aire para respirar, la ausencia de límites... Ni siquiera veía el horizonte, diluido en esa neblina que parecía marcar la separación entre la realidad y lo imaginado. Era, simplemente, la inmensidad.

Espacio, luz y paz.

Tan lejos de mi caos cotidiano, del remolino en el que vivimos inmersos, de la lluvia de asteroides que nos persigue, mi mente empezó a trabajar de forma diferente. De forma... libre. Los árboles no me impedían ver el bosque. Será porque allí no había árboles, ni nada que me confundiera.

Aprovechando la distancia y la perspectiva que me brindaba estar subido a lo alto de la duna, contemplé mi propia vida. Me fijé en cómo era mi realidad cotidiana desde el día que había tomado la decisión de perseguir lo que amaba y observé con detenimiento mi forma de comportarme con mi pareja, con mi familia, en el trabajo. Examiné cada una de esas parcelas y me di cuenta de que no dedicaba la atención o la energía debida a algunas cosas que realmente importaban, mientras que, paradójicamente, otras que carecían de toda trascendencia eran las que más me perturbaban.

Aquel hombre me había dado la segunda clave para superar la travesía del desierto.

> No vemos las cosas tal como son, sino tal como somos.
>
> El Talmud,
> compilación de discusiones rabínicas

sobre leyes y tradiciones judías

AFILA EL HACHA

Me acurruqué en un rincón de la furgoneta. Las gotas de sudor me hacían carreras por la frente, pero no me inmutaba. No dejaba de pensar en lo que acababa de experimentar. Había vivido otra iluminación viajera.

En mi día a día, las cartas del banco y del centro de salud y de Hacienda y de la Seguridad Social y de la campaña electoral y de la comunidad de vecinos y del análisis del colesterol y de la ITV y de las ofertas del hipermercado, y también el polvo de las obras de la acera y el humo de la fábrica y las noticias del telediario que salpicaban la pantalla de sangre y desesperanza... Aquella tormenta de desconcierto me nublaba la vista, impidiéndome ver con claridad mi propia realidad.

Por fortuna, desde lo alto de la duna había conseguido la perspectiva suficiente para ver las cosas tal y como realmente eran; y, gracias a ello, empecé a hacer algo necesario para seguir caminando hacia aquello que amaba: relativizar lo negativo y valorar lo positivo.

Desde la distancia era capaz de restar importancia a muchos falsos problemas que mi ansiedad cotidiana había maximizado hasta hacerlos parecer obstáculos insalvables; y al mismo tiempo empezaba a valorar como era debido algunos aspectos afortunados de mi vida que, debido a la frenética inercia del día a día, hasta entonces me habían pasado desapercibidos.

Puede parecer una cuestión manida. Seguro que más de una vez te han reprochado eso de «¡No te das cuenta de lo que tienes!». Pero si algo tenemos es la mala costumbre de obviar las cosas más obvias. Por ello comprendí que era necesario realizar de forma consciente este doble ejercicio que me ayudaba a colocar cada cosa en su sitio.

Relativizar lo negativo y valorar lo positivo, era así de fácil. Sólo necesitaba dedicar el tiempo necesario a analizar con detenimiento cada parcela de mi vida antes de seguir adelante con la carrera hacia lo que realmente amaba. Recordé el dicho: «Si dispones de ocho horas para cortar un árbol, emplea seis en afilar el hacha».

Cuento del desierto

Dos amigos de Alepo caminaban perdidos por las tórridas arenas del desierto sirio tras haber volcado su camión en una duna. Apenas quedaba agua en la cantimplora y tenían los nervios a flor de piel. Terminaron discutiendo y uno le dio una bofetada al otro. Éste se agachó en silencio y escribió en la arena con el dedo: «Mi amigo me dio una bofetada».

Por fortuna, encontraron un oasis. El que había sido agredido se lanzó al agua y bebió tan deprisa que se desmayó y se precipitó hacia el fondo. Su amigo saltó tras él sin pensarlo dos veces y lo sacó a la orilla. Cuando recuperó la consciencia, cogió su daga y grabó en una piedra: «Mi amigo me salvó la vida».

—¿Por qué antes lo escribiste en arena y ahora lo haces en piedra? —preguntó

el otro.

—Escribe tus heridas en la arena, donde los vientos del perdón puedan borrarlas; y graba tus venturas en una piedra donde no las borre ni un huracán.

Las ardientes arenas de Palmira

Jamás he pasado tanto calor como en Palmira. Nos alojamos en un hotel que tenía una pequeña piscina. Era mediodía y no se podía respirar, por lo que nos cobijamos bajo unas sombrillas de cáñamo a la espera de que el sol nos diera una tregua y empezar nuestra visita. Para bañarnos, contábamos hasta tres y salíamos corriendo hacia el agua. No era sólo que quemase el suelo de piedra; el propio aire abrasaba la piel.

A media tarde nos lanzamos a la conquista del recinto arqueológico. Había mucho que ver. El efímero pero poderosísimo imperio de la reina Zenobia, que se extendió por Siria y el Líbano sirviendo de puente en la Ruta de la Seda, albergó en su capital doscientos mil habitantes, un número enorme para aquella época. Caminé entre la columnata que servía de eje. A un lado el templo babilónico de Nebo, al otro el campamento de Diocleciano, el teatro...

A la hora del ocaso me senté entre las columnas del templo de Bel, el dios supremo para los fenicios y cananeos, y observé las ruinas al contraluz bajo el cielo naranja. Me emocioné, para qué negarlo. No se trataba de la belleza en sí de las construcciones. Era por algo parecido a lo que sentí en la soledad del Crac de los Caballeros, como si de pronto conectara con el alma de todos los hombres y mujeres que siglos atrás habían construido en medio del desierto aquellas maravillas, aguantando todas las penalidades, superando su propia travesía. Las imaginaba en su momento de esplendor, recién terminadas con sus colores vivos, y a sus autores contemplándolas orgullosos, y a sus familias orgullosas de ellos. Notaba su satisfacción suspendida en el aire y pensaba que, como aprendí en el Tíbet, no somos nada, apenas unos granos de arena en mitad del espacio y del tiempo, pero al mismo tiempo albergamos dentro de nosotros la fuerza necesaria para emprender cualquier desafío.

Escuché una voz aguda a mi espalda.

—Vuelvo para el hotel. ¿Vienes?

Era Antonella, una nueva amiga italiana. La encontramos viajando sola con otra compatriota intrépida llamada Silvia y, tras compartir unas pipas de agua, habíamos decidido continuar juntos en una furgoneta privada.

—Te acompaño.

Durante el camino, la italiana me contó con su habitual carrete y simpatía todo lo que sabía sobre la reina Zenobia (recientemente coincidimos en La Rioja y sigue siendo igual de habladora y divertida). Apetecía escucharla por la pasión que derrochaba en cada frase... y en todo lo demás. A pesar de llevar todo el día en danza, seguía caminando con brío con sus pantalones cortos y sus sandalias de cuero.

—Menuda energía —le dije.

—Serás tú que vas lento. A ver si voy a tener que atizarte con un látigo como a la reina Zenobia.

Imitó el ruido de un chasquido.

—Dispara, que eso no me lo has contado.

—Cuando Aureliano la derrotó, durante la marcha triunfal la obligó a tirar de un carro con grilletes y cadenas de oro.

—Yo no arrastro un carro con un emperador romano encima, pero me pesa la mochila.

—¿Qué demonios llevas ahí dentro? —dijo, deteniéndose.

—No sé —contesté, quitándomela—. La cámara, la guía, un libro, una botella de agua...

—Demasiado llena para caminar por el desierto.

Una repentina racha de viento me golpeó la cara, pero me sentía incapaz de cerrar los ojos. Había visto otra luz y no quería que se esfumase.

¿Recuerdas que, para poder gritar lo que nos enseñó Nelson Mandela, antes tuvimos que sacar algunas cosas de la mochila? En aquel momento dejamos fuera el cúmulo de decisiones que otros toman por nosotros. No lo olvides: si tú no diriges el timón, otros lo harán por ti. ¡Soy el amo de mi destino!

En mi particular travesía del desierto tenía que seguir vaciándola. Ahora que había subido a la duna y había analizado mi vida con perspectiva, era el momento de decidir qué debía conservar y qué equipaje tóxico necesitaba sacar para poder dar pasos hacia delante.

El cuento de san Antonio

De vuelta al hotel, de nuevo juntos los siete amigos, cenamos carne a la brasa ensartada en barras de hierro y, de postre, la inevitable sandía. Compartimos unas pipas de agua y muchas risas mientras extendíamos el mapa sobre la mesa y trazábamos una línea sobre los puntos que teníamos previsto visitar antes de dirigirnos hacia Beirut, nuestra última escala. Primero nos daríamos un baño bíblico en el río Éufrates y de allí seguiríamos hacia Al Raqa, una ciudad en mitad de ninguna parte.

En aquel momento, mientras repasábamos la guía de viajes buscando un alojamiento para esa parada, no podíamos imaginar que el único hotel de la zona se convertiría años más tarde en el cuartel general del Estado Islámico. El mismo grupo terrorista que destruiría algunos de los monumentos de Palmira que acabábamos de admirar; el mismo que empujaría al exilio a miles de personas, entre ellas, a buen seguro, alguna familia de las que conocimos en nuestro periplo. ¿Quién podía imaginar algo así?

A medida que avanzaba la noche y se desvanecía el humo de las pipas de agua, la conversación derivó hacia terrenos más íntimos. Cuando le comenté a Antonella lo que había pensado tras nuestra charla de la mochila, me preguntó:

—¿Has leído *La sabiduría de los padres del desierto*? Del blog del Guerrero de la Luz... —Negué con la cabeza—. Hay un cuento sobre san Antonio que me gusta mucho. Dice que en sus años de eremita en el desierto, un buen día se le acercó un joven que quería aprender el camino de la salvación. Convencido de que era su camino, le aseguró al santo que había vendido todo lo que tenía y le había dado el dinero a los pobres. «Sólo guardé unas pocas cosas para que me ayuden a sobrevivir aquí», dijo el joven.

»San Antonio pidió al muchacho que volviera a la ciudad, vendiese también las pocas cosas

que había guardado y con el dinero obtenido hiciese algo tan concreto como extraño: comprar carne y regresar al desierto con los filetes atados a su cuerpo.

»El muchacho obedeció. Pero, como era de esperar, mientras regresaba a la cueva de san Antonio fue atacado por perros y halcones que querían un pedazo de la carne. "¿Por qué me mandó hacer esto?", le preguntó al llegar, mostrándole el cuerpo arañado, mordido y las ropas hechas jirones. Y el santo le contestó: "Para que comprendieras que lo que trajiste de tu pasado no sirve en tu presente. Cuando tengas que escoger un nuevo camino, no traigas experiencias viejas. Aquellos que dan un paso nuevo pero quieren mantener un poco de su antigua vida terminan desgarrados por los propios recuerdos".

> Hay cuatro cosas que no vuelven: la flecha arrojada, la palabra dicha, la oportunidad desperdiciada y la vida pasada.
>
> Proverbio del desierto

MI PROPIA TRAVESÍA

Los comienzos de la escritura de mi primera novela, *El guardián de la flor de loto*, no fueron fáciles. Apasionantes sí, pero no fáciles. Desde pequeño me había gustado redactar textos breves. Lo hacía de la mano de mi abuelo Andrés Pascual, autor de unos libros de ortografía llamados «Mis dictados» que se reeditaron durante décadas. Gracias a él, en casa se jugaba con las palabras; pero escribir una novela era otra cosa.

Cuando empecé a llenar páginas me azotaba el sol y la arena se me metía en los ojos. Tuve que superar mi propia travesía: analizar cada parcela de mi vida, vaciar la mochila de todo aquello que no era acorde con la nueva persona que estaba construyendo —la que se miraba al espejo y veía lo que quería ver— y demostrar que podía mantenerme firme ante las adversidades como el yunque al ser golpeado.

Lo curioso es que hoy, pasado el tiempo, no recuerdo ni una sola de aquellas dificultades iniciales. No es una forma de hablar. Miro hacia atrás y todos los obstáculos que tuve que saltar mientras reajustaba mi vida en dirección a lo que amaba se difuminan en mi memoria como un espejismo. Lo único que veo sobre la arena del desierto son las huellas de una persona feliz por saber que estaba andando su propio camino.

CUADERNO DE BITÁCORA

- Al principio del viaje de tu vida has de enfrentarte a la travesía del desierto, un período en el que necesitas conciliar tu realidad cotidiana con la carrera hacia lo que realmente amas.
- Asume que todos los comienzos son complicados. En lugar de tratar de evitar las dificultades, reúne fuerzas para superarlas.
- Sube a la duna y coge perspectiva para contemplar tu vida con la debida distancia. Así podrás relativizar aspectos negativos que no tienen importancia pero te subyugan; y apreciar aspectos positivos que no valoras porque te pasan desapercibidos.
- Una vez hecho esto, saca de tu mochila el equipaje tóxico que te lastra e impide dar pasos en dirección a lo que amas.

CUARTA ESCALA: INDIA

HELP!



DESPUÉS DE CUATROCIENTAS PÁGINAS

Con la documentación que traje conmigo del viaje al Tíbet y dos años de trabajo, redacté un primer manuscrito de cuatrocientas páginas de *El guardián de la flor de loto*. El día que puse el FIN pensé: ¿y ahora qué?

No conocía a nadie en la industria del libro, así que se me ocurrió entrar en internet y meter en el buscador: «agentes literarios».

Envié una carta a cada uno. Les contaba que había escrito una novela sobre el conflicto tibetano (en realidad versaba sobre el conflicto interior de su protagonista, sin duda como reflejo de los cambios que yo mismo estaba experimentando), que la trama era actual y, por ello, diferente a otras que tenían como telón de fondo la espiritualidad del Techo del Mundo, y que si estaban interesados en leerla me la pidieran. No les adjuntaba ni una página.

¿Osadía o estrategia? Tal vez ambas al cincuenta por ciento. Imaginaba a los agentes hartos de recibir paquetes de tres kilos de folios que tirarían directamente a la papelera porque ni les cabrían en la mesa. El caso es que varios de ellos se sintieron intrigados y me solicitaron unos capítulos. Fue mi querida Montse Yáñez, desde entonces mi agente y amiga, quien dio el siguiente paso y se ofreció a representarme.

Pensé que estaba todo hecho, que Montse llamaría a la puerta de la editorial que más nos gustase y firmaríamos un contrato en un par de días. Pero en nuestra primera reunión en su despacho de Barcelona sugirió:

—¿Por qué no haces una segunda versión de la novela?

—¿Te refieres a corregir lo que te he mandado?

—Más bien a que la empieces desde el principio.

Me quedé helado.

—Creía que me habías hecho venir porque te gustaba...

—Precisamente por eso me atrevo a pedírtelo. Tienes lo que hay que tener, pero si queremos aspirar a una editorial importante te falta madurar.

De nuevo página uno...

Estaba persiguiendo aquello que amaba y disfrutaba cada paso dado, cada párrafo escrito fuera o no definitivo (para llegar a las cuatrocientas páginas había roto dos mil), pero habían sido dos años de trabajo...

> Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado. Un esfuerzo total es una victoria completa.
>
> MAHATMA GANDHI

ME VOY A LA INDIA

Volví a casa y le conté a mi mujer cómo había transcurrido la reunión. Por aquel entonces ella había cerrado un capítulo profesional como economista en un banco de inversión y estaba estudiando una dura oposición, una meta personal que indirectamente favoreció el que yo alcanzase la mía: cuanto más estudiaba ella, más escribía yo. Es difícil encontrar la forma de apoyar a alguien que tiene que meterse en la cabeza ciento treinta y cinco temas sin interferir en su rutina, así que dedicaba el máximo tiempo posible a mi novela en la habitación contigua para que ella tuviera tranquilidad y, al mismo tiempo, sintiera a través de la pared, escuchando el lejano sonido del teclado de mi portátil, que estaba a su lado.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó.

—Lanzarme a por la segunda versión como sugiere Montse. Página uno. A mí ya no hay quien me pare.

—Me parece genial que le hagas caso. Qué bien tener a alguien que apueste por ti.

—Confío en ella al cien por cien. Pero antes...

—¿Antes?

—He pensado escaparme unos días a la India.

Visto cómo había escrito el primer manuscrito, sabía que el segundo ganaría mucho con nuevas emociones vividas sobre el terreno. Regresar al Tíbet estaba descartado, así que la mejor alternativa era visitar Dharamsala, la capital del gobierno del Dalai Lama en el exilio. En esa zona norteña de la India podría ver a los monjes luchar fuera de las fronteras marcadas por China para preservar la tradición tibetana. Era un plan ideal para mi nuevo proyecto literario, pero me sentía incompleto viajando sin Cristina.

Ella, adivinando mis pensamientos, me miró durante unos segundos y preguntó:

—¿A qué esperas para sacar el billete?

> La vida no te está esperando en ninguna parte, te está sucediendo. No se encuentra en el futuro como una meta que has de alcanzar, está aquí y ahora, en este mismo momento, en tu respirar, en la circulación de tu sangre, en el latir de tu corazón.
>
> OSHO,
> maestro hindú

PON BANDA SONORA AL VIAJE DE TU VIDA

¿Qué tiene la India, que a todos nos llama tarde o temprano? Desiertos, vacas sagradas, playas hippies, montañas nevadas, templos, plantas de té, gentes que visten mil colores con lágrimas pintadas en la frente... Es como si el país entero emitiera una dulce melodía de flauta y el resto

del planeta, como sonámbulos, sintiésemos la necesidad de viajar allí para perdernos por sus calles repletas.

Ya lo decía Mark Twain: «La India es la cuna de la raza humana, la madre de la historia, la abuela de la leyenda y la bisabuela de la tradición». Tenía ganas de llegar. De tomar notas. De absorberlo todo, por cada poro.

Me acompañó una pareja de amigos, David y Sandra. Además de ser un gran aficionado al yoga, él ya había viajado conmigo al Tíbet, por lo que era la persona ideal para compartir este periplo improvisado por un país apasionante, pero también extremo si te salías de la ruta.

Mientras sobrevolábamos los desiertos de Oriente Próximo, me puse los cascos y rebusqué viejas canciones en la carpeta de grandes éxitos seleccionados por la compañía aérea. Ahí estaba «Kashmir», de los Led Zeppelin. La puse para escuchar la letra con atención, ya que hablaba sobre Cachemira, la región del Himalaya indio.

«Mi Shangri-la bajo la luna de verano, volveré de nuevo. Tan cierto como el polvo que flota en lo alto al atravesar Kashmir. Oh, padre de los cuatro vientos, hincha mis velas al cruzar el mar de los años. Sin más provisión que una cara abierta, a través de los estrechos del miedo...»

Un escalofrío de emoción me recorrió la espalda. ¡Era el viaje de mi vida! Aquellos viejos rockeros buscaban su propio Shagri-la, el lugar donde cumplir sus sueños, y se llenaban los pulmones de la ilusión que les permitía vencer cualquier obstáculo y temor.

Pedí a David que me acompañara al compartimento trasero donde las azafatas preparaban las bebidas. Le conté mi inesperado encuentro con los Zeppelin y brindamos con un botellín de vino de Rioja.

—Es como si, de repente, el viaje de mi vida tuviera banda sonora —comenté.

—No son los únicos músicos que pasaron por la India.

—¿Quién más?

Comenzó a canturrear.

—*Help! I need somebody. Help! Not just anybody...*

—¿Los Beatles?

—Lennon escribió ese tema pidiendo ayuda para sobrellevar el estrés del éxito y, al poco, se fueron los cuatro a un monasterio cerca de Cachemira. Hicieron un curso de meditación trascendental y se pusieron hasta arriba de componer.

—Hasta Lennon necesitaba estímulos para crear.

—Todos necesitamos ayuda en un momento u otro.

CAMBIO DE PLANES

Una vez que aterrizamos en Nueva Delhi, salimos a dar una vuelta por el bazar de Chandni Chowk. Tras impregnarnos del aroma a especias y del brillo de la bisutería y del vaporoso baile de los saris, buscamos una agencia de viajes local para contratar un vehículo que nos llevase a Dharamsala.

Nos atendió un individuo llamado Shafi, joven pero con muchas tablas como vendedor. Tras escuchar nuestros planes dibujó un gesto de disgusto y nos dio la noticia: el monzón había azotado esa zona y había ocasionado severos desprendimientos.

—Ya tragamos suficiente barro en el Tíbet —murmuró David.

—Aunque quisierais no podríais ir —explicó Shafi—. Las carreteras están cerradas.

—No me lo puedo creer... —me desesperé.

—Puedo ofreceros un paquete a Rajastán. Castillos, camellos, buena comida.

—No estamos aquí sólo por turismo. Necesito conocer todo lo posible sobre la cultura tibetana.

—Entonces deberíais ir a Cachemira, en concreto a la provincia de Ladakh. Allí hay muchos más monasterios que en Dharamsala, y más antiguos.

Tras la conversación en el avión, Cachemira salía de nuevo a la palestra. Era como si una fuerza invisible me empujase hacia allí. No había duda de que era una alternativa inmejorable para recopilar documentación para el libro; un verdadero Tíbet, culturalmente hablando, a este otro lado de la frontera. Pero la región era una olla a presión. India y Pakistán se disputaban ese territorio desde que en 1947 la Corona Británica había disuelto la colonia. Naciones Unidas trató de aplacar los ánimos con el establecimiento de una franja de alto el fuego que bautizaron «línea de control», pero el trazado resultó ser claramente favorable a la India y no evitó un conflicto bélico que continuaba vivo entre dos potencias que, para más inri, tenían armamento nuclear.

—¿Y la guerra? —pregunté.

—Llevan diez meses de tregua.

Miré a David y a Sandra. No decían nada. Shafi aprovechó para seguir.

—Podríais volar a Srinagar, capital de la Cachemira india, y de allí recorrer en todoterreno la línea de control hasta Leh en Ladakh, la Cachemira tibetana. Esa carretera es una preciosidad. Mirad qué foto.

Señaló una lámina pegada con celo a la pared. Me excitaba el nuevo plan. Recordaba lo que aprendí en Sudáfrica: déjate llevar, la improvisación y la espontaneidad son los verdaderos motores del cambio, del renacimiento y la creación.

—Lo que vosotros digáis —concedió Sandra.

—¿Seguro que no estás vendiendo nuestras almas para sacarte una maldita comisión por los billetes?

Shafi se llevó la mano al corazón.

—Te juro que hace diez meses que no bombardean la carretera, puedes comprobarlo en la embajada; y también te juro que será una experiencia que nunca olvidaréis.

> Vive como si fueras a morir mañana. Aprende como si fueras a vivir para siempre.
>
> MAHATMA GANDHI

SRINAGAR, LA VENECIA ALPINA

«Me apoyo en la barandilla del puente y sigo con la vista el avance lento de una barca cargada de telas. La mujer que la guía, ataviada con un sari agitado por el viento, introduce el remo en el agua turbia con el mimo de una repostera que remueve chocolate...»

Así empieza *El sol brilla por la noche en Cachemira*, una fábula que escribí años después ambientada en Srinagar, la capital de esa remota región a la que, una vez más, llegamos ¿por casualidad? El protagonista era un inspector de Naciones Unidas surgido de mi imaginación, pero la escena que observaba desde aquel puente no era inventada.

Srinagar era una de las ciudades más bellas que había conocido, por algo la llamaban la Venecia alpina. Bellísima, en realidad, pero también muy compleja.

Por un lado, contemplarla era mirar dentro de un caleidoscopio. Frases en hindi, paquistaní y tibetano hacían tirabuzones en el aire, tejiendo una pashmina de palabras. Docenas de dioses y budas se dirigían a sus templos; había tantos que tenían que cederse el paso en las esquinas.

Ésa sería la visión más poética. Pero también recuerdo los sacos terreros y las alambradas que cruzaban la ciudad como retorcidas cicatrices. Lo que allí burbujeaba no era un conflicto adormecido. De camino al centro desde el aeropuerto todo eran muretes de cemento, pabellones alineados y tiendas de campaña, hileras de tanquetas y camiones de transporte de material, armamento y tropas. Habíamos llegado a uno de los lugares más militarizados del mundo, con un millón de soldados de las dos potencias desplazados a la frontera.

Y habíamos llegado solos.

—Yo no digo nada —comentó Sandra—. Pero ¿cómo pensáis que vamos a recorrer esta región por nuestra cuenta?

—¡Podemos con todo! —exclamé, sacando ese orgullo de viajero autosuficiente curtido en mil aventuras.

La cama de Mick Jagger

Habíamos oído hablar de unos barcos-casa anclados en el lago Dal, el corazón de la ciudad. Una propuesta demasiado original como para dejarla escapar.

El jeep que nos hacía de taxi nos llevó hasta la misma orilla. Di una vuelta sobre mí mismo para contemplar el paraje. Aún con su orgullo mancillado por las décadas de guerra y la atmósfera polvorienta, aquel lugar representaba la hermosura en estado puro. Rodeado de montañas, el lago parecía una enorme acuarela. Era inquietante pensar que en sus fondos dormitaban proyectiles sin explotar.

Me acerqué a la primera embarcación para curiosear. Al igual que las demás, nunca había navegado. Fueron construidas por los colonos ingleses para burlar una ley del último marajá que prohibía edificar nuevas viviendas en la región; y, ya puestos a reírse en la cara del mandatario local, los llenaron de alfombras con motivos persas, camas con dosel, cortinillas de hilo en cada ventanuco, artesonados en los techos...

Un anciano de buena envergadura, nariz aguileña y barba blanca salió a recibirnos, se arremangó la túnica azul pálido y estiró el brazo para ayudarnos a subir al balconcillo delantero.

—Es un placer —saludó—. Últimamente tenemos pocos visitantes.

—Volverán tiempos mejores.

—*Inshalá* —contestó, elevando su plegaria al cielo.

Por lo visto era musulmán. En Cachemira estaban mezclados hinduistas, musulmanes y fieles del budismo tántrico tibetano. De ahí el conflicto.

Se hacía llamar el Gran Alzhira. Nos contó que, años atrás, en otro período de tregua y en pleno auge de los opiáceos, Mick Jagger pasó unos cuantos días en su barco con una mujer. ¿También estuvo por aquí el líder de los Stones? No veía el momento de dormir en la misma cama que uno de mis ídolos...

Aprovechando el tono distendido, el Gran Alzhira me ofreció azafrán a buen precio y, cómo no, cualquier semilla que quisiéramos fumar. Rechacé su oferta y le dije que nuestra intención no era quedarnos allí a meditar como las viejas leyendas del rock, sino recorrer la carretera hasta los monasterios de Ladakh.

—Yo os organizaré todo —sentenció.

—No hace falta que...

—No se hable más. Buscaré un todoterreno con un chófer de confianza y programaré vuestra ruta por la línea de control —insistió—. Sois mis huéspedes.

Estaba seguro de que el anciano incluiría en el precio un porcentaje desproporcionado por la gestión. ¿Cómo iba ser de otro modo? Se decía que los indios tienen el arte del sablazo en la sangre. En mi viaje a Katmandú, el nepalí que regentaba un estanco trató de venderme sellos por más valor del que marcaba la estampación. Cuando le pregunté que cómo tenía el valor de intentar timarme de forma tan descarada, se puso farruco y se justificó diciendo: «¿Ha estado usted en la India?».

Pero, sobre todo, aceptar la ayuda de aquel anciano me llevaba a admitir que yo no era el viajero perfecto, autosuficiente, capaz de superar todos los escollos que surgieran por el camino. Viajaba por mi cuenta, iba improvisando a base de experiencia, no necesitaba a nadie que me sacara las castañas del fuego. Aceptar su propuesta nada más llegar habría hecho que me sintiera débil, que era lo que menos me convenía entre tanto fusil de asalto.

Lo rechacé al igual que el opio, de forma aún más enérgica.

La conversación no terminó bien. Agraviado, el Gran Alzhira se enfundó sus babuchas y saltó fuera del barco sin querer siquiera cobrarnos la noche.

—No queríamos ofenderle —insistí desde el balconcillo de proa—. ¿Qué podemos hacer para compensarle?

Él se giró desde el amarradero y dijo:

—Mostrar más humildad.

> Procura ser tan grande que todos quieran alcanzarte y tan humilde que todos quieran estar contigo.
>
> MAHATMA GANDHI

EL CUENTO DE LAS PISADAS EN LA ARENA

Pasamos el día siguiente intentando conseguir un transporte por nuestra cuenta, sin intermediarios. Acudí a la estación con aire de controlar la situación, pero cada vez se ponían peor las cosas. Llegó un momento en el que todos los presentes sabían que queríamos recorrer la

línea de control, por lo que el relato de los eventuales peligros de la travesía y, en consecuencia, las tarifas de los chóferes aumentaban a cada minuto. Incluso tuve que apaciguar a un recluta que me apuntó con una especie de Kalashnikov mientras me recriminaba por haberle hecho una foto, a pesar de que no había desenfundado mi cámara en toda la mañana.

David se acercó a mí por detrás y canturreó en voz baja:

—*Help! I need somebody. Help! Not just anybody*...

Era así de fácil. Sólo hacía falta invocar el espíritu de John Lennon que vagaba por allí desde que hizo el retiro de meditación y gritar «Help!» al Gran Alzhira. Pedir ayuda, algo básico que muchas veces también nos resistimos a gritar en el campo de batalla de nuestro día a día. Porque el mundo que nos toca vivir está en pie de guerra, como Cachemira. Los muros de las empresas en las que pasamos media vida, los alambres de espino que separan las familias, los sacos terreros que echamos encima de nuestra pareja. Una guerra que en muchas ocasiones tratamos de ganar por nosotros mismos creyendo que nos bastamos, que podemos con todo.

De vuelta al barco-casa y una vez que llegamos a un acuerdo en cuanto a la forma y costes del desplazamiento por la línea, el Gran Alzhira nos invitó a cenar con su familia.

El salón estaba pintado de color pistacho y olía a curri. Los nietos seguían la final de críquet en una tele antigua. India y Pakistán se jugaban el campeonato mundial. «¡Los verdes contra los azules!», gritaban. Ellos eran cachemires, ni de aquí ni de allá, aunque jaleaban a Pakistán. «Si ha de ganar alguno...», dijo el Gran Alzhira, tomando partido por aquello de la religión.

Extendieron el mantel en el suelo y colocaron en el centro una fuente rebosante de arroz. Percibí el vapor harinoso y se me hizo la boca agua. La hilera de platos y cuencos que vinieron después serpenteaba como un tren eléctrico de mercancías. En un vagón verduras cocidas, en otro puré de garbanzos, tacos de queso y tortilla...

El Gran Alzhira cogió un puñado con la mano y me preguntó:

—¿Conoces el cuento de las huellas en la arena?

—No.

Tragó el arroz con parsimonia y comenzó:

—Un hombre había pasado toda su vida caminando por el desierto del Rajastán. En un momento dado, se giró para mirar hacia atrás y vio a lo largo del camino dos marcas de pisadas. Se enorgulleció al comprender que unas eran suyas y las otras pertenecían a Ganesha, la deidad hinduista con cuerpo humano y cabeza de elefante. Desde que era pequeño le había venerado por ser el dios de la sabiduría ahuyentador de obstáculos, por lo que era maravilloso comprobar que siempre había caminado a su lado.

»Al poco, el hombre se fijó bien y vio que en algunos tramos sólo había una marca de pisadas. Además, se dio cuenta de que se correspondían con los períodos más duros y tristes que había tenido que atravesar en su vida. Muy enojado, miró al cielo y gritó: “¡Ganesha, no lo entiendo! ¿Por qué me has abandonado justo cuando más te necesitaba?”. Y Ganesha, muy sereno, le contestó: “Hijo mío, en esos períodos de dificultades y sufrimiento no te abandoné. En esos períodos te llevaba en brazos”.

«BALLE-BALLE», LA CANCIÓN DE MODA

Recuerdo aquella cena como un momento feliz. Parecía increíble que al otro lado de la pared gritaran los soldados, rugieran las tanquetas y acecharan los proyectiles del lago. Las mujeres reían mostrando sus dientes de oro. El señor Alzhira untaba el arroz en salsa de carne con una mano mientras, con la otra, sujetaba a su nieta pequeña como si se la fuera a quitar. Estaba enfundada en un pijama fucsia y balanceaba sus brillantes tirabuzones negros. «¡Balle-Balle!» gritaba, entonando una canción de moda en lo que vendría a ser un «¡Hurra!», «BalleBalle», coreaba el abuelo, y le hacía cosquillas hasta que superaba la vergüenza de tenernos delante y rompía a reír.

Ya en los cafés, apoyó en un cojín la cabecita de la niña, que se estaba quedando dormida. Pidió que le acercasen el repelente de mosquitos y, remangándole el pijama, extendió la crema con una delicadeza infinita sobre sus manos y pies.

—Creo que es el momento de irnos —dije—. Pero sepa que tendré siempre presente su consejo. —Él hizo un gesto de extrañeza—. Me refiero a lo que me dijo ayer, lo de ser más humilde.

Asintió y, tras meditar unos instantes, añadió:

—Humildad no es callar, obedecer o someterse. Es conocer las propias limitaciones y debilidades, y abrirse al respeto, a la escucha y al aprendizaje; y, por supuesto, a prestar ayuda a su vez siempre que sea posible.

—Cuanto más grandes somos en humildad, más cerca estamos de la grandeza —recitó David, recordando un pasaje del poeta indio Rabindranath Tagore.

—Sólo me queda darle las gracias por todo.

—Soy yo quien ha de dártelas —repuso el anciano.

—¿Por qué?

—Porque dejándote ayudar me estás brindando la oportunidad de ganarme el cielo.

> La auténtica humildad es comprender, lisa y llanamente, que no hay nadie superior y que no hay nadie inferior; que las personas son simplemente ellas mismas, incomparablemente únicas... La persona humilde no sabe nada. Ha completado el círculo de la vuelta a la inocencia de la infancia. Está asombrada y ve misterios por todas partes. Recoge piedrecitas y conchas en la playa, y se alegra tanto como si hubiera encontrado diamantes, esmeraldas y rubíes.
>
> OSHO,
> maestro hindú

LA VIDA ES UNA CARRERA DE EQUIPO

En los viajes, tanto por las barreras idiomáticas y culturales como por la indefensión que nos provoca salir de nuestro círculo de confort, necesitamos pedir ayuda a personas con las que en circunstancias normales no intercambiaríamos una palabra. Camareros, tenderos, otros viajeros, viandantes... Saber que dependemos del resto deja de parecernos un yugo para convertirse en una

liberación; o mejor aún en una bendición, porque a partir de ese momento nosotros también queremos ayudar en algo sin pensar en quién haya de ser el destinatario.

¿Por qué no hacerlo también en el viaje hacia las cosas que amamos? ¿Por qué muchas veces nos empeñamos en resolver nosotros mismos los problemas que surgen por el camino, tan sólo preocupándonos de que nadie perciba nuestra angustia? Tal vez porque nos creemos perfectos e invulnerables; o porque nos sentimos tan despreciables que pensamos que no merecemos auxilio. Pero lo cierto es que todos necesitamos ayuda para superar los obstáculos y, a fin de cuentas, para evolucionar y crecer como personas.

El viaje de tu vida es una carrera de equipo. Como en una vuelta ciclista, siempre hay escapadas, pero ningún corredor conseguiría nada sin sus compañeros; y, lo que es aún más revelador, tampoco conseguiría nada sin el pelotón.

No sólo nos cuesta pedir ayuda, sino también reconocer que la necesitamos. Por ello, gritar «Help!» no es un signo de debilidad. Lo es de fuerza. Y también es una obligación. Como en la carrera ciclista, tu equipo espera que te apoyes en él cuando lo necesites. No hacerlo es una irresponsabilidad, dado que también a ellos les afectarán las consecuencias.

¿Sabes a cuánta gente pedí ayuda para escribir *El guardián de la flor de loto*? Sólo tienes que echar un vistazo al capítulo de agradecimientos. Además de mis familiares y amigos, y de mi agente y equipo editorial, hay antiguos profesores de literatura que leyeron manuscritos, correctores, cooperantes para diseñar el perfil del protagonista, médicos tibetanos, policías, militares, forenses... Todos ellos están ahí, no sólo en el último apartado de la novela, sino en cada una de sus páginas.

La línea de control

El todoterreno estaba en buenas condiciones. Una mantita alargada con el estampado de un tigre lanzándose al cuello de un elefante cubría el salpicadero. El conductor la recolocaba cuando la inercia de alguna curva cerrada la desplazaba hacia un lado. Despedíamos gravilla hacia el barranco, cortado sin quitamiedos a pocos centímetros de las ruedas. Me asomaba a mirar y no llegaba a ver asfalto a nuestros pies. Sólo el vacío.

Algunos tramos de la carretera delimitaban el final del territorio de Cachemira bajo control de la India, por lo que estaban vigilados desde el otro lado por paquistaníes apostados en nidos de morteros. Esas «zonas negras» se advertían con un cartel de chapa siempre cosida a tiros en el que se leía algo así como: «En los próximos kilómetros su vehículo podrá ser alcanzado directamente por arma ligera desde la trinchera enemiga» y sugerían abandonar el lugar lo antes posible. El conductor apretaba el acelerador, pero hasta el motor parecía enmudecer.

Como para compensar estos negros mensajes en un paraje de semejante belleza —con picos nevados, laderas boscosas y ríos de plata—, también había otros carteles salpicados de humor. Algunos preventivos del tipo: «Querida, me gustas pero no vayas tan rápido» o «Sé delicado con mis curvas»; y otros inspiradores como «La vida es una sociedad limitada con sueños ilimitados» o «Empieza haciendo lo necesario, después lo posible y terminarás haciendo lo imposible». Al final, unos y otros conseguían su propósito: conducías más despacio para tener tiempo de leerlos y, de regalo, te llevabas alguna enseñanza a casa.

Hicimos noche en una localidad llamada Kargil. A la entrada, unos niños jugaban en el interior de los cráteres abiertos por las bombas, lanzándose botellas de plástico como si fueran granadas de mano. Al día siguiente salimos cuando todavía no había amanecido y a punto estuvimos de chocar contra un camión volcado. Recostado como un elefante sobre el fango, mostraba el chasis de forma impúdica. Bajamos del jeep. Por el suelo había tetrabriks de zumo de un palé que se había salido del remolque.

Un poco más adelante, un grupo de personas se agolpaban alrededor de un bidón en el que habían encendido una fogata. Eran los trabajadores de la línea, adolescentes de la casta más baja de la estructura social india dedicados a la reparación del firme. Día tras día, removían alquitrán con un palo y robaban piedra a la montaña a golpe de martillo a cambio de un puñado de arroz. La piel y los labios quemados, renegridos como todo lo demás salvo los ojos inyectados en sangre. Sus rasgos parecían tallados en la misma oscuridad.

—¡Reanudamos la marcha! —anunció nuestro conductor mientras recogía del suelo un tetrabrik de zumo que vació de un trago.

> La diferencia entre lo que hacemos y lo que somos capaces de hacer bastaría para solucionar todos los problemas del mundo.
>
> MAHATMA GANDHI

EN MOTO POR EL HIMALAYA

Una vez en Leh, la capital de Ladakh, necesitábamos otro medio de transporte para recorrer los monasterios de la región. Convencimos a unos vendedores de alfombras para que nos alquilasen las dos motos que tenían a la puerta de su establecimiento, unas preciosas Royal Enfield clásicas. Estaban bien conservadas, pero eran duras como ellas solas de manejar. Sin duda llevaban décadas rodando por aquellos caminos de grava.

Pocas veces he experimentado una sensación de libertad como la que viví sobre aquellas dos ruedas. El viento en la cara, el barranco amenazador pero también grandioso, el saludo de los soldados alzando el fusil desde el vallado de los campamentos, la llegada a santuarios con budas de mil años, aparcando en la puerta, adentrándonos en un mundo aparte.

Tras despedirnos de un monasterio en el que pudimos conversar con unos novicios que chapurreaban inglés, nos detuvimos a contemplarlo desde lejos, anclado en soledad en la ladera de una montaña nevada. Sandra —que iba de paquete con David— bajó de la moto, se alejó unos metros y nos disparó una de esas fotos míticas. Por todo: por el momento, por la belleza del lugar, por la compañía.

—Tenemos muchas cosas por las que dar las gracias —le dije a David de regreso al hotel, yo tirado sobre su cama mirando al techo mientras él organizaba la mochila.

—Un montón.

—Hablo en serio. ¿Viste a los chicos que arreglaban la carretera? Tengo su imagen grabada. Y tampoco puedo quitarme de la cabeza el que durante la cena en casa del Gran Alzhira

estuvieran todo el rato dando las gracias, a pesar de que están rodeados de guerra desde hace décadas. Me gustaría ser siempre consciente de mi fortuna. Estoy persiguiendo lo que amo, que es escribir una novela, y tengo una mujer que me empuja al otro lado del mundo para que me inspire. Y por si fuera poco he encontrado una agente que, sin conocerme de nada y sabiendo que aún estoy verde, va a comprometer su prestigio para representarme. Parece mentira que a veces me olvide de ello. No se trata sólo de gritar «Help!». También hay que gritar «Thank you!». ¿Hay alguna canción que se llame así para incorporarla a la banda sonora del viaje?

—Normalmente eres muy agradecido, no te pases.

—Me refiero a las cosas más pequeñas.

—Te propongo un juego que funciona.

Me incorporé en la cama.

—Miedo me das. ¿Lo has probado tú?

—Durante un mes, antes de acostarte piensa en algo que te haya sucedido ese día y te haga sentir agradecido. Vale cualquier cosa del tipo tener luz sólo con pulsar un interruptor o una sonrisa inesperada en el trabajo o un rayo de luz que se ha colado por la ventana. Se trata de no obviar aquellas muestras de fortuna a las que estamos acostumbrados. Concéntrate en ellas en lugar de proyectarte en lo que no tienes o en lo que te gustaría tener. Ya verás qué bien.

Tenía razón. Aprender a contemplar la propia vida desde el agradecimiento allana el camino hacia las cosas que amamos, porque nos convierte en personas más serenas y felices, pero requiere entrenamiento. Es como ir al gimnasio. Para agradecer hay que ser flexible... sobre todo con nosotros mismos.

Es cierto que, muchas veces, las cosas no salen como esperábamos, o como creemos que deben ser. Pero no podemos permitir que nuestras expectativas condicionen nuestra gratitud. Vivimos instalados en el deseo, lo cual nos genera una ansiedad asfixiante. Hemos de relajarnos y hacer las paces con la vida, reconocerle que, a pesar de todo, no es tan mala con nosotros. Mirar de forma positiva lo que tenemos para, poco a poco, dejar de estar pendientes de lo que no tenemos, ese comportamiento tan humano que nos genera frustración e infelicidad.

—Cuando vivimos únicamente pendientes de recibir, nos posicionamos en la escasez —culminó—. Damos por hecho que siempre nos falta algo y asumimos el rol de víctimas. Eso es precisamente lo que hay que evitar.

—Me gusta. ¿De quién es la cita?

—Ni idea.

Ambos reímos.

—No eres mal compañero de viaje —le dije, pensando en el viaje de mi vida.

No me dejes pedir protección ante los peligros, sino valor para afrontarlos.

No me dejes suplicar que se calme mi dolor, sino que tenga ánimo para dominarlo.

No me dejes buscar aliados en el campo de batalla de la vida, como no sea mi propia fuerza.

No me dejes anhelar la salvación lleno de miedo e inquietud, sino desear la paciencia necesaria para conquistar mi libertad.

Concédeme no ser un cobarde, experimentar tu misericordia sólo en mi éxito; pero déjame sentir que tu mano me sostiene en mi fracaso.

RABINDRANATH TAGORE,
Premio Nobel hindú

EL PRIMER «FIN»

En total, tardé cinco años en escribir *El guardián de la flor de loto*. Rompí miles de páginas y redacté otros dos manuscritos completos pero, a base de mostrar la humildad necesaria para escuchar y crecer —como había dicho el Gran Alzhira—, un buen día la versión definitiva estaba en las librerías.

La primera vez que la vi en un escaparate de mi barrio no podía creerlo. Era el 14 de septiembre de 2007. ¡Menuda coincidencia! La fecha de lanzamiento de la novela fue la misma que años antes dio nombre a mi banda de rock Catorce de Septiembre, aquella con la que toqué el cielo para, al poco, hundirme y creer que mi faceta artística había terminado para siempre. Una vez más tenía la sensación de que todo estaba conectado.

El «FIN» que cerraba *El guardián de la flor de loto* ¿era también el fin de mi viaje? Rotundamente no. Ya no se trataba de escribir una novela «de las gordas», como le dije a mi mujer en Katmandú. Tenía claro que tras esta primera me esperaban otras muchas. Mi sueño había crecido, quería convertirme en escritor a tiempo completo y una vez que había gritado «¡Soy el amo de mi destino!» y encontrado mi Shangri-la y superado mi travesía del desierto, y había aprendido cómo pedir ayuda y dar las gracias a tantos compañeros de viaje con los que compartía cada línea escrita, jamás dejaría de perseguirlo.

CUADERNO DE BITÁCORA

- Grita «Help!» cuantas veces sea necesario en el viaje de tu vida. Todos necesitamos ayuda en un momento u otro. No eres ni tan perfecto como para no necesitarla, ni tan despreciable como para no merecerla.
- El viaje de tu vida es una carrera de equipo. Gritar «Help!» no es un signo de debilidad, sino de fuerza; y también una obligación, como lo es prestar ayuda siempre que te sea posible.
- Sé humilde en el viaje de tu vida. Humildad no es callar, obedecer o someterse. Es conocer las propias limitaciones y abrirte al respeto, a la escucha y al aprendizaje.
- Tampoco olvides gritar «Thank you!». En el viaje de tu vida has de ser agradecido, sin obviar nunca las pequeñas muestras de fortuna a las que estás acostumbrado. Concéntrate en ellas en lugar de proyectarte en lo que no tienes. Así dejarás de sentirte una víctima y caminarás libre hacia las cosas que realmente amas.

QUINTA ESCALA: MADAGASCAR

¡AL ABORDAJE!



UN REGALO INESPERADO

El éxito de *El guardián de la flor de loto* nos cogió a todos por sorpresa, a mí más que a nadie. Ya te he contado que la empecé sin ninguna aspiración profesional, persiguiendo lo que amaba, que era escribir «una novela de las gordas», sin esperar otra cosa salvo la satisfacción que me producía andar mi propio camino. Y tal vez por eso llegó la recompensa: porque me lancé a ello con amor incondicional, ese amor que no exige una contraprestación, que se nutre del convencimiento de estar haciendo lo que debes hacer.

No dejaba de preguntarme por qué mi ópera prima iba tan bien, con tantas novelas como había en las librerías. Los lectores que acudían a las charlas o contactaban conmigo por las redes sociales me contaban que habían disfrutado con las persecuciones a caballo por el Himalaya, pero mucho más con las enseñanzas de aquel viejo y apasionante Tíbet que guardaba, semienterrada en la nieve eterna, tanta sabiduría. «En tu libro he encontrado nuevas respuestas para las preguntas que a todos nos rondan por la cabeza —me confió uno de mis paisanos—. ¿Cuál es mi papel en este mundo loco? ¿Soy algo más que una bolsa de plástico que el viento lleva de aquí para allá?»

Visto lo visto, decidí que mi segunda novela también debía ambientarse en un paraíso lejano. Un lugar que, además de exotismo, siguiera ofreciendo respuestas diferentes para las grandes preguntas de la vida.

Escogí Madagascar, una isla inexplorada situada en el océano Índico. Con más de doscientas mil especies que no se encontraban en ningún otro lugar del planeta, habitada tan sólo desde los años de Cristo y tras haber sido refugio de piratas, ofrecía un sinfín de posibilidades narrativas. Solamente tenía que viajar allí, observar a mi alrededor y empezar a tomar notas.

No lo pensé dos veces. Compré los billetes, metí un ejemplar de *La isla del tesoro* en la mochila para que me inspirara durante el viaje (me sentía como el joven Jim, partiendo en busca de mi propio cofre) y puse rumbo a la isla de la Luna, como la bautizaron los árabes que llegaron allí en un tiempo anterior a los mapas.

> Yo también iba a ser uno de ellos, yo también iba a hacerme a la mar en una goleta, y escucharía las órdenes del contramaestre, y a nuestro gaitero, y las viejas canciones marineras que recordaban mil aventuras. ¡A la mar! ¡En busca de una isla ignorada para descubrir tesoros enterrados!
>
> ROBERT LOUIS STEVENSON, *La isla del tesoro*

PARAÍSO E INFIERNO

En esta ocasión nos acompañó una pareja de amigos, María y Roberto, suficientemente locos como para embarcarse con Cristina y conmigo sin un plan prefijado hacia un país que carecía de la más mínima infraestructura turística. Desde que aterrizamos supimos que iba a ser un viaje duro; pero también que estábamos en un escenario de novela, diferente a todo lo que habíamos visto hasta entonces.

Había leído que Madagascar albergaba la mayor concentración de baobabs del planeta. Árboles de mil años, con troncos que en ocasiones no llegaban a abrazar ni una docena de hombres cogidos de la mano. Así que, tras visitar la capital durante un par de días y compartir unas cuantas cervezas Three Horses con los malgaches (como llaman a las gentes de allí), alquilamos un jeep y partimos hacia un enclave de ensueño: la avenida de los Baobabs de Morondava.

Nada más enfilar la única carretera que conectaba el país de norte a sur (con unos baches en los que podrían celebrarse mundiales de natación), empezó lo bueno. Era como si nos hubiéramos introducido en una de esas películas de ciencia ficción en las que los protagonistas viajan por planetas parecidos al nuestro, con cielo y mar y tierra, pero poblados de insólitas formas de vida. Las palmeras en forma de cola de pavo real; los campechanos lémures, observándome como si fuera yo el bicho raro; ballenas que se apareaban en las plácidas bahías; cañones de roca caliza, roja como la sangre de los cebúes; flores imposibles, camaleones de neón, bosques en los que siempre llovía, brotados bajo una nube inmóvil y perpetua.

Pero Madagascar, además de la maravilla, también podía ser el horror. Muchas de sus playas desiertas estaban azotadas por los ciclones; casi todos sus bosques habían sido esquilmados por los madereros, que amenazaban de muerte a los naturalistas que trataban de preservar el entorno; y en la carretera se sucedían improvisados poblados de buscadores de zafiros que atraían desesperanza y delincuencia.

Si no calibraba bien las advertencias y me equivocaba de sendero, aquel paraíso podía convertirse en un infierno. Pero estaba emocionado con buscar escenarios para mi nueva novela y, a pesar de los riesgos que entrañaba el viaje y el miedo que me provocaba adentrarme en lo desconocido, no iba a marcharme de allí sin explorar en profundidad aquella arca de Noé anclada en medio del océano.

> Los mares tranquilos no producen marineros habilidosos.
>
> Proverbio malgache

LA LLANURA DE LOS ÁRBOLES AL REVÉS

Es difícil narrar lo que sentí mientras nos aproximábamos a la avenida de los Baobabs. Nunca habíamos visto nada igual. Más que bello, era algo único.

Antoine de Saint-Exupéry, autor de *El principito,* voló en su biplano hasta aquella remota maravilla de la naturaleza, donde encontró inspiración para un capítulo de su libro. No era de extrañar que quedara hechizado. Los colosos de treinta metros se agrupaban formando hileras como las columnas de una inmensa catedral, ofreciendo al cielo sus capiteles despeinados. Parece que tienen las raíces hacia arriba, decimos los viajeros; y los nativos te cuentan que, en los primeros días del mundo, los dioses repartieron semillas entre los animales y las del baobab le correspondieron a la siempre enojada hiena, que las plantó del revés.

Paseamos por el paraje hasta la puesta de sol. Los rayos del ocaso alargaban las sombras y prendían los troncos. Al final de la avenida, una pareja siamesa de aquellos grotescos árboles se entrelazaba en un abrazo milenario. Según la leyenda, eran los espíritus de dos amantes de etnias enfrentadas que no pudieron culminar su pasión en vida.

«Cada día aprendía algo nuevo sobre el planeta, sobre la partida y sobre el viaje», decía el principito mientras contemplaba las grandes raíces de su baobab.

Yo también, cada día desde que había decidido perseguir lo que amaba, aprendía algo nuevo que me transformaba. Sentía que crecía a velocidad de vértigo. Allí mismo, de pie entre los troncos, saqué la libreta y me puse a pensar en la novela que estaba a punto de iniciar. La segunda y, como todas las que siguen a una ópera prima exitosa, de una importancia trascendental.

Pero ocurrió algo que me paralizó.

No era capaz de escribir una sola palabra.

Era una sensación diferente a la que me provocaban las dificultades que había tenido que superar al comienzo de mi gran viaje literario (conciliarlo con el trabajo, con la familia, con el caos vital en el que estamos inmersos...). Hacía tiempo que había dejado atrás esos obstáculos externos. Me refiero a otro freno que surgía de dentro. Una frase que golpeaba mi cerebro como un bate de béisbol.

«Jamás escribirás otro libro como el primero.»

Era el miedo.

Había llegado el momento de vencerme a mí mismo.

«Los baobabs comienzan siendo pequeños.»

El principito hace esta reflexión dándose cuenta de que ha de arrancar cuanto antes los árboles que están creciendo en el interior de su pequeño planeta, ya que de otro modo las raíces terminarán por hacerlo estallar. Se trata de una metáfora de nuestros miedos. Hemos de estar siempre atentos y conscientes de los pensamientos negativos para arrancarlos de nuestro cerebro antes de que lo revienten.

Al mismo tiempo hemos de sembrar en nuestra mente las semillas de pensamientos positivos que nos impulsen a perseguir nuestros sueños. Algo que el principito también tiene presente cuando nos anima diciendo:

—Las estrellas se iluminan con el fin de que algún día cada uno pueda encontrar la suya.

MORA MORA

Continuamos la ruta por el país en *taxi-brousse*, unas furgonetas de transporte colectivo. La nuestra tenía ocho plazas, pero no habían temblado al encajar a doce viajeros y tres gallinas. Me tocó un medio asiento pegado a un malgache con corbata que, abrazado a su maletín, no dejaba de entonar canciones de Robbie Williams y contarme historias en un inglés decente sobre las antiguas tribus de la isla. Cuando un joven del clan bara deseaba a una mujer —me explicaba—, debía ganársela robando ganado de otra aldea; y si un casado se veía privado de mantener relaciones sexuales porque su esposa acababa de dar a luz, los cuñados ponían a su disposición a la hermana menor para que no buscase desahogo fuera de la familia...

Entre una curiosidad y otra, yo sacaba la libreta y trataba de redactar un maldito párrafo, elaborar un esquema de trama o personajes, pero el miedo paralizaba mi sistema motor y mi mano no se movía. Empezó la urgencia, la angustia. Necesitaba ideas, pero no se me ocurría nada, mi cabeza estaba seca.

En un abrir y cerrar de ojos, mi aventura literaria pasaba de ser un paraíso a un infierno, exactamente lo mismo que podía ocurrir en cada kilómetro de Madagascar. Paraíso e infierno... Tenía al alcance de la mano un sinfín de estímulos que podrían inspirarme otra novela, pero el miedo al fracaso se abalanzaba sobre mí y me aterraba seguir adelante.

Después de algunas horas de viaje, nos detuvimos en un pueblo de carretera para repostar. Bajé con el resto para estirar las piernas. El conductor llamó nuestra atención e informó:

—Aprovechamos para comer.

—¿Cuándo saldremos? —pregunté al malgache del maletín.

—*Mora mora* —contestó.

—¿Cómo?

—*Mora mora* —repitió mientras me apaciguaba con las palmas de las manos—. ¡Tranquilo!

—Yo estoy muy tranquilo, *my friend* —mentí. Y le dediqué una sonrisa cordial—. Sólo quiero saber cuándo saldremos.

Y él, dibujando un gesto de incredulidad, resolvió:

—Pues después de comer.

En un primer momento me entró la risa, pero tras escuchar la explicación del malgache advertí la enseñanza que aquella expresión, *mora mora*, llevaba implícita. En Madagascar se utilizaba cuando les metías prisa o te veían agobiado. «*Tranqui, tranqui*», podría traducirse, asume las cosas tal y como vienen y enfréntate a ellas lento pero seguro, no te dejes llevar por la ansiedad.

—No estoy pasando un buen día —le expliqué.

—¿Es por algo de salud?

—De salud mental, tal vez.

Como en otros viajes, no reparé en utilizar al extraño como confesor y le hablé de mi crisis creativa.

—Tengo miedo al folio en blanco.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

Me di cuenta de que yo tampoco tenía respuesta.

Mora mora, me había recomendado el malgache, y tenía razón. *Tranqui, tranqui*, fuera ansiedad. Si quería salir del bache tenía que pararme a pensar...

Como siempre ocurre, en cuanto respiré hondo y me relajé lo vi todo más claro. Si no tenía respuesta era porque hasta entonces no había tenido el valor de preguntarme a mí mismo a qué tenía miedo realmente.

Comprendí que el miedo al folio en blanco era una farsa, una máscara con la que trataba de ocultar lo que había debajo, unos miedos, éstos sí, verdaderos y bien concretos: miedo a no confirmarme en la editorial como un autor fiable y dejar escapar una prometedora carrera literaria que acariciaba; miedo a perder mi reciente estatus social o a defraudar a mi gente más cercana, que me había elevado al séptimo cielo; miedo a la frustración personal que supondría descubrir que el primer libro había sido un aislado golpe de buena suerte y que yo realmente «no valía para esto»...

—Gracias —le dije. Él puso cara de no entender—. Es difícil de explicar, pero me has ayudado.

—No se merecen. Al fin y al cabo, estás en el sitio adecuado para vencer tus miedos, a ese folio en blanco o a cualquier otra cosa.

—¿Por qué lo dices?

—Por los bucaneros que vivieron aquí. Ellos no temían ni al diablo.

—Tenía pensado ir a Sainte-Marie —comenté, refiriéndome a una pequeña isla situada junto a la costa oriental de Madagascar que albergaba un antiguo cementerio pirata.

—Sin duda has de hacer una parada allí, merece mucho la pena. Pero hay otro islote más al norte que no te puedes perder.

—Me tienes en ascuas.

—¿Has oído hablar de Libertalia?

Me quedé pensativo. Sí que, antes de partir, había leído un artículo acerca de aquella isla mítica. Un enclave secreto (nadie llegaba a asegurar si era real o una leyenda) en el que un corsario ilustrado del siglo XVII instauró una república utópica.

—¿Acaso encontraré algún tesoro que se os haya pasado inadvertido?

—Algo todavía mejor. Allí respirarás el espíritu del capitán Misson, el pirata más valiente que ha existido jamás, mirarás a tus miedos a la cara y les gritarás: «¡Al abordaje!».

> Vamos allá donde queremos, eso es una nave, no sólo es la quilla, la cubierta y unas velas. Lo que en realidad es, lo que el *Perla Negra* en realidad es... ¡es libertad!
>
> *Piratas del Caribe*, Walt Disney Pictures

KIT DE SUPERVIVENCIA PARA CALIBRAR MIEDOS

Quien no sienta miedo a algo en este mismo momento, que levante la mano. Llámalo temor, manía, pánico, fobia, inquietud, estrés, angustia... Siempre hay algo presente en nuestra mente contra lo que hemos de luchar para seguir adelante en el viaje de la vida.

En mi ruta hacia las islas de los piratas viví muchas situaciones en las que tuve miedo. Me ocurrió, por ejemplo, en un mercado nocturno de una ciudad llamada Fianarantsoa, mientras negociaba un vehículo para llegar al punto de costa más cercano a Sainte-Marie. Apenas había luz, las sombras de los nativos nos rodeaban como espectros. Creía ver armas ocultas bajo su ropa, en la oscuridad todo resultaba amenazador. Una voz interior me decía «Vete ahora mismo de aquí», pero ¿qué temía realmente? ¿Que me robaran? ¿Que me hicieran algo peor? ¿Que aquellos vehículos me dejaran tirado en mitad del camino? ¿Que llegara una patrulla de policía y me retirase el visado por negociar con intermediarios sin licencia, encerrándome en una habitación de hotel mientras se resolvían los trámites del consulado? Necesitaba relajarme (*mora mora*) y pensar con claridad para concretar el verdadero origen del miedo y tomar la decisión consciente de seguir o no adelante.

Lo mismo ocurre con el miedo que nos paraliza en el camino hacia las cosas que amamos, sean personas, trabajos, hobbies, empresas... ¿Por qué nos quedamos bloqueados? ¿Es falta de autoestima? ¿Terror a equivocarnos, por lo que pensará nuestra pareja o familia? ¿Al fracaso (o a la soledad que conllevaría)? ¿Al cambio, haciendo que nos anclemos en lo rutinario aunque sea un estado tristemente incompleto?

Algunos de nuestros miedos responden a amenazas reales, pero muchos son ansiedades subjetivas y, como tales, vencibles. ¿La forma de superarlos? Tener el coraje de preguntarnos a nosotros mismos cuál es la razón concreta que nos bloquea, aceptarla y enfrentarnos a ella.

La otra alternativa es quedarte sentado con la mirada perdida, lamentándote por lo que podría haber sido. Ir todos los días a un trabajo que te destruye por dentro. Prorrogar una relación muerta que te anula como persona.

Viajar con miedo no es viajar, al igual que vivir con miedo no es vivir.

> Acércate, no tengas miedo, y te contaré un secreto. He venido a Madagascar con el propósito de hacer mi propia fortuna y la de aquellos compañeros que me sigan. Si tienes en mente unirte a mí te recibiré; y si te mantienes sobrio y te importa lo que haces, en un tiempo te nombraré lugarteniente. Si no, al lado tienes un bote para regresar a la orilla.
>
> HENRY AVERY,
> uno de los pocos grandes piratas
> que se retiró con su botín
> sin ser arrestado o muerto en batalla

EL GEMELO

Tal y como habíamos previsto, de camino hacia la mítica Libertalia hicimos escala en Sainte-Marie. Dejamos el vehículo en un embarcadero y tomamos una barcaza para cruzar hasta aquella isla que acogió a muchos de los bucaneros que, tras agotarse el negocio en el Caribe, se mudaron a Madagascar para seguir esquilmando los galeones que llegaban de las nuevas colonias a través

de los mares del Sur.

Dejamos los petates en unas cabañas de caña levantadas sobre la arena y salimos a explorar los alrededores. Un muchacho de unos quince años nos propuso acompañarnos hasta el camposanto pirata a cambio de una propina.

—En las losas hay grabadas calaveras y tibias —anunció.

Al poco se nos unió otro chaval aún más desarrapado y más pequeño —no tendría más de ocho años— que andaba por allí. El mayor trató de espantarlo de malas maneras, pero Cristina y María saltaron como lobas y le convencieron para que le dejara venir.

Los viejos corsarios habían elegido de fábula el enclave en el que pasar la eternidad. Alzado en una loma, desde todas las tumbas se divisaban a un lado las montañas del interior con sus formas de hoguera petrificada y, al otro, los arenales bordeados de palmeras y las aguas cristalinas. Era idéntico a los escenarios de *La isla del tesoro*, el libro que llevaba conmigo. También me recordaba a *Robinson Crusoe*. Me sentía como el náufrago, encaramado a lo alto de la montaña, contemplando la inmensidad del mar.

El niño pequeño terminó de arrancar de sus pies descalzos unas espinas que se había clavado al cruzar el manglar, se levantó y rebuscó algo entre las palmeras. Le observé mientras construía el instrumento musical más sencillo que he visto jamás: un palo corto hincado en la tierra del que partían dos cuerdas de sisal tensadas que vibraban al ser golpeadas con dos ramas.

Aquel brochazo de sencillez me impresionó (incluso le di un pequeño papel en la novela que finalmente surgió de aquel viaje). Me senté a hablar con él y, con unos cuantos gestos, me puso al día de los animales más curiosos que danzaban a nuestro alrededor: el aye-aye, un primate del tamaño de mi mano; la tortuga araña; el zorro volador; el tenrec erizo; el fosa, un depredador con patas de león y cabeza de rata...

—Es un gemelo —me informó el otro con tono de advertencia cuando vio que intimaba con el niño.

—¿Y su hermano?

—Separados al nacer. *Fady*.

—¿*Fady*?

—Tabú. Los gemelos son tabú.

Según me explicó Roberto, que se había documentado bien antes del viaje, el nacimiento de dos gemelos malgaches no es motivo de júbilo en la isla de la Luna. Y no porque a muchos padres les cueste ya alimentar a uno, como para tener dos; es porque el alumbramiento doble es tabú —o *fady*, como se denomina por esos lares—. Los bebés idénticos traen mala suerte a la comunidad, por lo que los padres no tienen otro remedio que separarlos al nacer o incluso abandonarlos en un camino si no quieren que sus vecinos los aíslen.

Tal vez sea por la mezcla de culturas que abundan en Madagascar, pero lo cierto es que los *fady* atemorizan a buena parte de sus dieciocho millones de habitantes.

Los hay de todo tipo. Algunos prohíben señalar las tumbas con el dedo; otros, encender luces en las embarcaciones fluviales, comer determinados animales (según la región se debaten entre cerdo, lémur o tortuga), vestir unos u otros colores, bañarse en este río o en aquel lago... En la zona de Ranomafana incluso se prohíbe defecar repetidamente bajo el mismo árbol. Cada comunidad, sus propios tabúes. Sus propios miedos.

¿Son estos *fady* verdaderas advertencias? ¿Pasaría algo si nos los saltásemos todos de golpe?

Lo más probable —y que me perdonen los brujos locales— es que no ocurriera nada. Y es que más que irracionales, contemplados desde nuestro punto de vista occidental, podríamos tachar a los *fady* de ridículos. Y tendríamos razón... como ridículos le parecerían a un malgache muchos de los miedos que condicionan nuestras vidas, impidiéndonos avanzar hacia aquello que amamos, sumergiéndonos en la penumbra de nuestro dormitorio bajo un edredón de frustración.

Unos y otros, los tabúes malgaches y nuestros particulares temores, son iguales. Ambos son miedos adquiridos, irracionales.

No pierdas más tiempo. Saca el sable y lucha contra tus *fady*.

> El miedo al peligro es diez mil veces más terrible que el propio peligro.
>
> DANIEL DEFOE, *Robinson Crusoe*

LIBERTALIA

Fue Daniel Defoe, creador del personaje de Robinson Crusoe, quien describió la mítica Libertalia con todo lujo de detalles en un largo y riguroso ensayo sobre piratería. Contaba que un erudito corsario llamado Misson y Caraccioli, un monje dominico de su confianza, instauraron en el norte de Madagascar a finales del siglo XVII una colonia en la que la moneda no tenía valor, porque todo era común, y las casas carecían de cercado. Una república utópica en pleno auge de los bucaneros. Habían convencido a los indígenas de que podían vivir todos juntos en armonía, atacaban barcos negreros para liberar a los esclavos y se repartían el botín de las capturas a partes iguales.

La verdad es que, cuanto más pensaba en aquella historia, más romántica me parecía. Por ello no dudé en seguir la ruta hasta el extremo norte del país para llegar a un enclave llamado Sakalava, donde se supone que estuvo anclada la pintoresca república pirata.

Nunca había visto unas playas tan bellas. Recuerdo el goce de la espuma desparramándose sobre la arena, las puntas de las hojas de palma tamborileando como una legión de insectos frotando sus patas, los troncos venciéndose por el viento...

Alquilamos un rústico catamarán para contemplarlas desde el mar y fue entonces cuando descubrí por qué aquellas aguas enamoraron al capitán Misson. Al poco de alejarnos de la costa nos adentramos en lo que llamaban el mar de Esmeralda. ¿Qué otro nombre podía recibir? Era como deslizarse por una gema inmensa, tan verde, pálida y reluciente. Quizá debía su color al reflejo del sol en un banco de arena nívea que se extendía a poca profundidad; o quizá, como habría afirmado el dominico Caraccioli, a que debajo se abría una puerta que llevaba directamente al paraíso. Era tanta la transparencia que parecía que mi embarcación avanzaba por el aire, escoltada por legiones de peces amarillos que volaban, también ellos, por encima de los corales.

En ese momento dejó de importarme que Libertalia hubiera existido o no en realidad. Daniel Defoe narraba en su libro que el capitán Misson tenía un sueño: instaurar una república sin clases sociales, ni colores de piel, ni propiedad privada. Y explicaba cómo luchó contra todo obstáculo

y contra sus propios miedos hasta conseguirlo, comandando un barco que flotaba por aquel mismo mar con una bandera blanca —nunca negra— donde se leía en letras de oro: POR DIOS Y POR LA LIBERTAD.

La libertad, el tesoro más preciado, aquel que conseguimos al desterrar el miedo. Realidad o leyenda, esa enseñanza era lo único importante.

El miedo surge de la amenaza a perder lo que se tiene. Vamos acumulando cosas (vivencias, personas, dinero, inmuebles) y, en lugar de convertirnos en seres más plenos, nos volvemos cobardes y vulnerables. Nos da pavor perder lo que tenemos.

Pensamos que todo es para siempre, que todo es definitivo, que si dejamos escapar cualquier cosa —hasta la más diminuta— de lo que atesoramos en el interior de nuestro puño cerrado (en el plano laboral, en el afectivo, en el emocional) todo lo demás se vendrá abajo.

Por este miedo a perder algo por el camino, muchas veces nos resignamos a no perseguir las cosas que amamos. Preferimos seguir viviendo una vida que no es nuestra, en la que no nos reconocemos en el espejo. No nos damos cuenta de que la felicidad es la ausencia de miedo, y la ausencia de miedo surge de saber que nada es del todo nuestro, que nada es definitivo.

El capitán Misson, el pirata más valiente e inusual de todos los tiempos, me lanzaba un último desafío: vive con desarraigo. No te valores a ti mismo atendiendo a lo que poseas. No pienses que si pierdes tus bienes también perderás el sentido de tu existencia. Valora el ser, no el tener. Confía en ti. Eres único, como Libertalia, como cada uno de sus míticos bucaneros.

> Nada me entusiasmaba tanto como el mar y, dominado por este deseo, me negaba a acatar la voluntad —las órdenes más bien— de mi padre y a escuchar las súplicas y ruegos de mi madre y mis amigos. Parecía que hubiese algo de fatalidad en aquella propensión natural que me encaminaba a la vida de sufrimientos y miserias que habría de llevar.
>
> DANIEL DEFOE, *Robinson Crusoe*

LA QUINTA OPCIÓN

Dejé que las olas de Libertalia me mecieran. Vi una cola de ballena en la lejanía, extraños pájaros sobre mi cabeza, una cucaracha gigante que se atusaba las antenas en el suelo del catamarán, una familia de lémures que tomaba el sol en la orilla. Madagascar era un parque natural de especies raras. Algunas inspiraban temor, pero pronto me di cuenta de que esos extraños animales me temían aún más a mí. Por muy raros que fueran, todos respondían de igual forma cuando se veían amenazados: huyendo, defendiéndose de forma agresiva, quedándose bloqueados o sometiéndose.

Pensé que nosotros hacemos lo mismo. Ante determinados problemas (en el trabajo, en la pareja, en la familia) respondemos haciéndonos los locos y quitándonos de en medio, revolviéndonos nerviosos, entrando en shock o, lo que es aún peor, agachando la cabeza en la más penosa actitud de humillación.

La buena noticia, me decía al oído el capitán Misson —al menos yo creía oírle entre el murmullo de las olas—, es que los seres humanos tenemos una quinta opción, menos instintiva y sólo nuestra: mirar a la cara a nuestros miedos y enfrentarnos a ellos de forma racional. De este modo, sin más, se desvanecen.

Hice caso al pirata y desterré el miedo del viaje de mi vida. Comprendí que toda aventura, al igual que la inexplorada Madagascar, habría de ser al mismo tiempo paraíso e infierno. Se trataba de ir calibrando los miedos sin ansiedad, *mora mora*, decidiendo cuáles eran verdaderas advertencias y cuáles meras ansiedades subjetivas, escogiendo el sendero a cada paso, pero siempre caminando hacia delante.

> ¿Al paraíso, loco? ¿Has oído que algún pirata haya ido allá? Dame el infierno, que es un lugar más feliz, y prometo saludar con trece cañonazos en la entrada.
>
> THOMAS SUTTON,
> bucanero del siglo XVII

EL COMPOSITOR DE TORMENTAS

Al regresar a tierra me senté junto al catamarán que habíamos varado en la arena y saqué de la mochila el ejemplar de *La isla del tesoro*. Releí las páginas en las que el joven Jim caminaba por la playa entre plantas y animales desconocidos. Lo entendí mucho mejor. Jim partió en busca de oro, pero encontró algo más valioso. Se enfrentó a sus miedos y venció. Consiguió algo que ni con todo el oro del mundo podría haber comprado: liberarse de sus cadenas internas.

Volví a coger mi mochila para guardarlo y noté que estaba bastante más ligera.

Había sacado de ella todos mis miedos, que se habían hundido en el fondo de la bahía de Libertalia.

Supe que estaba listo para empezar mi nueva novela, que titulé *El compositor de tormentas*. Quién iba a decirme entonces que sería galardonada en el VIII Premio de Novela Ciudad de Torrevieja, una tranquila playa levantina muy diferente a las malgaches, sin tiburones varados ni maderos de antiguos naufragios pero, durante una noche, inundada de la magia de los libros.

Respiré hondo. Las olas mojaban mis pies. «Todo se cura con agua salada: con sudor, con lágrimas o con el mar», decía una vieja escritora danesa.

Cogí un bolígrafo y, en la contracubierta del libro de Stevenson, apunté la frase que habría de inspirar todos mis escritos a partir de entonces.

«¡Al abordaje!»

CUADERNO DE BITÁCORA

- En el viaje de tu vida, tras superar las dificultades externas llega el momento de vencer tus propios miedos.
- Cuando sales de tu círculo de bienestar te azotan temores que, lejos de estar provocados por verdaderos peligros, son meras creaciones de tu mente que te impiden perseguir lo que amas.
- Repítete a cada paso *mora mora*, elimina la ansiedad y entra en comunicación contigo mismo. Ten el coraje de preguntarte a qué temes realmente y acepta el verdadero y concreto motivo del bloqueo.
- Una vez conocido, no actúes como un animal. No huyas, no entres en shock, no agaches la cabeza. Mira a la cara a tus miedos, grítales «¡Al abordaje!» y enfréntate a ellos de forma racional, lo que hará que se desvanezcan.
- Cuando desterramos el miedo encontramos el tesoro más preciado: la libertad que nos permite perseguir lo que amamos.

SEXTA ESCALA: ETIOPÍA

TIRA TU RELOJ Y RECUPERA TU TIEMPO



MUCHO MÁS QUE LA VIEJA HAMBRUNA

Durante años, pensar en Etiopía era pensar en hambruna. Moscas en los labios resecos de los niños de pecho. Miles de personas —que habían dejado de parecerlo— cubiertas de harapos yaciendo bajo nubes de polvo. Las pavorosas imágenes de la sequía que la BBC difundió en 1985 dieron lugar al megaconcierto Live Aid y al primer huracán caritativo universal.

¿Quién quiere viajar allí?, podrías preguntarte. ¿Para qué dejarse caer por ese erial, si no es para adoptar a uno de sus huérfanos?

Porque Etiopía es mucho más que la vieja hambruna. Es un país que está persiguiendo su sueño de prosperidad... y contra todo pronóstico lo está alcanzando, sustituyendo los tambores de guerra por los martillos neumáticos de las constructoras. Pero, aparte de su prometedor futuro, me fascina lo que siempre ha sido.

Etiopía está llena de colinas verdes salpicadas de castillos medievales, con almenas y puentes levadizos; de mujeres de extrema belleza, piel brillante y facciones perfectas, descendientes de la reina de Saba; de ciudades santas como Lalibela, una Jerusalén africana excavada en el suelo de roca; de tribus de la prehistoria que se aferran a tradiciones ancestrales; de cataratas que se nutren de las fuentes del Nilo Azul; de lagos en cuyos islotes se levantan iglesias con los evangelios pintados en sus muros.

Para un viaje geográfico, una maravilla inexplorada.

Para el viaje de tu vida, el cofre de una nueva enseñanza que seguirá allanando la ruta hacia las cosas que amas.

Tictac, tictac...

Ya falta menos para descubrirla.

> Debemos llegar a ser más grandes de lo que nunca hemos sido: más valientes, más amplios de espíritu y de perspectiva. Debemos llegar a ser miembros de una nueva raza, superando prejuicios mezquinos, gracias a nuestra lealtad no a las naciones sino a nuestros semejantes de la gran comunidad humana.
>
> HAILE SELASSIE,
> último descendiente de Salomón
> en ocupar el trono imperial de Etiopía

¡NO ME DA TIEMPO!

Cristina, nuestro amigo Fabián y yo aterrizamos una mañana en Adís Abeba, la burbujeante capital de Etiopía situada en el centro del país. Era una puerta a dos mundos, según te encaminases hacia las verdes colinas del norte o a la seca sabana del sur.

—Tenemos que buscar un chófer cuanto antes —dije arrojando el petate sobre la cama del hostal y mirando el reloj de forma reconcentrada.

Tictac, tictac...

Me di cuenta de que aún no había cambiado la hora. Aunque me parecía estar en el otro extremo del planeta, solo había sesenta minutos de diferencia.

—Lo que tenemos que buscar es un sitio para cenar —replicó Fabián, que no perdona una comida.

Nos metimos en un restaurante local y compartimos injera, una base de harina fermentada sobre la que depositaron cazos de pollo en salsa y puré de lentejas. A pesar de la hora tardía no nos resistimos a tomar un café que nos sirvieron con toda la ceremonia. Acercaron un infiernillo y tostaron los granos verdes en un plato metálico. Mientras el aroma dulzón invadía el local, lo molieron a mano y lo pusieron a hervir en la jebena, de base esférica y cuello estrecho como los flamencos etíopes.

Ya con el estómago lleno, Fabián me preguntó:

—Bueno, ¿sabemos lo que vamos a hacer en este país?

La doble vida de abogado y escritor no me dejaba un minuto para preparar los viajes. Por ello me limitaba a escoger el destino y comprar una guía Lonely Planet que empezaba a leer en el avión. Qué le vamos a hacer, el tiempo daba lo que daba. Tras recibir el premio con mi segunda novela, gracias a mi agente empezaba a conseguir traducciones a otros idiomas, visitaba varias ciudades de promoción y hacía entrevistas casi a diario. Lo preocupante era que, unido a las horas que trabajaba en mi estudio jurídico, apenas sacaba ratos para escribir y necesitaba otro libro para aprovechar el empujón y seguir caminando hacia mi meta de dedicarme a tiempo completo a la literatura.

Tictac, tictac...

Di un sorbo al café y les expliqué lo que había pensado. Primero recorreríamos en todoterreno el sur durante un par de semanas, visitando las tribus del río Omo. Después pondríamos rumbo en un vuelo interno a tres enclaves imprescindibles del norte: la ciudad santa de Lalibela, los castillos de Góndar y las iglesias del lago Tana.

—El recepcionista del hotel me ha dicho que conoce a un buen chófer. En cuanto me despierte le llamaré para ver si podemos salir por la tarde y dormir de camino hacia el valle.

—Lo que hagas está bien —dijo Fabián—. Pero ¿tenemos mucha prisa?

—Sólo quiero aprovechar el tiempo. Este país es una joya, ya verás.

> Si quieres ir rápido, ve solo; si quieres llegar lejos, ve acompañado.
>
> Proverbio africano

Mitiku, el conductor, resultó ser un tipo serio pero muy agradable, de tez morena y perilla puntiaguda. Su todoterreno también tenía buena pinta, con la curiosa silueta metálica de un caballo soldada al morro. Antes de abandonar la capital lo detuvo en la puerta de un supermercado.

—Cuando salgamos de Adís Abeba ya no podréis comprar ni papel higiénico, ni agua mineral, ni galletas saladas...

¿Diría por algo lo de las galletas saladas? Tal vez le gustaban a él. Añadí a la cesta una bolsa de caramelos. La ciudad estaba llena de niños y en las zonas rurales aún habría más.

—¿Salimos ya o qué? —exclamé, dando un par de palmadas tras cerrar el maletero.

De camino hacia el Omo nos detuvimos a respirar en los grandes lagos. El sur del país era más seco que los vergeles cristianos del norte, pero, por suerte para sus pobladores, por aquel entonces no faltaba agua. En el lago Abaya subimos a una barca en la que unos indígenas iban a mostrarnos «el mercado»... que resultó ser una inmensa concentración de cocodrilos de nueve metros, y nosotros las piezas de carne a subastar. Más adelante hicimos una escala en el lago Chamo, de aguas rosáceas como el atardecer que contemplaban los flamencos.

Así era aquel ocaso, bellísimo como todos en África, rosas y salpicados de estrellas recién despertadas. ¿Por qué entonces tenía la cabeza en otra parte?

Desde que había llegado al país me invadía un asfixiante sentimiento de culpabilidad. Estaba con mi mujer en un lugar único y no podía dejar de pensar en que tendría que estar en casa concentrado en escribir mi nueva novela, que si no me daba prisa en consolidarme como escritor, exprimiendo el reloj para llegar a lo más alto antes de que los lectores se olvidasen de mí, podía arruinar todo lo que había conseguido hasta entonces. Las manecillas no corrían a mi favor. Cada minuto que pasaba era un minuto perdido y necesitaba llenar otras quinientas páginas. ¡No me da tiempo! A la vez pensaba que los viajes eran la esencia de mis libros, que todo lo bueno que había conseguido en la literatura partía de ellos, como ocurrió con el Tíbet y con Madagascar. De acuerdo, decidía, pero entonces —llevado por el estrés que había traído en la mochila— deseaba que el viaje terminase cuanto antes para empezar con otra cosa.

Cristina, que se había acercado a la orilla para meter los pies en el agua, volvió hacia mí con el pantalón remangado.

—¿Todo bien?

¿Qué podía contestar?

Tictac, tictac...

El gran sol es a veces eclipsado, pero las pequeñas estrellas brillan siempre.

Proverbio africano

La inmersión en los territorios de las tribus fue un viaje a la prehistoria. Deteníamos el todoterreno en explanadas a las afueras de los poblados custodiadas por jóvenes de cada etnia. Nuestras mochilas reposaban junto a sus fusiles. «No temáis, los llevan por una cuestión cultural», aseguraba Mitiku. Pero lo cierto es que casi todos exhibían cicatrices de bala en sus torsos desnudos. Muchas veces no eran verdaderas guerras, sino conflictos aislados por el ganado. En el Omo, la sangre de las vacas era más preciada que la de los humanos; aquélla, al menos, se podía beber.

Saltaba a la vista que Mitiku era popular en la zona. De su mano pasamos ratos únicos en poblados hamer, inundados del olor a la manteca que las mujeres se untaban en el pelo, siempre tan coquetas, amistosas... y sumisas, acostumbradas a recibir latigazos como parte de un dudoso ritual de seducción. Los varones —tal vez como compensación— para estar en disposición de casarse tenían que superar el Ukulí Bulá, un ritual que consistía en saltar cuatro veces una hilera de diez vacas delante de toda la comunidad.

Los mursi eran diferentes. No había cordialidad alguna. Incluso tenías que tener cuidado con el lenguaje gestual que dedicabas a los varones a partir de mediodía, cuando el vino de miel que bebían comenzaba a hacer de las suyas. Las mujeres exhibían como un trofeo las dilataciones extremas de sus orejas y labios, logradas a base de ir introduciendo un plato de barro cada vez más grande desde la pubertad hasta el matrimonio. Me contaban que, antes de convertirse en un símbolo de belleza, utilizaban ese horripilante aspecto para ahuyentar a los traficantes de esclavos de Sudán. Mientras molían el cereal con el que elaboraban la injera, sus maridos yacían ociosos y dedicaban toda la energía a un juego de mesa en el que iban desplazando montoncitos de semillas. Eran guerreros y descansaban para el día que tuvieran que enfrentarse con la tribu del otro lado del río.

Visitamos varias aldeas más, pero tengo a los karo grabados en la memoria. Una etnia de apenas mil cuerpos esculturales que en cualquier momento podría extinguirse por una sequía acentuada, una batalla cruenta contra los mursi o cualquier pandemia que en España se curaría con aspirinas. Consciente de esta fragilidad, contemplé con toda mi alma —más que con los sentidos— cada una de las escarificaciones en su piel, cada uno de los círculos blancos con los que pintaban su cuerpo, su lienzo. Los karo eran la razón por la que fui a Etiopía. Muchos años atrás, abrí una revista dominical y vi un reportaje sobre esta tribu. Algún día visitaré su aldea, pensé.

Por fin estaba allí, pero no era como había imaginado. Acabábamos de llegar, tenía delante a sus gentes, sus costumbres... y ya era hora de marchar. Parábamos en las tierras de otra tribu, empezábamos a conocerla... y de nuevo nos íbamos. A toda prisa a la siguiente aldea, siguiendo el ritmo implacable del segundero.

> Siéntate tranquilo a la orilla del río y verás pasar el cadáver de tu enemigo.
>
> Proverbio africano

Mitiku hablaba poco. Siempre aferrado al volante, con su intensa mirada clavada en el siguiente árbol, tras el que a veces se resguardaba un guerrero dormido a la sombra o una hiena inoportuna. Por eso me llamó la atención cuando se volvió hacia mí, que iba en el asiento del copiloto, y exhibió una sonrisa que iluminó el paraje por encima del sol abrasador.

—Os voy a presentar a unos amigos.

Nos acercamos a un puñado de chozas levantadas en mitad de ninguna parte. Sus pobladores, de la etnia hamer, salieron a recibirnos. Los más pequeños saltaban alrededor del coche. Todos, menos una niña indígena de unos tres años que permanecía apartada. Tenía los ojos abiertos como platos, blancos sobre la tez oscura maquillada con unos polvos amarillos.

—Se llama Sofía —me informó Mitiku al ver que me fijaba en ella—, en homenaje a una doctora de Médicos sin Fronteras que estuvo por aquí.

El grupo se abrió dejando paso a un anciano. Era el abuelo de Sofía y jefe de la aldea. Vestía una túnica corta de rayas. Alrededor de la cabeza llevaba una cinta de la que colgaba algo brillante, un adorno de acero que le caía por la frente. La niña se abrazó a su pierna, delgada como una rama.

Permaneció callado unos segundos durante los cuales no se movió ni un alma. Ese respeto reverencial a los ancianos no era algo exclusivo de las tribus. En todo Etiopía acostumbraban a ceder el asiento, e incluso la propia cama, a cualquier amigo o miembro de la familia que fuera tan sólo un año mayor. Al poco, como aprobando nuestra visita, nos invitó a pasar a una de las chozas.

Prepararon una infusión en un cuenco metálico que hacía equilibrios sobre unos maderos. A modo de tazas, nos repartieron medias calabazas secas que habían tallado con símbolos tribales. La madre de Sofía llevaba la voz cantante. Vestía unas pieles que apenas le cubrían los pechos y olían como si acabaran de ser arrancadas del animal. El toque femenino lo ponían unos abalorios enlazados a su pelo embardunado de barro y manteca.

Con Mitiku como intérprete, hablamos de las amenazas que sufrían los pueblos del valle. La mujer decía sentir próximo el final, por la construcción de una presa que iba a interrumpir el ciclo de inundaciones naturales del río en el que basaban su sustento.

—Mañana por la noche cenaréis con nosotros —saltó de pronto el anciano.

Mitiku nos explicó que estaban preparando una celebración con cánticos y bailes.

—Nos encantaría quedarnos, pero tenemos que reanudar la marcha hoy mismo.

—¿Por qué? —preguntó el anciano.

Saqué un folio con el plan previsto apuntado a bolígrafo. Cuando terminé de leer en voz alta las sucesivas etapas, el anciano sentenció:

—Todos los blancos tenéis un reloj, pero ninguno tenéis tiempo.

> Lo que el viejo ve por estar sentado no lo percibe el joven que está de pie.
>
> Proverbio africano

Salí de la choza dándole vueltas a aquella frase. El anciano tenía razón. Los occidentales nos empeñamos en acotar el tiempo en segmentos cada vez más pequeños: siglos, años, días, horas, minutos, segundos... y nos obligamos a llenarlos y a seguir su ritmo. Damos por hecho que el tiempo tiene existencia en sí mismo, que esas manecillas están ahí desde el principio de la eternidad (tictac, tictac...) y que los seres humanos estamos condenados a vivir al compás que nos marcan. Nuestro tiempo es una maldita línea recta que no se detiene nunca. Nacemos (a la vida, a cualquier otra aventura) y, desde el primer momento, el calendario nos recuerda que estamos muriendo, asfixiándonos con los plazos, con la prisa.

Por eso cuando nos lanzamos a perseguir lo que amamos sufrimos una constante sensación de derrota. ¡No me da tiempo! Y desgraciadamente es verdad, porque toda carrera contra el reloj está perdida de antemano. Nos angustiamos (cada segundo que pase ¡jamás volverá!) y terminamos por abandonar o, lo que es igual de malo, por apresurarnos y empezar a hacer las cosas mal.

¿Cuántas veces nos reprochamos no dedicar suficiente tiempo a nuestros seres queridos y cuando estamos con ellos nos ponemos a consultar la bandeja de correo en el móvil? ¿Cuántas veces hemos querido buscar un nuevo trabajo pero lo demoramos porque nuestro empleo actual —ese que nos vuelve tan infelices— no nos deja tiempo ni para preparar el currículum? La constante carrera contra el reloj nos deja sin aliento, el riego sanguíneo no nos llega al cerebro ¡y terminamos pensando que la vida es así, que no tiene remedio!

A mí me estaba ocurriendo lo mismo, obsesionado con que tenía que correr hacia mi meta literaria porque de otra forma perdería el tren. ¿Qué tren? ¿Quién lo guiaba? Estaba olvidando las máximas que me empujaron a iniciar el viaje de mi vida: disfrutar con la libertad que me ofrecía ser el amo de mi destino, saber que lo importante era el camino, emocionarme con cada párrafo escrito —cada paso en dirección a mi Shangri-la—, concentrándome en volcar lo mejor de mí en cada frase.

Caminé entre las chozas. El sol había empezado a bajar, pero aún hacía calor. Amanecer, atardecer... Comprendí que ése era el único reloj de los africanos. Para ellos la vida se dividía en momentos marcados por las cosas que realmente ocurrían. El tiempo sólo existía cuando ellos lo hacían existir. No lo medían en horas, sino en acciones. Eras tú mismo quien marcaba el ritmo a base de actuar más, de vivir más. Por ello respetaban tanto a los ancianos, porque habían vivido más cosas que los jóvenes (al contrario de lo que diríamos nosotros: ¡a los viejos no les queda tiempo!).

Volví a la choza. El anciano me contempló sin decir nada, pero yo leía en su mirada un severo reproche.

«Esa cosa que llevas en la muñeca te grita que vayas corriendo de aquí para allá y tú vas. Eres su esclavo. No haces más que mirarlo, te roba toda la atención, impidiéndote ver el mundo tal y como es. Ese aparato es un animal salvaje que devora tu vida.»

Entonces me di cuenta. Lo que el anciano llevaba en la frente, colgando de la cinta que rodeaba su cabeza, era media correa metálica de reloj. Alguien se lo habría regalado y él había arrancado la esfera —que desde entonces estaría en el fondo del río Omo—, y se había colocado unos cuantos eslabones de acero inoxidable de adorno.

Sofía se recostó junto a su abuelo. Me fijé en que tenía el vientre muy hinchado. No era por hambre, explicó Mitiku, sino por algún tipo de lombrices. Pregunté si no se podía hacer algo.

—Hay un centro médico que cubre la zona, pero el coste del tratamiento... Además, tendríamos que regresar de madrugada y se nos va a alterar toda la ruta.

Sentí que era uno de esos momentos en los que debía pegar un puñetazo en la mesa para hacerme despertar a mí mismo. ¿Por qué hemos de vivir presos de agendas regidas por un cronómetro perfecto si la vida cambia a cada paso? El reloj y el calendario nos ayudan a organizarnos, pero no pueden ser un yugo. No se puede compartimentar la vida. Hemos de abrazarla y dejarla fluir, como el río que es.

Necesitaba parar y volver a preguntarme: ¿qué es lo realmente importante? ¿A qué debo dedicar más tiempo? Desde que empecé a perseguir aquello que amaba sabía que para hacer lo que de verdad vale la pena siempre hay tiempo. Aunque sea gota a gota. Escribiendo una sola página al día, al final del primer año tenía trescientas sesenta y cinco, un manuscrito completo.

—Nos vamos al hospital —dije, sintiendo que un cielo entero de aire fresco me inundaba los pulmones.

Cuando, ya bien entrada la madrugada, nos aproximábamos de regreso a la aldea, me volví hacia Sofía, que se había portado como una valiente y no había soltado un quejido durante las pruebas. Quieta sobre las piernas de Cristina, apretaba la caja de medicamentos con sus manitas rechonchas. Era curioso, estábamos todos más despiertos que si fueran las cinco de la tarde. Como alguien dijo una vez, el reloj no existe en las horas felices.

Pasamos el día siguiente en la aldea sin hacer otra cosa que ver pasar el tiempo; o más bien disfrutando de la ausencia de tiempo. Por la noche cubrieron de hojas un metro cuadrado de suelo a modo de mantel. Una oveja recién sacrificada daba vueltas en un aspa, cual san Andrés chamuscado. La carne estaba tan tiesa como hubo de estar la del santo, pero me supo a gloria bajo el cielo estrellado, entre los cánticos y las danzas.

Sobre el retumbar de tambores revoloteaban como abejas una lira *krar* y el tradicional *masenco*, un violín de una sola cuerda. Los miembros de la tribu representaron rituales de galanteo entre babuinos, el brusco ataque de una serpiente amenazada o los eléctricos movimientos del cuello de las gallinas. Tras culminar el repertorio animal se lanzaron a la *eskista*, el baile tradicional etíope. Saltaban sin descanso mientras hacían vibrar los hombros de forma que parecía que sus cabezas se separaban del tronco.

Cristina y Fabián se unieron a la coreografía.

—¡Tú también! —me animó Mitiku.

Negué con la mano y él, sirviéndose de un proverbio de la zona, declaró:

—¡Si puedes hablar, puedes cantar; si puedes caminar, puedes bailar!

Era verdad. Desde que comencé a perseguir lo que amaba venía comprobando que siempre somos capaces de ir un paso más allá. Pero aquel día preferí quedarme parado, tan sólo contemplando con todos mis sentidos ese momento feliz, un momento sin tiempo.

La luna camina despacio pero atraviesa el mundo.

Proverbio africano

La despedida del anciano

Nos despertamos justo antes de que despuntara el alba. Terminé de recoger la tienda y arrojé el petate al maletero del todoterreno. Fuimos hacia la choza de la madre de Sofía para despedirnos. El anciano salió también, se colocó a mi lado y sopló en mi oreja. Después hizo lo mismo con Cristina y con Fabián.

—Os desea buen viaje y os entrega el alma de sus ancestros —explicó Mitiku—. Con ello forja una conexión indestructible. Una parte de vosotros se queda aquí y África entera se va con vosotros.

En el valle del Omo no hay bibliotecas, no hay archivos, no hay *pendrives* de cien gigas. Sus gentes son la memoria que sobrevive al tiempo. Van pasándose el testigo y entre todos son la biblioteca de África. Nosotros también, desde aquel día. Éramos la biblioteca de África y en uno de sus libros invisibles brillaba mi nueva enseñanza.

Los primeros rayos de sol pintaron de amarillo la sabana.

Los demás subieron al coche. Yo permanecí unos segundos mirando el horizonte. Aún faltaba algo.

Solté la correa de mi reloj, le quité la pila —que encerré en un bolsillo de la mochila— y dejé las manecillas fijas para siempre en aquella hora, las seis y diez. A partir de entonces, cada vez que lo mirase sólo vería las infinitas posibilidades de un nuevo amanecer.

El corredor descalzo

Ya en las tierras del norte, mientras nos dirigíamos a Lalibela, vi muchos jóvenes que corrían por los arcenes y los campos aledaños. Todos querían ser Abebe Bikila, el deportista etíope más importante de todos los tiempos.

Bikila empezó a correr con diecisiete años, demostrando así que nunca es tarde. Vio por televisión a los miembros del equipo nacional de atletismo, tan orgullosos con el nombre de su país en el pecho, y decidió convertirse en uno de ellos. Se entrenó durante años a base de cazar animales a los que perseguía hasta que caían rendidos... y ganó de forma legendaria dos maratones olímpicos.

El primero lo consiguió descalzo, tras quitarse las zapatillas que le había regalado el patrocinador Adidas porque le rozaban. El público contemplaba asombrado sus pies trotar sobre el duro empedrado de Roma, la ciudad que acogía los Juegos. Dedicando un guiño a su país, aún sacó fuerzas para un increíble sprint final a la altura del obelisco de Axum, un monumento que Italia había expropiado a los etíopes durante los años de ocupación. No contento con eso, cuatro años después acrecentó su leyenda en Tokio al lograr su segunda victoria olímpica —y marcar

un nuevo récord mundial— recién operado de apendicitis.

Bikila mostró a su pueblo que se puede alcanzar cualquier meta. Pero aún le quedaba otra lección que impartir.

Con tan sólo treinta y siete años, recién subido a los altares, fue objeto de una macabra broma del destino: mientras conducía el Volkswagen que le había regalado el Gobierno por su segunda victoria, sufrió un accidente que lo dejó parapléjico. Lejos de venirse abajo, aceptó su desdicha con la misma entereza que demostró frente a la gloria y de inmediato empezó a prepararse para participar en mundiales para discapacitados mientras lanzaba por televisión a su pueblo mensajes de superación. Falleció al cabo de poco tiempo, pero décadas después sigue corriendo en los corazones de todos y cada uno de los niños etíopes.

Haz como Bikila. No corras tras el reloj. Corre tras las cosas que amas.

> Los hombres de éxito conocen la tragedia. Acepto esas victorias y acepto esta tragedia. Tengo que aceptar ambas circunstancias como hechos de la vida y vivir feliz.
>
> ABEBE BIKILA

EL SUEÑO DE LA REINA DE SABA

Inicié el recorrido por el norte de Etiopía a un ritmo muy diferente. Por fuera y por dentro. Me había liberado de la tiranía del reloj e iba rebajando mis niveles de estrés. De ahí en adelante priorizaría aquello que estuviera en consonancia con la meta que ansiaba alcanzar (como decían en África, el cazador que persigue a un elefante no se detiene para tirar piedras a los pájaros) e invertiría en ella el poco o mucho tiempo de que dispusiera, pero siempre poniendo atención plena y con entrega total a cada paso.

El siguiente paso era visitar Lalibela, una ciudad maravillosa que nació del sueño cumplido de la reina de Saba.

Makeda, la reina de Saba, era etíope. Dice el Kebra Nagast, el libro sagrado de la iglesia ortodoxa de Etiopía, que un buen día escuchó las historias sobre el rey Salomón que traían las caravanas, se enamoró de su sabiduría y decidió viajar a Israel para conocerle. «¡Es imposible!», le advirtieron sus consejeros. Pero ella no se detuvo hasta conseguirlo. Atravesó los territorios que gobernaba el Imperio asirio cargada de oro, incienso y colmillos de marfil, pero sobre todo llevando consigo una fuerte determinación que le hizo superar todos los peligros hasta que llegó a la lejana Jerusalén, donde vivió un apasionado romance de seis meses con Salomón.

Ya de vuelta en Etiopía con la semilla del sabio, engendró a Menelik. Siguiendo los pasos de su madre, éste también cruzó el desierto para conocer a Salomón, quien para hacerse merecedor de su hijo le entregó el Arca de la Alianza. En honor a esta historia de amor familiar y logros que parecían imposibles, tiempo después se construyeron las doce iglesias de Lalibela, una réplica de Jerusalén en África.

Cuando llegué, supe que había encontrado una de esas perlas difíciles de superar, por muchos

viajes que siguiera haciendo alrededor del mundo. En lugar de estar edificadas hacia arriba, las iglesias estaban excavadas en el suelo de roca. Iba caminando y de pronto se abría a mis pies un hoyo inmenso con una de ellas esculpida en su interior. Al poco rato otra, y otra más hasta completar una docena, conectadas todas por túneles y pasadizos, en un paraje que incluso tenía un canal que representaba el cauce del río Jordán.

Pensé cómo la fe —a veces en nuestros dioses, pero sobre todo en nosotros mismos— no sólo mueve montañas, sino que es capaz de tallarlas a golpe de cincel, como hizo el rey etíope con la dura roca basáltica.

Me asomé al enorme hoyo horadado alrededor de la iglesia de San Jorge, fácil de distinguir por su planta en forma de cruz. Al fondo, un par de monjes ortodoxos se disponían a oficiar una ceremonia, con sus túnicas blancas ondeando al viento. Junto a ellos, un monaguillo barría las hojas y ramas caídas desde arriba y las metía en un saco.

Me senté en el borde con las piernas colgando. Pensé en cómo estaba cambiando —hasta sentirme otra persona— desde que había iniciado el viaje de mi vida, cómo iba soltando algunos lastres que antes había creído ineludibles (porque el mundo se empeñaba en convencerme de que lo eran). Me salía de algunos raíles impuestos y cada vez me sentía más ligero, más cerca de aquello que realmente amaba.

Había llegado el momento de seguir vaciando la mochila.

HAZ QUE CADA INSTANTE SEA ETERNO

Abrí el bolsillo exterior y arrojé al hoyo la pila de mi reloj, encestándola en el saco de basura del monaguillo. Así jamás sentiría ni tan siquiera la tentación de volverla a poner. Las manecillas permanecerían para siempre a la hora del amanecer.

Era el amo de mi destino y, ahora, también de mi tiempo. ¿Qué cosas terribles pasaron tras esa decisión? Ninguna. ¿Se fue todo al traste? No. ¿Qué había más relativo que el tiempo? Etiopía utilizaba el calendario de la Iglesia ortodoxa copta, con siete años de retraso respecto al calendario occidental y con el 11 de septiembre como fecha de año nuevo...

Miré a mi alrededor. Vi un estanque donde las mujeres recogían cubos de agua para hacer la colada. Arrodilladas en el mismo lugar donde, tal vez, la reina de Saba se desnudaba y se sumergía para acariciar el fondo de hojas.

Hacía tres mil años de aquello.

¿De veras se habían perdido en el tiempo esos baños sensuales, los paseos por el Sinaí junto a Salomón, los golpes de cincel de cada artesano que construyó Lalibela?

No se habían perdido. Eran instantes eternos, como todos los que cada uno de nosotros vivimos con plenitud. Eternos. Porque eternidad no es duración; eternidad es profundidad en el instante.

Profundidad al disfrutar aquel viaje maravilloso. Profundidad al regresar a casa, donde empezaría mi nueva novela, a mi ritmo pero entregándome a cada párrafo. Una página al día si no tenía tiempo de más, pero escrita en cuerpo y alma. Y de pronto habría pasado un año y tendría trescientas sesenta y cinco, otro manuscrito completo.

CUADERNO DE BITÁCORA

- El viaje de tu vida no puede estar gobernado por el tictac del reloj. La carrera contra las manecillas está perdida de antemano y sólo genera frustración y estrés.
- El reloj y el calendario te ayudan a organizarte, pero no pueden ser un yugo. No se puede compartimentar la vida. Abrázala y déjala fluir.
- No midas tu tiempo en horas o días, mídelo en acciones.
- Pregúntate qué es lo verdaderamente importante para el viaje de tu vida y prioriza. Siempre hay tiempo, aunque sea poco a poco, para perseguir las cosas que amas.
- Eternidad no es duración, es profundidad en el instante. Convierte en eterno cada paso dado en el viaje de tu vida.

SÉPTIMA ESCALA: JAPÓN

EL ARTE ZEN DE NO JUZGAR



EL SOL SIEMPRE NACIENTE

Una mañana de julio, justo antes de las «vacaciones judiciales» que cada año aprovechaba para ir a recorrer mundo, me conecté a Skype y llamé a mi hermano Miguel y a mi cuñada Esther, que por aquel entonces vivían en un barrio londinense muy cerca de donde yo estoy ahora.

—Quiero escribir una novela sobre Japón —les conté.

—Me gusta ese país —dijo él—, no sé por qué.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿De qué va a ir?

—No tengo ni idea, pero ya saldrá. El día 1 voy para allá con Cristina a buscar una historia.

Así lo hicimos.

Nos alojamos en el piso 34 de un rascacielos de Tokio llamado Cerulean Tower. Desde el ventanal de la habitación se obtenía una vista similar a la que ofrecería la ventanilla de un avión. Al instante supe que utilizaría aquellas cuatro paredes como escenario para algún capítulo del nuevo libro. «¡Esto promete!», exclamé pegado al cristal; y nos lanzamos a recorrer la capital.

Era como caminar por un sueño. En cada rincón se percibía una fusión de modernidad y tradición extrañamente armónica, mezclados los frenéticos letreros luminosos en simbología *kanji* con las silenciosas pagodas.

Caminábamos por el barrio futurista de Akihabara y, con tan sólo doblar una esquina, nos introducíamos en un acogedor entramado de callejuelas de posguerra, con bicicletas, tenderetes de pescado traído de la lonja y lámparas de papel que colgaban de las cornisas como crisálidas. En las oficinas de Shinjuku se cruzaban ríos de altos ejecutivos que hacían reverencias cuando hablaban por teléfono. En las torres de Roppongi, los ingenieros diseñaban prototipos de última generación mientras, sentados en un tatami, sorbían fideos de forma tan ruidosa que podía escuchárseles desde la habitación de al lado.

Esa mezcla tan arriesgada y a la vez tan compensada lo convertía en un universo diferente, ideal para una novela. Sólo me faltaba saber qué iba a contar, pero no había prisa. Ya no había prisa para nada. Mi reloj seguía marcando las seis y diez del alba en el río Omo, a cada instante un nuevo amanecer lleno de posibilidades. La hora perfecta para inspirarme en el país del sol naciente.

> Cualquier cosa que desees con sinceridad tiene la posibilidad de manifestarse. Independientemente de lo feroz que sea el enemigo, de la belleza inalcanzable de esa mujer e, incluso, de lo protegido que se guarde un tesoro, siempre hay una vía para el buscador sincero.

DÖGEN ZENJI,
fundador de la escuela Soto Zen

LA NOVIA SUMISA

Nos dirigimos al parque Yoyogi, un pulmón en el centro de Tokio que no estaba exento de aquella mezcla de ayer y de hoy. Las *cosplay-zoku,* una tribu urbana de adolescentes recién salidas de la viñeta de un manga, exhibían sus trajes de muñeca de porcelana. Un grupo de teatro ensayaba sobre la hierba mullida. Las hojas se desplazaban movidas por el viento al ritmo del taichí que practicaba una anciana.

En las profundidades del parque se levantaba uno de los templos más importantes del sintoísmo, la religión nativa de Japón. Nos introdujimos entre los cien mil árboles de cuatrocientas especies que los ciudadanos donaron cuando se construyó el santuario, haciendo gala de su generosidad y del respeto a sus raíces. Los nipones tenían algo especial. Hasta el más pequeño de sus movimientos estaba diseñado con una conmovedora dignidad.

Cruzamos la puerta de ciprés y cobre, y accedimos al patio interior. En un extremo, los asistentes a una boda se colocaban para la ceremonia.

Me escoré sin poder disimular mi curiosidad. Tenían aire sofisticado, pero vestían ropa tradicional. El novio, un kimono negro con el escudo de la familia; la novia, el kimono blanco de seda que representaba el final de su infancia y su nueva vida de casada. Se supone que era su gran día, pero su actitud no traslucía lo mismo. Mientras él miraba hacia delante con aire casi marcial, orgulloso y satisfecho, ella bajaba la vista, dejando caer la cabeza en actitud de... ¿sumisión?

Me asaltó un torrente de pensamientos: ¿será cierto que Japón es tan machista como dicen? Parece mentira que la novia no muestre más alegría. Tal vez ni siquiera se amen y se trate de un contrato social, como antaño. Son un témpano de hielo. Tendrían que ver una boda española, ¡ahí sí que se respira pasión!

¿Mejor o peor?

Comparar, juzgar.

Error.

Emitía aquellos juicios sin saber que, para los japoneses, una palabra no dicha significaba mucho más que mil pronunciadas. Sin saber que los grandes momentos de amor del cine japonés estaban repletos de silencios, que en aquellas escenas que nosotros llenaríamos de «Te-quieros» y de besos desaforados, ellos se dedicaban miradas calladas al suelo, como la de aquella novia. Miradas que nada tenían que ver con la sumisión, ni con la subordinación, ni con la humillación, sino que reflejaban una fidelidad y un respeto reverencial que hechizaba al esposo y lo ponía a su servicio.

Aquel día la novia me dio lástima. No sabía que era la dueña de la situación. Era yo quien daba lástima.

Cuando todo lo que juzgues se base en tu propia sabiduría, te inclinarás hacia el

egoísmo y te desviarás del buen camino.

YAMAMOTO TSUNETOMO,
samurái del siglo XVII inspirador
de las reglas del bushido,
el «camino del guerrero»

DOS RELIGIONES MEJOR QUE UNA

Permanecí un rato sentado en el bordillo desde el que había contemplado la ceremonia. Al poco de disolverse el grupo de invitados, apareció una mujer joven. Con su brillante pelo negro recogido a un lado y un marcado aire de ejecutiva, traje de chaqueta y maletín en mano, cruzó el *tori* —el clásico arco de madera de los templos sintoístas— y atravesó el patio con paso decidido hasta llegar al altar. Una vez allí llevó a cabo un preciso ritual. Vertió con un cazo el agua que salía de una caña de bambú, tocó una campana y terminó colgando de un alambre un papelito que contenía una plegaria.

El sintoísmo veneraba a los antepasados y a todas las deidades del cielo y la tierra hasta un número de... ¡ocho millones! Muchas familias rezaban a sus propios genios o espíritus de la naturaleza para pedirles cosas tan concretas como que la cosecha fuera favorable o que no lloviese en los días de fiesta. Unos y otros eran adorados por la friolera de cien millones de fieles, lo que suponía más del ochenta por ciento de la población. Pero aún había más. La mujer que yo tenía delante, probablemente, además del rito sintoísta también practicaba budismo japonés, ya que muchos de sus compatriotas eran fieles a ambas religiones.

Me asaltó un nuevo torrente de pensamientos: ¿de verdad esta *yuppie* y casi toda la población de uno de los países más avanzados del mundo creen que existen ocho millones de dioses? ¡Qué infantilismo! ¡Y qué carencia de compromiso! ¿Cómo pueden practicar dos religiones a la vez? En Occidente jamás ocurriría eso...

¿Mejor o peor?

Comparar, juzgar.

Nuevo error.

¿Cómo podía valorar desde mi punto de vista la forma de enfrentarse al Más Allá de un pueblo que sufre terremotos cada semana? Los nipones necesitan amar su isla aun sabiendo —como acreditan los estudios científicos— que tarde o temprano se hundirá en el fondo del océano. Con ese panorama, es normal que busquen la forma de sentirse parte de algo superior a ellos mismos como individuos. No se trata de creer o no en los ocho millones de deidades, sino de sentirse conectados con sus antepasados y con la naturaleza, sabiendo que todos son uno.

Esta actitud los empuja a actuar buscando el bien común antes que el individual; y también los ayuda a aceptar con naturalidad no sólo los terremotos, sino cualquier otra desgracia, preparándolos para levantarse de inmediato y seguir caminando. ¿Acaso no nos dieron esta gran lección tras el tsunami de 2011? Comenzaron a limpiar las playas apenas había pasado un minuto desde la ola mortal y se arrojaban sin pestañear a piscinas radiactivas para cerrar una espita y

evitar filtraciones, a sabiendas de las letales consecuencias que ello tendría para los voluntarios. No lo hacían por heroísmo, ni por solidaridad, sino por esa convicción de que todos son gotas del mismo río. Mientras tanto, lo único que decíamos los occidentales era «¿Por qué no lloran? ¿Por qué no muestran a sus muertos? ¿No tienen sentimientos? Son robots...». Sin saber que, si mostraban esa contención, era por puro respeto a los demás. No querían ofender a los que estaban a su alrededor o a quienes los veíamos por televisión. Sabían que el dolor propio podía importunar o aumentar el ajeno y no querían traspasarnos su pena.

> Piensa a la ligera sobre ti mismo y profundamente sobre el mundo.
>
> MIYAMOTO MUSASHI,
> creador de la esgrima japonesa

NOVELA ÍNTIMA O COMERCIAL

Una vez que recorrimos la capital de arriba abajo, decidí que lo mejor sería dejarnos llevar por el país hasta que surgiera la inspiración. Extendimos el mapa sobre la cama del hotel y escogimos un puñado de enclaves, algunos obligados y otros fuera de ruta que me llamaban con fuerza, como la isla-museo de Nao-shima, con esculturas abstractas clavadas en la arena de la playa; o Usuki, un pueblo perdido del sur que tenía budas de dos mil años esculpidos en la roca de la montaña y los mejores restaurantes de fugu, el sabroso (y letal) pez globo.

—Lo sirven en bandejas con forma de crisantemo —dije, mientras calculaba los kilómetros sobre el mapa—, cortado tan fino que el dibujo del plato puede verse a través de la carne.

—El crisantemo simboliza la muerte —repuso Cristina sin mostrar demasiada alarma—. Más vale que allí sepan quitarle bien el veneno...

—En algún lugar de este mapa me está esperando una historia —suspiré—. Lo que me preocupa es no saber qué tipo de libro quiero escribir.

—¿A qué te refieres?

—¿Novela comercial o novela personal?

—¿Por qué te haces ahora esa pregunta? Nunca te ha importado.

—Se me van ocurriendo algunas posibles tramas, pero termino desechándolas porque no sé qué es mejor o peor.

Sin saberlo, me encontraba ante otra de esas puertas que necesitaba atravesar para seguir adelante con mi carrera literaria. No había obstáculos externos que salvar, como cuando me lancé a escribir mi primer libro; tampoco miedos internos camuflados tras el folio en blanco, como cuando comencé el segundo. Lo que ocurría en esta ocasión, ahora que ya conocía las dificultades para salir adelante en el despiadado mercado literario, era que cada nueva idea se viciaba al filtrarse por el tamiz de mis prejuicios.

¿Novela comercial o novela personal?

¿Qué es mejor? ¿Qué es peor?

Comparar, juzgar.

Error.

¿Quién puede decir qué es lo mejor? Has de aferrarte a cualquier oportunidad que tengas de ser feliz, sin preocuparte demasiado por lo que piensen los demás. La experiencia me dice que sólo disponemos de dos o tres de estas oportunidades a lo largo de nuestra existencia, y si las dejamos escapar lo lamentaremos para el resto de nuestras vidas.

HARUKI MURAKAMI,
bestseller internacional japonés

UN EXTRAÑO AL OTRO LADO DEL BIOMBO

Tras un periplo en tren que nos llevó por una zona de montaña conocida como los Alpes Japoneses, la Osaka de *Blade Runner*, la medieval Himeji y el sagrado monte Koya, cogimos un vuelo interno a Okinawa. Habíamos oído que en aquella isla vivían las personas más longevas del planeta y no estaría mal descubrir su secreto.

Nada más aterrizar, subimos al autobús que enfilaba hacia el norte de la isla. No teníamos un destino fijo, sólo queríamos alejarnos de los resorts playeros del sur. Nos apeamos en un bar de carretera en mitad de ninguna parte, donde me dieron el teléfono de una casa de huéspedes. Llamé con la esperanza de que alguien farfullase un poco de inglés (lejos de lo que pensamos, apenas una pequeña parte de la población japonesa lo hablaba) y, sorpresa, me contestó un chico con acento yanqui.

—Es un ático amplio con una bonita terraza —confirmó—. Pero tenéis que compartir la única estancia.

—¿No hay otra alternativa?

—Lo siento —resolvió antes de añadir, muy prudente—: En realidad la tendríais que compartir conmigo. No soy el dueño, sino el otro huésped. Al menos hay un biombo para separar las dos partes.

Cristina, que también escuchaba la conversación pegándose a mi oreja, me miró con cara de «qué se le va a hacer, date cuenta de dónde estamos y la hora que es» y al poco nos plantamos en la casa. Nunca había dejado de tener presente aquello que aprendí en Sudáfrica, que en el viaje de mi vida no valía contratar a una agencia porque la improvisación y la espontaneidad eran los verdaderos motores del renacimiento y del cambio, pero...

Para cuando le di la mano a Yozo —así se llamaba nuestro compañero de cuarto—, ya me había arrepentido. Era un tipo extraño. Hablaba poco; pero más que su falta de locuacidad me inquietaba la certeza de que guardaba algo en su interior. Su camisa desabotonada dejaba ver una gran cicatriz en el pecho que no tenía el aspecto de intervención quirúrgica. Me resultaba amenazador dormir en aquella buhardilla sin tabiques, tan sólo separados de él por un biombo de papel; pero, viendo que mi mujer estaba tranquila, arrojé la bolsa de viaje en un rincón.

Dos terceras partes del planeta son océanos y lo que nosotros podemos ver con nuestros ojos no pasa de ser la superficie del mar, la piel. De lo que verdaderamente hay debajo no sabemos nada.

HARUKI MURAKAMI,
Crónica del pájaro que da cuerda al mundo

EL SAMURÁI Y LA VELA

Yozo resultó ser una maravilla de persona con quien todavía tengo contacto. Hace unos meses visité Tokio para reunirme con un agente literario y quedamos para cenar aprovechando que él también estaba allí asistiendo a un congreso. Desarrolla trabajos de logística para Médicos Sin Fronteras, viajando a cualquier país que haya sufrido una gran catástrofe humanitaria. Campos de refugiados en Sudán, pueblos devastados por los tsunamis... Pasa meses en estos infiernos hasta que su pecho comienza a temblar como una olla exprés y tiene que escapar una temporada a respirar aire puro en algún lugar apartado del mundo, como la aldea donde nos conocimos.

Eso es lo que guardaba para sí y oscurecía su mirada. Tanto horror respirado para mitigar la pena de otros.

En nuestra segunda noche juntos en Okinawa, tras haber compartido tres cervezas Orion en una taberna, le confesé que cuando nos presentamos en la puerta de la casa de huéspedes estuve a punto de salir corriendo.

Él achinó aún más sus ojos rasgados, chocó mi botellín con el suyo y dijo:

—Nos pasa a todos. Cuando viajamos, muchas veces no vemos las cosas tal y como son. Las miramos como tememos verlas, como queremos verlas o como pensábamos de antemano que íbamos a verlas. Prejuzgamos y conjeturamos sobre todo lo que tenemos delante en lugar de dedicarnos a observarlo con ojos nuevos. Miramos a través de los velos que traemos puestos desde casa y, por ello, no vemos nada.

Bebió media botella de un trago. Yo permanecí unos segundos pensativo, con la mía en la mano. Aquello era lo que venía haciendo desde mi llegada. Estaba enamorado de aquel país, pero no dejaba de filtrarlo por mis propios prejuicios.

—¿Conoces el cuento del samurái y la vela? —me preguntó. Negué con la cabeza—. En esta aldea cuentan que un viejo samurái solía meditar en el porche de madera de su casa, junto al acantilado. Se sentaba en el suelo con su espada a un lado y, al otro, una vela que avivaba cada minuto para que nunca, bajo ningún concepto, se apagara. A medida que pasaba el tiempo fue acrecentándose su fama y, con ella, las teorías acerca de la vela eterna. Algunos decían que era parte de una ceremonia con la que honraba a sus ancestros. Otros apostaban por un ritual oculto del bushido, el camino del guerrero. Otros afirmaban que la vela era una herramienta para ejercitar el control mental, a base de percibir el crepitar de la llama sin mirarla. Harto de escuchar una versión diferente de cada vecino que se acercaba a cotillear, el viejo samurái alzó un día la cabeza y dijo: «La maldita vela es para ahuyentar a los mosquitos».

El samurái valiente no piensa en términos de victoria o derrota; combate fanáticamente hasta la muerte. Sólo de este modo realiza su destino.

YAMAMOTO TSUNETOMO,
samurái del siglo XVII inspirador
de las reglas del bushido,
el «camino del guerrero»

EL EMPLEADO DEL CAFÉ DE GATOS

—Y lo malo es que no sólo prejuzgamos las cosas, sino también a las personas —comenté mientras volvíamos a casa—. Como yo hice contigo.

Yozo asintió y me contó que su hermana Yûki, tras sacar el doctorado, empezó a trabajar como ejecutiva en NKH, la radio nacional del país.

—Si ya es difícil llegar ahí para cualquiera —explicó—, imagina para una mujer. Por eso mi padre se ponía enfermo cuando la veía con su novio Ryû, el empleado del café de gatos. Pensaba que era poco para ella.

No era la primera vez que oía hablar de esos locales de Tokio donde, pagando una entrada, podías pasar un tiempo entre michinos de distintas razas mientras los acariciabas o consultabas sus fichas de pedigrí. (¡Atención, no prejuzgar! Esta afición a los gatitos ajenos era habitual en Japón porque la carencia de tiempo para cuidarlos y la limitación de espacio en sus pisos diminutos impedían a los amantes de los animales tener sus propias mascotas.)

—Mi hermana trató de cambiar a su novio para contentar a nuestra familia. Buscarle otro trabajo más serio, hacerle vestir de forma menos bohemia... Estaba confusa, quería agradar a todo el mundo haciendo lo que se suponía que era mejor. Hasta que un día despertó y se enfrentó a mi padre.

»Le hizo ver que, con sus prejuicios, estaba destruyendo su relación y, de paso, a ella misma. Mi padre creía que mi hermana estaba tirando su vida por el retrete, que estaba con la peor persona posible. Pero lo cierto es que, cuando Ryû entraba en una habitación, a ella se le iluminaba la cara; y cuando decía dos frases todos reíamos y queríamos ponernos a su lado porque nos sentíamos bien. Apetecía abrazarle, como si él mismo fuera uno de los gatos del café...

Le agradecí aquella confidencia. El padre de Yozo veía en el novio de Yûki lo que temía ver, lo que nunca querría haber visto en un futuro yerno, y aquellos velos no le dejaban ver lo que en verdad tenía delante: un hombre maravilloso que estaba haciendo muy feliz a su hija.

A veces nos empeñamos en cambiar lo que no nos gusta de nuestros compañeros de viaje sin darnos cuenta de que, con ello, dejan de ser ellos mismos. Hemos de aceptarlos tal y como son, amarlos como son. Es entonces, al mirarlos sin verlos, cuando descubrimos sus inagotables matices, aquellos que los hacen únicos.

—El nombre de Yûki significa «coraje» —anotó Yozo, orgulloso de su hermana.

Cada día es un viaje, y el viaje mismo es tu hogar.

MATSUO BASHO,
maestro del haiku del siglo XVII

ERES ÚNICO

Al igual que en los viajes geográficos, en el viaje de nuestra vida nos dedicamos a comparar y a juzgar a cada paso. Y lo más grave es que a menudo condicionamos nuestras decisiones al dictado de nuestros prejuicios, sin darnos cuenta de que nada es mejor ni peor en sí mismo. Hemos de perseguir aquello que nos emociona. Eso, sea lo que sea, tenga la forma que tenga, es lo mejor... para ti.

No permitas que nadie (y mucho menos tú mismo) juzgue las cosas que amas. Que algo no sea lo óptimo para el resto no quiere decir que no sea lo mejor para ti. Por el mero hecho de amarlo ya lo es, indiscutiblemente.

Y jamás permitas que nadie (y mucho menos tú mismo) te juzgue a ti por el hecho de amar algo. No te compares con el resto. Cada uno de nosotros, como cada viaje, somos únicos: con nuestras diferentes circunstancias, con nuestros matices, aquellos que precisamente nos convierten en alguien especial.

Si me hubiera dejado guiar por los prejuicios ajenos, no tendrías en las manos este puñado de páginas. Cuando decidí lanzarme a escribir mi primera novela, resonaban en mi cabeza todos los convencionalismos: «¿Cómo puedes sacrificar parte de tu trabajo para escribir algo que nadie va a leer? ¡Date cuenta del dinero que estás dejando de ganar! Eres un abogado de provincias que nunca ha publicado, ¿cómo piensas abrirte paso en un mundo tan difícil? Y ¿qué van a pensar tus clientes?». Si hubiera filtrado mi sueño por los raseros ajenos, jamás habría llegado a ser escritor. Pero yo lo amaba. Eso era lo único que importaba.

Ahora que aquella lucha quedaba atrás, había llegado el momento de sacar de la mochila mis propios prejuicios. ¿Novela comercial o novela íntima? ¿Qué es mejor? Tras la conversación con Yozo decidí olvidarme de categorías y escribir el libro que me saliera del corazón. Comprendí que ésa era la única forma de atravesar, a su vez, el corazón de los lectores. De nada me serviría obsesionarme con lo que estaba funcionado o no en las librerías o intentar parecerme a los novelistas que ocupaban los primeros puestos de las listas de los más vendidos. Los lectores (yo mismo, cuando leo) buscamos honestidad. No existe ni lo comercial ni lo íntimo. No existe lo mejor ni lo peor. Sólo existe lo verdadero, tenga la forma que tenga, aquello que hacemos por amor.

En un mundo loco, sólo los locos son cuerdos. Yo he sido capaz de trabajar durante tanto tiempo, porque siempre creo que la próxima vez voy a hacer algo bueno.

AKIRA KUROSAWA,

director de cine

BUSCANDO MI HISTORIA

El germen de mi novela se gestó en Kioto: la joya del Japón antiguo, con sus dos mil templos de los cuales solamente (¡solamente!) pueden visitarse doscientos.

Una mañana desperté en el *ryokan* donde nos alojábamos —así llaman a las casas de huéspedes tradicionales— y me asomé por la ventana. El aire de verano olía a tifones cercanos. Los sinogramas tatuaban las calles. Estaba en mitad del barrio de las antiguas geishas. Aún podías ver alguna al atardecer, saliendo de un vehículo de cristales tintados con sus maneras perfectas y su impecable maquillaje, dispuesta a cenar con algún empresario que pudiera permitirse el lujo.

Investigando el pasado más reciente de la ciudad, descubrí algo que me dejó de piedra: Kioto fue el objetivo inicial de la bomba atómica que finalmente arrojaron sobre Nagasaki. ¿Por qué cambiaron de idea? Fue cosa de un secretario de guerra americano llamado Stimson. Tras haber pasado en Kioto su luna de miel unos años antes del conflicto, convenció a los asesores del presidente americano de que sus dos mil santuarios merecían ser conservados. ¿Qué es una aberración mayor, destruir ese legado cultural o matar a miles personas?, tal vez se plantearon. O tal vez no.

En esa historia aún tuvo cabida otra macabra broma del destino. Tras despreciar Kioto, la bomba Fat Man estaba destinada a la ciudad de Kokura. Pero dado que el día amaneció nublado sobre el blanco elegido, finalmente fue lanzada sobre las fábricas de Nagasaki.

La chispa de una posible novela empezó a restallar en mi pecho. Sabía bien lo que tenía que hacer: salir sin perder un minuto hacia la estación.

Fuimos conectando trenes hasta llegar a la lejana Nagasaki. Allí conocí a los eternos olvidados. A pesar de que fallecieron más de setenta mil personas, su bomba cayó en segundo lugar y hubo muchos supervivientes, lo cual redujo públicamente el rango de tragedia. Pero lo cierto es que aquellos supervivientes se vieron obligados a superar un drama tan extremo como la propia muerte: seguir viviendo después de lo ocurrido. Sin pasado, sin futuro, sin seres queridos y sin un maldito fetiche, una vez que se habían carbonizado los viejos kimonos y los álbumes de fotografías en sepia.

Ir allí fue un verdadero regalo. Entré en el Museo de la Bomba Atómica y me di cuenta de que conocíamos muy poco sobre lo ocurrido, pero sobre todo descubrí que no sabíamos nada sobre la admirable respuesta del pueblo japonés ante semejante desgracia. En Nagasaki no se respiraba odio, ni rencor. No tenían tiempo para eso. Cuando todavía no se había disuelto el polvo del hongo, ya estaban trabajando para salir adelante. Y así habían seguido hasta la actualidad, ofreciéndonos una lección de superación tras otra.

Si tenéis la sensación de estar estancados y de no hacer ningún progreso, abandonad vuestro estado de ánimo y pensad en vuestro corazón que estáis empezando algo nuevo.

MIYAMOTO MUSASHI,
creador de la esgrima japonesa

EL HAIKU DE LAS PALABRAS PERDIDAS

Decidí escribir un libro sobre una historia de amor entre dos adolescentes, él holandés y ella japonesa, interrumpida por la explosión. Un occidental, con nuestra forma de ver las cosas, y su musa oriental, tan alejada de su mundo. No es que pensasen diferente; incluso sentían diferente. Pero el suyo era un amor sin velos, sin prejuicios. Un amor tan puro que ni siquiera una bomba atómica consiguió quebrar.

Tenía el germen de mi novela, que terminé titulando *El haiku de las palabras perdidas* porque la pareja de adolescentes inventaban un juego con esos poemas breves —los haikus— para escabullirse de los convencionalismos sociales y caminar hacia su propio destino compartido. ¿Era una novela comercial o una novela íntima? Ya no me hacía esa pregunta. No me importaba en absoluto. Tenía un libro que era enteramente mío, que me había salido del corazón y que hacía que me pusiera nervioso de excitación cada vez que me acercaba al ordenador para escribir.

Al igual que ésas son las únicas novelas dignas de escribirse, tengan la forma que tengan, en el viaje de tu vida has de perseguir aquellas cosas que te aceleran el ritmo cardíaco, tengan la forma que tengan. Sólo por ellas merece la pena embarcarse, saltar al espolón de proa y, con la cara al viento, gritar un alto y fuerte: «¡Soltad amarras!».

CUADERNO DE BITÁCORA

- En el viaje de tu vida, al igual que en los viajes geográficos, has de evitar comparar y juzgar.
- No mires lo que esperas ver, ni lo que temes ver, ni lo que quieres ver. Arráncate los velos de los ojos y, simplemente, mira lo que tienes delante para descubrir todo lo que te ofrece la vida.
- No permitas que nadie (y mucho menos tú mismo) juzgue las cosas que amas. Que algo no sea lo óptimo para el resto no quiere decir que no sea lo mejor para ti. Por el mero hecho de amarlo ya lo es, indiscutiblemente.
- Tampoco permitas que nadie (y mucho menos tú mismo) te juzgue a ti. No te compares con el resto. Eres único, con tus diferentes circunstancias y esos matices que te convierten en alguien especial.
- No existe lo mejor ni lo peor. Sólo existe lo verdadero, tenga la forma que tenga, aquello que hacemos por amor.

OCTAVA ESCALA: ¡INDONESIA

SUBE AL VOLCÁN



HORA DE... ¿DESCANSAR?

Tras la aventura nipona, escribí una fábula de la que ya apunté algo en nuestra escala en la India. La titulé *El sol brilla por la noche en Cachemira*. Apoyándome en las enseñanzas que tenía bien guardadas desde aquel segundo viaje al Himalaya, me lancé a una historia de amor de una sola noche entre una enfermera y un paciente que buscaban la forma de superar la pérdida de personas a las que habían querido. Todos, en algún momento de nuestras vidas, nos sentimos incapaces de vislumbrar una salida posible al vacío que deja la muerte de nuestras parejas, padres, hijos, familiares o amigos. Pero, como descubrí en Cachemira (el lugar donde me enseñaron a gritar «Help!» y «Thank you!»), en los pozos más oscuros siempre hay una luz para alumbrarnos el camino.

La escritura de aquel libro me dejó agotado, no por su extensión sino porque removía rincones profundos de mi alma; y sin duda porque pasaba el tiempo y yo continuaba viviendo dos vidas en una. Habían transcurrido seis años desde que grité «¡Soy el amo de mi destino!» y, mientras mi ilusión y mi entrega para alcanzar mi objetivo definitivo de vivir de la literatura crecían imparables, seguía ocupándome del estudio jurídico como si no hubiera nada más en el mundo.

Desde que regresé de Etiopía no había vuelto a estar agobiado por el reloj. Ya no resonaba un tictac constante en mi cabeza ni echaba carreras contra las manecillas. Pero la carga de trabajo del binomio despacho y escritura (además de la promoción y las charlas sobre motivación y creatividad que comencé a impartir por varios países) iba haciendo mella en mi resistencia. Necesitaba desconectar y, aprovechando una vez más las benditas vacaciones judiciales, me fui de viaje con Cristina.

Lo más lejos posible, dijimos; y ambos votamos por Indonesia, un universo de quince mil islas en el que durante un mes podríamos perdernos sin reloj y, con suerte, sin teléfono.

Era hora de... ¿descansar?

La decisión de escribir a tiempo completo implicaba no poder comprarme una casa. Un amigo me ofreció amablemente su apartamento en un edificio de treinta y seis pisos lleno de parejas de recién casados en el sur de Jakarta. Al principio no me encontraba a gusto en aquel espacio de trabajo, pero tanto el escenario como lo que ocurría fuera empezó a transmitirme su magia...

ANDREA HIRATA,
bestseller indonesio

SI LOS ORANGUTANES HABLASEN

Descansar... Aquella palabra no debía de estar impresa en mi ADN, a juzgar por la dosis de aventura a la que nos sometimos durante las dos primeras semanas en Borneo, la primera isla indonesia que decidimos visitar. Nos alojamos en la casa comunal de una aldea dayak, un grupo étnico conocido por seguir practicando la curiosa tradición de abrir las tumbas desperdigadas por los campos de arroz para mostrar a sus huéspedes (en aquel momento, tan sólo Cristina y yo) las momias de sus antepasados, siempre ataviados con ropas impecables que cambiaban cada año. Con ellos bebimos dudosos brebajes, organizamos juegos para los más pequeños bajo la lluvia torrencial y asistimos a todo tipo de ceremonias. Recuerdo la tarde en la que ayudé al jefe a transportar una viga de madera que pesaba como un demonio y que entregó, a modo de donativo solidario, a la familia de una anciana que acababa de fallecer.

Fue en aquella aldea donde nació el germen de este libro. Sentado en la terraza de la cabaña, bajo un inmenso sombreroparaguas de caña que me cubría el cuerpo y la libreta, di forma a una charla llamada «Viajar, diez enseñanzas para mejorar tu vida» que impartí varias veces en diversos países y que, visto que me había ayudado a mí mismo a dar el giro más importante de mi vida, decidí transformar en este puñado de páginas que ahora comparto contigo.

Tras la estancia con los dayak, seguimos ruta por el río a bordo de un *kotloc*, una pequeña embarcación de vapor que nos condujo a los dominios de los últimos orangutanes en libertad.

—Si los orangutanes no hablan —aseguraba el patrón cuando nos asombrábamos por la inteligencia de aquellos seres de enormes brazos—, es sólo para que no los pongamos a trabajar.

Por las mañanas apagábamos el motor y barríamos la foresta con los ojos tratando de escuchar un chasquido que delatase la presencia de algún ejemplar. A media tarde salía desnudo a la cubierta para ducharme con el inevitable chaparrón. Por las noches dormíamos bajo árboles infestados de luciérnagas, que destellaban como pinos de Navidad en medio de la negrura.

—¿Saltamos a alguna isla tranquila para disfrutar unos días de la playa? —le dije a Cristina al terminar la expedición—. Necesito no pensar en nada y descansar... ahora de verdad. ¿Bali? ¿Lombok?

Mejor la isla de Flores, decidimos, por aquello de que era un destino menos conocido.

> Incluso en las regiones más primitivas puede nacer una superestrella.
>
> CIPUTRA,
> billonario y filántropo indonesio

EL SECRETO DE LA SUBMARINISTA

Flores recibió su nombre de los portugueses que atracaron en sus escarpadas costas hace quinientos años. Me fascinaba la historia de aquellos expedicionarios que rodearon el globo en

un cascarón para llegar hasta allí. Si yo me sentía cansado por mi travesía vital, ¿cómo se habrían sentido ellos tras semejante singladura? Y, sin embargo, seguían siempre adelante, otra isla más, y otra...

Estaban hechos de otra pasta, quise pensar entonces.

A diferencia de la cercana Bali, Flores es montañosa por los cuatro costados, por lo que carece de infraestructuras. Apenas unos cuantos viajeros la visitaban, a menudo como escala para llegar a Komodo y conocer los dragones. Pero a base de conectar autobuses locales, pronto llegamos a una preciosa cala rocosa en la que habían construido unas cabañas.

Las regentaba Lily, una instructora de submarinismo alta, rubia y tostada por el sol. Suiza de nacimiento, tras haber trabajado como arquitecta durante quince años en Lausana, lo había dejado todo para vivir su sueño en aquel arrecife al otro lado del planeta.

—Cada maldito franco que ganaba en el estudio de urbanismo lo dedicaba a venir a bucear —me contaba mientras compartíamos unas cervezas en el porche de la cabaña que utilizaba como oficina—. Eso a la gente le parecía normal y, sin embargo, cuando dije que me mudaba aquí definitivamente me tacharon de loca.

—Para sentirnos seguros tendemos a hacer lo que socialmente está aceptado como normal, aunque sea contrario a la felicidad y, muchas veces, a nuestra propia naturaleza.

—El mundo al revés —se lamentó Lily con su acento francófono, mientras hacía un gesto de negación con la cabeza—. Aquí, sin embargo, ven las cosas de otra forma. Son conscientes de que la vida es complicada, pero te animan a luchar diciéndote cosas como «Sé una abeja en un jardín de flores, no una mosca en un montón de basura».

Sonreí. Malditos indonesios...

—De todas formas, supongo que habrás tenido que sacrificar cosas para hacer lo que amas —le provoqué, sin duda provocándome también a mí mismo.

Sentía cerca el día en el que poder dedicarme a la escritura a tiempo completo, pero estaba tan cansado que empezaba a dudar si sería capaz de cruzar la línea de meta. Sabía que ese último giro —separarme del despacho de abogados después de veinte años, abandonar mi círculo de familiares y amigos, con quienes había compartido todo desde que nací— me supondría un sinfín de cambios, y empezaba a replantearme si no sería mejor acomodarme en una posición segura —seguir viviendo rodeado de los míos y robarle algo de tiempo al trabajo para escribir de vez en cuando una novela nueva— que no me exigiera riesgos ni más esfuerzos extra.

—¿A qué sacrificios te refieres? —preguntó ella.

—Por ejemplo, a alejarte de tus seres queridos.

—Los que me aman son felices si yo lo soy —sentenció, convencida—; y, por mi parte, trato de ir a verlos siempre que puedo. —Hizo una pausa—. Hay un poeta indonesio que me gusta mucho. Se llama Goenawan Mohamad y uno de sus versos dice: «No tenemos la culpa de nuestra edad». Y yo añadiría: «Pero...».

—Pero sí tenemos la culpa de lo que hagamos con ella —completé, tomándole la delantera.

—¡Efectivamente! Así que lo que tenéis que hacer ahora es un curso de inmersión conmigo.

—Me conformo con hacer buceo de superficie con el tubo. Estoy demasiado cansado como para meterme en alta mar con ese bidón.

—Pues te pierdes algo bueno. En estas aguas puedes encontrar cosas increíbles. No sólo peces que parecen sacados de una película de Spielberg; también retazos de historia.

Aquello sonó muy romántico. Sin duda había algo detrás.

—¿A qué te refieres exactamente?

Se inclinó sobre la mesa hacia mí y bajó la voz, como si alguien pudiera oírnos sobre el estruendo de las olas.

—Hace años vi un ala de avión. Estoy segura de que se trataba del aeroplano de Amelia.

SURCANDO EL CIELO, SURCANDO UN SUEÑO

Según me contó Lily, Amelia Earhart nació en 1897 en una llanura de girasoles de Kansas, bajo un cielo azul sólo atravesado por el humo del ferrocarril Union Pacific. Todos la conocían en el colegio porque, además de andar por la vida recitando poemas, se pasaba el día haciendo preguntas para saciar su curiosidad sobre todo lo que la rodeaba. Por eso sus padres se extrañaron el día que, con diez años, vio su primer avión en una feria estatal y dijo:

—Ese trasto de madera y alambre oxidado no me parece nada interesante.

A medida que fue creciendo se empeñó en hacer todo lo que una mujer no debía hacer, ya fuera tirarse por los barrancos con su trineo o cazar ratas con un rifle del 22. Con la misma audacia, tras conocer el drama de los soldados americanos que servían en Europa durante la I Guerra Mundial, se enroló como enfermera voluntaria en Canadá. Convencida de que su sitio estaba en un hospital, al terminar la contienda se matriculó como estudiante de Medicina en la Universidad de Columbia. Todo presagiaba una próspera carrera, un matrimonio feliz y un puñado de hijos que revolotearían por un jardín con vallado. Pero en 1920, recién aprobado con nota el primer curso, volvió a cruzarse un avión en su vida y, esta vez sí, su corazón sufrió un vuelco que lo cambió todo.

Había ido a visitar a su familia a Los Ángeles. Una mañana asistieron a un espectáculo aéreo en Long Beach y Amelia consiguió que le dieran una vuelta en un biplano Daugherty Field. Al aterrizar, su rostro dibujaba una expresión que sus padres nunca habían visto. Apenas pudiendo unir las palabras por la emoción, les dijo:

—Nada más separarme del suelo he sabido que he nacido para volar.

Jamás regresó a la facultad de Medicina.

Había forjado un sueño: ser piloto; y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

Contactó con Neta Snook, otra pionera de la aviación femenina, para que le diera sus primeras clases y compró un aeroplano amarillo de segunda mano al que llamaba cariñosamente *el Canario*, cuyo nada fiable motor le provocó algunos accidentes graves.

—No pierdas tu tiempo ni tu dinero en esto —le desanimaba su instructora—. Será mejor que vuelvas cuanto antes al bisturí.

Pero Amelia no se dejó intimidar. Su sueño estaba en el cielo; y tenía tan claro que quería alcanzarlo que, dos años después, ya había batido el récord de altura, el primero de un sinfín de hitos que marcarían un antes y un después en la historia de la aviación: plusmarquista de velocidad, primera mujer en cruzar el Atlántico...

Para este reto transoceánico, dado que no tomaba café ni té, Amelia tuvo que mantenerse despierta oliendo sales. Cuando, sin saber siquiera si había llegado a Gran Bretaña, aterrizó en

una ladera verde que no era capaz de ubicar en los mapas, saltó al suelo y preguntó a un hombre que pasaba por allí dónde se encontraba:

—En el pastizal de Gallegher —dijo el irlandés—. ¿Vienes de lejos?

—De Estados Unidos —respondió ella.

A partir de entonces, sus logros y su leyenda crecieron cada vez más. Fue condecorada por presidentes y vitoreada en medio mundo, pero nunca sufrió ataques de ego. El combustible que la impulsaba no era otro que el compromiso de abrir caminos para la aviación y para la mujer, su ansia de romper con las barreras establecidas.

Contrajo matrimonio con George Putnam, un publicista que, además de ayudarla en lo profesional haciendo que su fama creciera, la apoyó con amor en todos sus desafíos. Incluso en el último de ellos, un viaje alrededor del mundo que marcaría la mayor distancia posible circunnavegando el globo por el Ecuador.

Los Ángeles, Miami, San Juan de Puerto Rico, Caripito en Venezuela, bordeando Sudamérica con rumbo a África y el mar Rojo, desde allí a Karachi en Pakistán, Calcuta, Rangún, Bangkok, Singapur y Bandung (donde, además de las complicaciones técnicas que iba acumulando el avión, Amelia enfermó de disentería), Darwin en Australia, Papúa Nueva Guinea... Hasta que desapareció en el océano Pacífico, no muy lejos de aquella isla en la que nos encontrábamos.

—Quiero pensar cómo fue su último segundo —dije cuando Lily terminó de narrar la historia —. Con pena por despedirse de este planeta que tantas veces contempló desde las alturas pero, al mismo tiempo, feliz al mirar atrás y comprobar que había perseguido contra viento y marea lo que amaba.

—Su esposo —terminó ella— guardó siempre pegada al corazón la última carta que Amelia le escribió desde la otra punta del mundo, en la que decía: «Sabes que soy consciente de los peligros, pero quiero hacerlo porque amo hacerlo. Y si fallo, mi fracaso será un desafío para otros».

Amelia Earhart no sólo surcó el cielo, pensé. Sobre todo surcó sus sueños.

—Me encanta esta mujer —dije a Lily—. Al igual que tú, decidió no desperdiciar el viaje de su vida.

> Lo más difícil es la decisión de actuar. El resto no es más que tenacidad. Los temores son tigres de papel. Puedes hacer cualquier cosa que decidas hacer. Puedes actuar para cambiar y controlar tu vida. El propio proceso será tu recompensa.
>
> AMELIA EARHART

LOS CAZADORES DE CACHALOTES

Al día siguiente de llegar a ese rincón idílico, tumbado junto a mi mujer en el atracadero flotante al que estaba amarrada la lancha de Lily, alcé la cabeza, miré el mar y sentí un cosquilleo

conocido. De repente era como si llevase una década en aquella hamaca, con ganas sólo de levantarme y seguir explorando. ¿Dónde quedaba tanto cansancio? Me pasaba lo mismo en cada viaje, terminaba venciéndome la emoción de ir apretando la tuerca de mi resistencia, exigiéndome cada día un poco más para llegar a algún rincón que nadie había pisado.

Saqué la guía Lonely Planet de la bolsa y empecé a repasar el capítulo de Flores, saltando de un párrafo a otro como quien revuelve la ropa en un mercadillo buscando una ganga que se le ha escapado.

—Mira lo que dice aquí —murmuré al rato, volviéndome hacia Cristina—. Apenas pone cuatro líneas sobre este sitio, pero grita: «Ven a mí».

—¿Cerca?

—Regular.

—¿Cuánto de regular?

—En una isla situada al este, hacia Timor. Es un pueblo costero llamado Lamalera, cuyos habitantes subsisten desde hace siglos gracias a la caza de cachalotes. Lo mejor de todo es que lo hacen de forma tan primitiva que hasta Greenpeace da su visto bueno. Créetelo, aquí dice que esta gente caza ballenas de quince metros saltando desde un bote sobre su lomo con un arpón de madera.

Ella apartó los ojos del libro que estaba leyendo y dijo:

—No hay quien te aguante.

—Entonces vamos, ¿no?

Navegamos en ferry entre volcanes activos hasta la isla donde se encontraba Lamalera. Por suerte o por desgracia, atracamos en el extremo opuesto, por lo que tuvimos que hacer noche en un hostal desde cuya ventana se oía la bulla góspel de una iglesia y, al día siguiente, atravesar la selva que nos separaba de nuestro destino en un Land-Rover al que tuvimos que cambiar una rueda tras detenernos varias veces a apartar troncos caídos o cortar las ramas que se cruzaban en el único sendero. Pero, como siempre...

Llegamos.

Mientras descendíamos la loma hacia la cala de los balleneros, a punto de caer la noche, no me daba cuenta de que estaba roto por los cambios de ferry y las lentas horas en el jeep. O tal vez sí era consciente, pero me sentía feliz de contemplar aquel reducto apartado del mundo con el espíritu de los viejos expedicionarios que descubrieron Flores, aquellos que nunca dudaban en dar un paso más. Ya lo decía Napoleón: «Valiente no es que el saca fuerzas para salir adelante, sino el que sale adelante cuando no le quedan fuerzas».

La felicidad es la consecuencia del esfuerzo personal. Luchas por ella, insistes en ella e, incluso, a veces das la vuelta al mundo en busca de ella.

ELIZABETH GILBERT,
de su novela *Come, reza, ama*
una mujer en busca del amor en Indonesia

La asesora de Obama

La mayor parte de las casas de Lamalera estaban dispersas por un cerro que descendía hasta el mar. Nos alojó una de las dos familias que acogían huéspedes, cediéndonos una habitación mohosa que me pareció el Ritz cuando salí a la terraza y ante mí se abrieron, infinitas, aquellas aguas plagadas de ballenas.

Aprovechamos la luz de la luna para dar una vuelta. El pueblo entero olía a grasa y a sangre de las capturas recientes. Cada vivienda tenía un tendedero de alambre en el que ponían a secar los filetes de cachalote. Por momentos el hedor era nauseabundo, pero entonces me giraba hacia el mar y su hechizo conseguía que todo, incluso aquel insoportable olor, adquiriese sentido.

Ya en la playa, sobre la arena gris como la ceniza del volcán que creó la isla, cada grupo de arponeros tenía su propio espacio para guardar la barca y los aperos, poco más que cuatro troncos con una cubierta de caña y hojas de palma. Era todo tan rudimentario que resultaba difícil creer que se atrevieran a echarse al mar tras aquellos gigantes. Pero allí estaba la sangre sobre las rocas, las espinas dorsales y maxilares en montones... y las mutilaciones de los pescadores. A varios vecinos les faltaba algún miembro, piernas o brazos perdidos en las luchas cuerpo a cuerpo contra el animal.

De vuelta a casa, vimos a una mujer occidental sentada plácidamente en un poyete. Ya nos habían dicho que había otra extranjera visitando el pueblo. Era estadounidense, de veintitantos, y se llamaba Joan. A pesar de su juventud, había sido asesora de Obama en su campaña electoral y era una viajera empedernida que había recorrido medio mundo en solitario.

—Esto es alucinante —nos contaba, excitada—. Llevaban varios meses sin capturar un solo ejemplar y, desde que llegué el lunes, han cazado tres. Cuando los vigías apostados en la playa avistan un surtidor de ballena en la lejanía, gritan «Baleo, baleo!» y el pueblo entero se pone en marcha.

—A ver si hay suerte y ven alguna mientras estemos aquí.

—Además podríais acompañarlos en la cacería. Por unas cuantas rupias os hacen un hueco en el bote.

—Supongo que el precio incluirá el seguro médico en caso de amputación.

—No seas bruto —dijo Cristina.

Me volví hacia ella.

—Mejor pasamos de lo de enrolarnos, ¿no? Bastante hemos hecho llegando hasta aquí.

Y era cierto. Por encima de todo cansancio, habíamos conseguido llegar a otro maravilloso lugar perdido. Ya lo decían los personajes de *Moby Dick*, tal vez aquel lobo de mar que tenía una pierna fabricada con la mandíbula de un cachalote: «Los lugares verdaderos nunca están en los mapas».

> La perseguiré al otro lado del cabo de Buena Esperanza y del cabo de Hornos y del Maelstron noruego y de las llamas de la condenación. Para esto os habéis embarcado, hombres, para perseguir a esta ballena blanca por toda la Tierra.
>
> HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

BALEO, BALEO!

El día siguiente transcurrió entre paseos arriba y abajo por la playa, conversando con los pescadores o, más bien, acompañándoles en silencio mientras lijaban la madera de las barcas y martilleaban en yunques las puntas de arpón. Otros terminaban de diseccionar la última ballena capturada. Tras ayudar a cambiar de sitio la enorme cabeza, que apenas podíamos mover entre quince adultos tirando de un cabo, cenamos un duro estofado en casa de una vecina. Por la mañana, sentados en la terraza de nuestra casa, notamos un revuelo a lo lejos.

—¿Has oído algo? —le pregunté a Cristina.

Al momento, las voces se hicieron mucho más presentes.

«Baleo, baleo!»

Sin dudarlo ni un instante, ambos echamos a correr hacia la habitación. «Pero ¿no habíamos quedado que no íbamos a ir?», gritaba yo mientras buscaba el dinero, y Cristina contestaba, nerviosa: «¡Calla y corre, coge la gorra! ¡Y la cámara!».

Salimos disparados hacia la playa, que se había convertido en un hervidero, con las chanclas en la mano para no perderlas por el camino, confiando en llegar antes de que hubieran partido todas las barcas. Aun cuando la persecución en mar abierto se hacía a remo para no romper la tradición y no ahuyentar a los cachalotes, utilizaban un motor para remontar el rompiente de las olas, por lo que una vez que alcanzaran el agua los habríamos perdido. Llegamos justo cuando el último grupo de arponeros arrastraba la suya a toda prisa sobre la arena. Extendí un fajo de billetes. El capitán nos miró, cogió unos cuantos y dejó el resto en mi mano. Saltamos con ellos a la barca y nos adentramos en el océano dando botes sobre la espuma.

Al rato, retiraron el motor y se detuvieron a la espera de que el surtidor de la ballena revelase su nueva ubicación. Cada barca tenía un vigía, erguido en la proa como el espolón de un gran navío. El resto —siete pescadores sin contarnos a nosotros— esperaban pacientes, sentados en el casco.

Se suponía que esto no iba a pasar, pensé; que, aunque hubiera avistamiento, en ningún caso íbamos a subir a una barca. Pero allí estábamos, retorciendo la tuerca de nuestra resistencia, queriendo de nuevo llegar un poco más allá, un poco más, sin un maldito botellín de agua aun cuando era posible que la persecución del animal se prolongase durante horas, como aquella batida que, la semana anterior, amaneció después de toda una noche de acecho junto a las costas de Timor, a ciento veinte kilómetros de Lamalera. Cristina y yo nos miramos y nos entró la risa, que pronto se contagió a los pescadores.

—Anda —le dije—, dispárame una foto antes de que se moje del todo la cámara.

Estaba agotado sólo de pensar en lo que se nos veía encima.

Estaba... feliz.

Pasamos un par de horas en completo silencio, como en una liturgia religiosa. Así era para ellos la caza, tan sagrada que, durante la temporada de avistamientos entre mayo y octubre, incluso se abstenían de mantener relaciones sexuales. De súbito, el chorro de vapor de agua del cachalote rompió la superficie a unos doscientos metros.

Y empezó la batalla.

La tripulación remó furiosamente para aproximarse al animal. A partir de entonces, la lucha. Los más aguerridos, aferrados a arpones largos como pértigas, saltaban sobre el cachalote para, con el peso de sus cuerpos, hundir la punta de hierro en la carne. La cola inmensa batía el agua, mezcladas la sal y la sangre. Las tripulaciones gritaban mientras los arponeros se encaramaban de nuevo a la barca.

Tras la lucha, la espera. Un maratoniano juego de resistencia, la ballena tirando hacia el mar con ocho arpones en el lomo y aquellos hombres aferrados a los cabos, tirando con fuerza para evitar que se sumergiera llevándoselos al fondo, esperando el momento propicio para que el capitán saltase sobre ella y le cortase la médula espinal. Un final duro, para ellos honroso. Por algo adoraban a ese animal valiente desde hacía siglos.

> Trato de no pensar, tan sólo de aguantar... El hombre no está hecho para la derrota. Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado.
>
> ERNEST HEMINGWAY, *El viejo y el mar*

DEMASIADO CANSADO

Por la noche, charlábamos con Joan junto al poyete. Todavía con la adrenalina disparada, nos removían sentimientos contradictorios. La sangre fresca, las familias celebrando que tenían comida para varias semanas... «Esta lucha es justa», había sentenciado un joven pescador de nuestra barca, alzando el muñón de su muñeca.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Joan.

—Volvemos unos días a la cala de los submarinistas. Es hora de descansar.

—Y estando en Flores, ¿no vais a subir al Kelimutu?

Se refería a un volcán situado en el centro de la isla con una peculiaridad que lo diferenciaba del resto: tenía tres cráteres, cada uno con un lago de diferente color.

Sólo hizo falta aquella pregunta para activarme el cosquilleo interior. «Pero si acabo de decir que íbamos a tirarnos a las hamacas...», pensé. Miré a Cristina.

—Pues claro que vamos a subir el Kelimutu —respondió directamente ella con una sonrisa cómplice—. Si te quieres apuntar...

Joan no dudó en aceptar la propuesta. Tenía pensado dirigirse a Papúa pero, después de la intensa experiencia de Lamalera, le apetecía pasar unos días acompañada. Antes de ir a dormir, seguimos un rato hablando de viajes y de nuestras vidas.

—¿Nunca te has planteado dejar la abogacía y dedicarte sólo a escribir? —me preguntó.

—En este momento estoy demasiado cansado para un cambio semejante, con todo lo que supone. No te imaginas la cantidad de clientes y asuntos que tengo en marcha, después de dos décadas ejerciendo. Podría organizarlo todo para hacerlo sin que se vieran perjudicados, pero...

Me detuve.

¿Qué era eso de que «estoy demasiado cansado»?

Desde que empecé a viajar, la emoción por seguir asombrándome me ayudaba a dar siempre

un paso más cuando parecía imposible. Lo mejor de todo era que en las situaciones más extremas el cansancio pasaba a segundo plano; mejor aún, se convertía en un elemento más del viaje, un elemento honroso del que no quería prescindir. Sin cansancio, no había viaje verdadero.

¿Por qué no aplicaba esta enseñanza al viaje de mi vida? Estaba llegando al final, tenía al alcance de la mano aquello que verdaderamente amaba y, después de todo el camino andado, era normal que estuviera exhausto: superada la travesía del desierto, vencidos mis miedos, desterrada la esclavitud del reloj... Pero no debía rendirme.

Decidí que el cansancio no me haría hincar las rodillas en el suelo. Como en los viajes geográficos, honraría la fatiga, me serviría de inspiración para seguir adelante.

Hay momentos en el viaje de nuestra vida en los que no podemos más. Estamos tan agotados, física y mentalmente, que olvidamos la ilusión que nos empujó al principio y la felicidad que nos espera al final... además de la satisfacción que reside en cada paso dado en dirección a aquello que amamos. Empezamos a ver pasar los días comiendo, durmiendo y muriendo. Cierto es que vivir —sobrevivir— es extenuante, pero de nada sirve postrarnos en un sofá de lamentos y quejas. En cuanto aflojamos el cabo del arpón, el cachalote nos hunde con él en las oscuras profundidades del mar.

La carrera hacia lo que amas es un maratón, y todo corredor sabe que no es fácil mantener el ánimo a lo largo de todo el trayecto. Los novelistas también lo sabemos, te lo aseguro. Cada día tenemos que hacer frente a la tentación de la pereza o el desánimo. Por eso es importante tener claro que el ingrediente secreto común a todas las historias de éxito no es ni la formación, ni el cociente intelectual, ni la familia, ni los contactos. El elemento diferencial es la capacidad de una persona para esforzarse al máximo en el presente, pensando en una meta futura. Esto es, ser capaz de luchar a muerte contra el cansancio de hoy, aun a sabiendas de que no vamos a obtener la recompensa a corto plazo (o, más bien, sabiendo que cada paso dado en tu propio camino es la verdadera recompensa).

Los viajes geográficos empiezan, se viven y acaban. Es siempre así. La diferencia la pone el que, durante la singladura, da un paso más para buscar ese rincón perdido al que nunca ha llegado nadie. En el viaje de tu vida pasa lo mismo. Todos los hombres nacemos, vivimos y morimos; la diferencia la pone el que, durante el tiempo que estamos aquí, lucha para conseguir lo que ama, el que da siempre un paso más allá cuando las fuerzas le han abandonado, en la convicción de que algún día, tarde o temprano, alcanzará su Shangri-la.

> Usemos la energía que ha fortalecido nuestras dudas y quejas para elevar nuestra vida al nivel de nuestros sueños.
>
> MARIO TEGUH,
> consultor y conferenciante indonesio

EL VOLCÁN TRICOLOR

Iniciamos la subida al Kelimutu de madrugada para poder contemplarlo al amanecer. En la

oscuridad de la noche, apenas se adivinaban a ambos lados del sendero los arrozales, las cascadas, las fuentes de aguas termales. Pero cuando despuntó el alba —aquella luz, aquel silencio— di gracias por haber tenido la oportunidad de renacer en un lugar tan bello.

Nos hicimos una foto con Joan en el borde de los cráteres al minuto de haber salido el sol. A nuestra espalda estaban los tres lagos, uno negro, otro turquesa y, el último, rojo, los tres densos como cubos de pintura.

Los científicos atribuían ese cromatismo a los gases que emergían a altas temperaturas y que modificaban la oxidación de los minerales presentes en el agua. Pero los habitantes de Flores tenían su propia explicación: cuando alguien moría, su espíritu se sumergía en un lago u otro dependiendo de su carácter y edad. En el negro, los ancianos; en el turquesa, los jóvenes; y en el rojo, aquellos que habían cometido delitos en vida.

¿A cuál de ellos debía arrojar mis debilidades?, pensé. Porque sin duda era un buen momento para sacarlas de mi mochila y ya nunca más desfallecer.

No lo dudé. Tenía que volcarlas en el lago rojo, porque era un delito grave —un verdadero crimen— el vencerme al cansancio y no aprovechar al máximo el viaje de mi vida. ¿Qué ocurriría si, llegado el último día, parado ante eso que llaman el túnel, al mirar atrás descubriera que me había rendido y no había perseguido hasta el final aquellas cosas que amaba? ¿Para qué había venido aquí, sino para eso? Sería trágico descubrir que había fallado, darme cuenta de ello cuando ya no hubiera remedio. Es ahora que estamos vivos, con camino por delante, cuando hemos de tener claro que somos mucho más resistentes de lo que creemos. ¡Y qué satisfacción se experimenta cuando le echamos arrojos y lo comprobamos!

Así que abrí la mochila y la sacudí al borde del cráter, viendo toda mi fatiga (la presente y la futura) perderse en el fuego del centro de la Tierra.

> No hay garantías de que alcances el éxito si trabajas duro. Pero no hay éxito sin trabajo duro, eso garantizado.
>
> MARIO TEGUH,
> consultor y conferenciante indonesio

CASTILLOS EN EL AIRE, CIMIENTOS EN LA TIERRA

Ya montados en el avión de vuelta, mientras cogíamos velocidad en la pista, agarré la mano de Cristina y miré por la ventanilla. Pensé en la bendita paliza que nos habíamos pegado, tal vez por ello uno de los mejores viajes de nuestra vida, y en mi voluntad intacta para seguir persiguiendo lo que amaba con el cansancio como compañero de viaje.

Cuando nos separamos del suelo, me vino a la cabeza una frase del Nobel de Literatura Bernard Shaw. Decía que si has construido un castillo en el aire, no has perdido el tiempo, porque es allí donde debe estar. Lo que has de hacer después es construir los cimientos en la tierra, cueste lo que cueste. Emigró a Londres soñando con dedicarse a la literatura y, antes de conseguirlo, escribió cinco novelas que fueron rechazadas por los editores. ¿Sabes lo que cuesta

escribir cinco novelas?

El escritor irlandés no conocía el desánimo ni la pereza. Pero, además, tenía otro secreto: no malgastaba esfuerzo en lo que le decían que le convenía hacer, ni en agradar, ni en aparentar. Bastante trabajo nos supone perseguir lo que amamos como para derrochar combustible por el camino.

Mientras el avión se introducía en las nubes dejando atrás la isla de Flores, respiré por última vez el espíritu de los viejos expedicionarios portugueses. Apuesto a que aquellos navegantes se dedicaban a romper las barreras geográficas para demostrarse a sí mismos que no existían las barreras interiores, que el ser humano no tenía límites. Y no estaban hechos de otra pasta, no. Simplemente perseguían algo que amaban. Eran como tú y como yo.

CUADERNO DE BITÁCORA

- El viaje de tu vida es un maratón. Honra el cansancio y lucha contra la tentación de la pereza y el desánimo.
- El ingrediente secreto común a todas las historias de éxito es la capacidad de esforzarse al máximo en el presente, pensando en una meta futura. Supera el cansancio de hoy, aun a sabiendas de que no vas a obtener la recompensa a corto plazo (sin olvidar que el mero hecho de caminar hacia lo que amas ya es la mejor recompensa).
- Cuando estés agotado, respira el espíritu de los viejos expedicionarios, aquellos que nunca dudaban en dar un paso más, demostrándonos que el ser humano no tiene límites.

NOVENA ESCALA: BRASIL

VIVE EL AHORA



UN ÚLTIMO GRITO DE GUERRA

Había llegado el momento de dar el paso definitivo y terminar de redirigir mi vida en dirección a lo que amaba: dedicarme a escribir a tiempo completo. Las últimas dudas acerca de si no sería más práctico seguir relegando la literatura a un segundo plano que no alterase mi zona de confort se disiparon frente a la máxima que resonaba en mi cabeza: «Soy el amo de mi destino, quiero andar mi propio camino».

Estaba sentenciado.

Me senté a hablarlo con Cristina y decidimos mudarnos durante un tiempo a Londres, una ciudad que nos encantaba. Allí, además de dedicar toda mi energía a los libros, podía perfeccionar el inglés para facilitar la labor de documentación previa de las novelas y encarar con mayor seguridad la promoción en el extranjero. Me excitaba pensar en un cambio semejante, lleno de nuevos retos, después de veinte años de ejercicio de la abogacía que, aunque me habían traído grandes satisfacciones, habían estado regidos por marcadas rutinas.

No obstante, cuando fui a dar el último paso (organizar los detalles con los compañeros del despacho para que mis clientes no se vieran afectados, prepararme para dejar mi casa y separarme de mi familia y de mis amigos, con quienes había tenido una convivencia ininterrumpida desde que era niño), noté que me costaba levantar los pies del suelo. No era por miedo, ya que llevaba conmigo el grito de los piratas de Madagascar, aquel bendito «¡Al abordaje!» con el que me enfrentaba a pecho descubierto a cualquier contingencia. Tampoco era por fatiga, ya que de nuevo me sentía al cien por cien de mi fortaleza. Entonces ¿qué demonios me impedía avanzar esos últimos metros de la carrera, estando la meta tan cerca? Pronto lo comprendí: aún llevaba un peso enorme a la espalda.

No puede ser, pensé. A esas alturas del viaje tenía la mochila casi vacía. Había comprendido que viajar era desaprender, desprenderme de todo lo sobrante hasta quedar desnudo ante el mundo, momento en el que podía absorber toda la sabiduría que estaba ahí, esperándome... Pero cuando miré bien, me di cuenta de que aún tenía que sacar una última cosa que permanecía oculta en uno de los bolsillos: las piedras del pasado y del futuro.

Por fortuna, buscando escenarios para mi quinta novela, aterricé en Brasil.

En la selva amazónica me enseñaron a liberarme del pasado.

En las favelas me enseñaron a liberarme del futuro.

Entre ambos me regalaron un último grito de guerra, el grito definitivo: «¡Vive el ahora!».

La vida es un soplo. Todo acaba. Me dicen que después de que yo muera, otras personas verán mi obra. Pero esas personas también morirán. Y vendrán otras que también se irán. Lo que importa, mientras estamos aquí, es la vida, la gente. Abrazar

a los amigos, vivir feliz. Cambiar el mundo. Y nada más.

OSCAR NIEMEYER,
arquitecto brasileño

LLEGADA AL EDÉN

Bebí de una bromelia con forma de copa que acumulaba agua de lluvia en sus hojas. Olí la tierra siempre húmeda, la resina de copal y la fragancia de unas orquídeas que salpicaban de rojo las riberas del río. Me froté las manos con las flores de los nenúfares para que se me impregnaran de su olor. Una pareja de delfines rosas rasgaron el agua con sus aletas antes de dar un salto simultáneo y volver a perderse en el fondo.

No podía dejar de mirar a un lado y al otro, atender a cada sonido. Siempre sorprendido, a pesar de que no era la primera vez que visitaba la Amazonía. Antes de escribir mi primera novela recorrí el área peruana del río Madre de Dios y, años después, conviví con una familia de jíbaros en Macas, la selva ecuatoriana. En esta ocasión me encontraba en las postrimerías de Manaos, en mitad del pulmón del planeta. En aquel recodo del río Negro todo era calma, que tan sólo se rompía por los chasquidos de las ramas que servían de asidero a los macacos.

Se estaba poniendo el sol y no había llevado la linterna, por lo que decidí regresar sin demora a la cabaña en la que estábamos alojados. No quería que se preocupase nuestro anfitrión, un pescador de caimanes llamado João, y mucho menos quería alarmar a Cristina y a los tres amigos que nos acompañaban en aquel viaje: Isabel, Aurora y Jota. Seguro que para entonces ya habrían repartido sobre la mesa las fichas de dominó, junto con un pescado frito y media botella de cachaza, en la misma estancia donde después colgaríamos nuestras hamacas.

Me encaramé al bote haciendo equilibrios. Fabricado con ligera madera de sucupira, oscilaba amarrado a una raíz. Aparté la red y el arpón, y me senté en la tabla, sobre uno de los ajados chalecos salvavidas. Lejos de enfundárselos cuando salían a pescar, João y su hijo los utilizaban como cojín para que no les doliese el trasero.

Achiqué el agua con un recipiente de plástico, aseguré el tapón de caucho y apoyé el remo en el barro del fondo para impulsarme. Aspiré una bocanada de aquel aire tan puro, oxígeno recién liberado con aroma a madera y maleza. Antes de empezar a remar, me dejé llevar durante un rato para sentirme parte del río.

Docenas de ojos de jacaré, los caimanes brasileños, brillaban sobre la superficie oscura. En ambas orillas, iguanas y perezosos se escondían entre los castaños, palmas, jatobas, bayas açaí... Desde un punto fijo era difícil encontrar dos árboles hermanos. Garzas y gavilanes agitaban sus alas. Entre la foresta noté una presencia, tal vez fuera un jaguar.

Así debió de ser el Edén. Estaba en el lugar ideal para ambientar los capítulos selváticos de mi novela. Pero entonces vi el humo al fondo, una columna negra que rasgaba el cielo.

La deforestación avanzaba implacable por el pulmón.

Daba igual por qué zona navegase; siempre acababa viendo grandes calvas de selva afeitada por las máquinas o, lo que era aún más triste, talada por los propios nativos sometidos por los

madereros.

No sólo les estaban robando sus árboles. Estaban destruyendo su idílico pasado, un Edén perdido que ya jamás volvería.

> La tierra no tiene sed de la sangre de los soldados, sino del sudor de los hombres.
>
> Proverbio brasileño

UN UNIVERSO DIFERENTE

Atraqué el bote en la orilla junto a la cabaña de João, un palafito levantado sobre maderos para evitar las crecidas del río. Al acercarme oí risas. Había llegado Maicon, el guía que nos condujo allí en su lancha desde Manaos y que de nuevo nos acompañaría de vuelta.

—Creía que no nos íbamos hasta mañana —salté al entrar, como si fuera a robarme un riñón.

—Tranquilo *cara*, que he venido a pasar la última noche con vosotros.

Me llenó un vaso y brindó con el suyo. Era un chico muy ingenioso de unos veinticinco años. Estudiaba entomología, la rama de la zoología que se ocupa de los insectos. Él también tenía un firme objetivo: contribuir a erradicar la malaria. De momento se pagaba la universidad trabajando para una agencia de aventura, un empleo que le permitía estar cerca de sus mosquitos zancudos.

Aprovechamos para enseñarle la pierna derecha de Cristina en la que, tras una excursión con aguacero incluido, habían aparecido cientos de picaduras. No es una forma de hablar: cuando a la altura del tobillo ya íbamos por ciento cuarenta y tres, dejamos de contar. Eran pequeñas y no abultadas, pero tantísimas...

—Ningún problema —aseguró Maicon—. En unos días no quedará ni rastro.

—¿Seguro? —le insistí yo, dándome cuenta de que apenas las había mirado—. ¿Qué clase de bicho ha podido hacer este estropicio? Si llevaba calcetines, botas y pantalón largo...

—La Amazonía es un universo diferente y muy complicado, por lo que todos sus habitantes potencian al máximo sus habilidades. Algunas plantas generan hojas insípidas, difíciles de digerir o poco nutritivas para que los insectos se larguen a mordisquear otra especie. Con los animales pasa lo mismo. La rana dardo dorada, tan pequeña y bonita que le darías cobijo en una maceta de tu salón, segrega un veneno letal quince veces más potente que el curare...

Miré al exterior de la cabaña desde el precario porche en el que dábamos buena cuenta de las caipiriñas caseras. Realmente estábamos en otro universo. El hijo mayor de João se fustigaba con una mata para espantar los mosquitos que se levantaban a esa hora. Apenas moviendo los labios, canturreaba una vieja oración a las fuerzas de la naturaleza. La mujer del pescador, que se dedicaba a confeccionar pulseras para vender a los cuatro locos que caíamos por su casa, se estrujaba un pecho para amamantar a una cría de mono araña, la mascota del hijo menor que se abrazaba a su regazo. Parecían la selva misma. Sus piernas, los troncos; sus brazos, las ramas.

—No puedo creer que todo esto vaya a desaparecer —murmuré, y comencé a despotricar contra los madereros.

—Lo que no podemos hacer es pasar el día lamentándonos —declaró él—. Aparte de ser aburridísimo de escuchar para quien tienes delante, mientras te quejas no haces nada para remediar la situación.

—Eso es bien cierto —admití.

Pensé que estamos acostumbrados a quejarnos por todo lo que no sale como esperamos, sean inconvenientes grandes o pequeños, y lo único que hacemos es viciar el ambiente a nuestro alrededor de modo que nos resulta más difícil concentrarnos y actuar.

—Como decía el padre de mi padre —siguió Maicon—, no mueres por caer el río, mueres por no salir. Aquí no encontrarás gente que se dedique a hablar de los tiempos felices de antaño, porque si parloteas se te llena la boca de agua y te vas al fondo. Lo que hay que hacer es aprovechar el momento presente para darle bien fuerte a los brazos y a las piernas a fin de alcanzar la orilla de tiempos mejores.

> Lágrimas no son argumentos.
>
> JOAQUIM MACHADO DE ASSIS,
> escritor brasileño

NO HAY PASADO

Mientras apuraba la cachaza observando las limas machacadas en el fondo del vaso, pensé que nuestro guía entomólogo tenía mucha razón. En el viaje de la vida, al igual que en los geográficos, no podía perder tiempo amedrentándome porque pronto perdería lo que tenía (¡qué poco viaje queda!), ni lamentándome después de haberlo perdido (¡qué poco ha durado el viaje!), porque, entre lamento y lamento, me hundía en el río y la vida se me iba.

—Yo nací en una aldea selva adentro —siguió contándonos Maicon—. Era como el paraíso de la Biblia, pero todo cambió cuando llegaron los *grilleros*. ¿Sabes quiénes son? Empresarios de la soja que, para hacerse pasar por dueños de nuestras tierras, meten unos cuantos grillos dentro de una caja con títulos de propiedad falsificados y, pasado un tiempo, los papeles quedan exactamente igual de amarillos y corroídos que los documentos originales. El caso es que las autoridades los dieron por buenos y tuvimos que irnos de allí para emprender una nueva vida en un suburbio de Manaos. Yo me habría lanzado al cuello de aquellos malnacidos aun sabiendo que me pegarían un tiro, pero mis padres me convencieron de que debía caminar sin mirar atrás. En la vida no hay tiempo para gimotear, me dijeron. Y yo les prometí que dedicaría cada minuto de la mía a estudiar una carrera universitaria que me permitiera cambiar las cosas.

—Y en ésas estás —comenté.

Apuró la caipiriña y me miró, hinchado, antes de declarar:

—Me enseñaron que tenía que trabajar desde el primer minuto en el presente, que era lo único que nos quedaba. El pasado no existe, *cara*. Vivimos en un río que no deja de fluir.

> Me gusta ser hombre, ser persona, porque sé que mi paso por el mundo no es algo predeterminado, preestablecido. Que mi «destino» no es un dato, sino algo que necesita ser hecho y de cuya responsabilidad no me puedo escabullir.
>
> PAULO FREIRE,
> filósofo brasileño

TODOS SOMOS EL MISMO RÍO

Maicon propuso a João dar una última vuelta nocturna en la barca grande, que tenía sitio para los siete. Era impactante ver al pescador de caimanes estirarse veloz como una serpiente desde la proa, meter medio cuerpo en el agua y sacar uno de aquellos reptiles agarrándole del cuello para que las fauces llenas de dientes desperdigados no le llevaran media mano.

Ver cazar a João no era la única atracción del río que te dejaba con la boca abierta. Si remabas por los afluentes más sinuosos del Amazonas podías toparte con una malla de bejucos, las enredaderas que algunas tribus utilizaban para mantener sumergidos los cadáveres de los fallecidos a fin de que las pirañas acelerasen su descomposición. Y si decidías pasar la noche en una cabaña de esa comunidad, aún te esperaba otra sorpresa. Tras cenar unos sabrosos hongos o tortas de yuca brava, te acercarían un cazo con una pasta amarillenta, que no era otra cosa que los huesos molidos del cadáver cuya carne habían entregado a las pirañas, aderezados con yema de huevo y plátano.

—Es la forma que tienen de honrar a sus muertos —nos explicaba Maicon—. Reanudan el ciclo de la vida haciendo que la persona querida siga viviendo en ti. Así que ya sabes lo que toca: cerrar los ojos y tragar hasta que no quede nada.

Todos somos uno, pensaban. Vagamos por un río sin pasado, un río en el que sólo existe el presente, este momento único en el que la humanidad entera avanza hermanada como las gotas del Amazonas. Todos somos el mismo río.

Como decía mi amigo, un río que no deja de fluir.

> Estamos enteros, pero no terminados. Empezamos a nacer y vamos naciendo lentamente hasta acabar de nacer, que es cuando morimos.
>
> LEONARDO BOFF,
> filósofo brasileño

LLEGADA A SÃO PAULO

Tras el periplo selvático, mi siguiente destino fue São Paulo, la megaurbe en cuyas inmensas favelas terminaban viviendo muchos de los nativos expulsados de sus tierras.

En esta ocasión viajé solo. Mi único interés era documentarme para la nueva novela dejando de lado cualquier atracción turística, por lo que ningún posible acompañante se merecía una visita aburrida y un tanto insegura.

Vista desde el avión, São Paulo era un continente entero de cemento y cristal. Tenía más de seis mil rascacielos, lo que la convertía en la tercera ciudad del mundo después de Hong Kong y Nueva York con los edificios más altos. Resultaba difícil de creer que aquella metrópoli de veinticinco millones de habitantes hubiese nacido, en un tiempo no tan lejano, de una pequeña misión jesuita. Era la mayor urbe de América y el principal centro financiero de Brasil, al que se dirigían empresas de todo el mundo en busca de negocio. Por algo la llamaban «la ciudad que no puede parar».

Yo tampoco paré demasiado. Durante una semana me entrevisté con policías, directores de cine, empleados de la Oficina Comercial de la Embajada Española, di una charla en el Instituto Cervantes y recorrí con su responsable cultural locales de moda y galerías de arte abiertas en viejas fábricas. Pero fue al terminar ese recorrido por los barrios prósperos cuando empezó mi verdadero viaje.

Una mañana, a eso de las siete, mientras los helicópteros que utilizaban los empresarios para desplazarse sin miedo a atascos y a asaltos atronaban el cielo, salí a la puerta de la *pousada*. Allí me esperaba Isabela, una asistente social dedicada a la integración de jóvenes de comunidades marginales que me sirvió de enlace para introducirme en una favela.

—¿Estás preparado? —dijo ella tras estamparme un par de sonoros besos.

Había llegado el momento de poner rumbo a Brasilandia.

> Podemos creer que todo lo que la vida nos ofrecerá mañana es repetir lo que hicimos ayer y hoy. Pero, si prestamos atención, percibiremos que ningún día es igual a otro. Cada mañana trae una bendición escondida; una bendición que sólo sirve para este día y que no puede guardarse o desaprovecharse. Si no usamos este milagro hoy, se perderá. Este milagro está en los detalles de lo cotidiano; es preciso vivir cada minuto, porque allí encontramos la salida de nuestras confusiones, la alegría de nuestros buenos momentos, la pista correcta para la decisión que ha de tomarse. Presta atención a todos los momentos, porque la oportunidad, el «instante mágico», está a nuestro alcance.
>
> PAULO COELHO,
> escritor brasileño

UNA COLMENA DE LADRILLO Y CHAPA

Tras conducir cerca de dos horas a través de sus abarrotadas avenidas y soportar retenciones en viales con una contaminación que se podía masticar, nos plantamos a los pies de la favela. Dejamos el coche junto a un puesto callejero de frituras y seguimos a pie.

Estaba situada en una colina del extrarradio norte. En São Paulo, las favelas trazaban un

círculo alrededor de los barrios ricos del centro. No era como en Río de Janeiro, donde las zonas adineradas y las más necesitadas se fundían unas con otras dando lugar a cambios bruscos de escenario con tan sólo doblar una esquina.

A medida que ascendíamos, se divisaba mejor a lo lejos el centro próspero de la ciudad. Era como observar desde la playa un mar agitado. Las hileras de rascacielos eran olas, una tras otra hasta perderse en el horizonte. Pero el auténtico impacto sobrevino cuando giré sobre mí mismo y miré al monte. No había un solo centímetro cuadrado de suelo que no estuviera cubierto con las precarias edificaciones de ladrillo y chapa.

Las escalinatas serpenteaban entre las apiñadas chabolas. Todas parecían no tener salida, pero siempre surgía un camino por el cual seguir subiendo, penetrando más y más en el interior de la colmena. Imponía respeto, pero al mismo tiempo tiraba de mí el hechizo de lo desconocido, ese canto de sirena que hacía tirabuzones entre la ropa tendida y el cableado eléctrico que colgaba enmarañado sobre mi cabeza.

Las casas estaban levantadas sin ningún criterio, con vocación de aguantar... ¿cuánto tiempo? Tal vez una sola noche. ¿Acaso sus gentes no estaban convencidas de que cada día podían cambiar las cosas? Esa promesa los había conducido a la urbe y los mantenía vivos.

A ratos me sentía vigilado. Niños que no levantaban un palmo del suelo me observaban desde las azoteas, aferrados a unas precarias cometas. Había oído que, a través de códigos encriptados en la forma de hacerlas volar, informaban a los traficantes de la presencia de la policía o de personas extrañas que supusieran cualquier tipo de amenaza.

Yo no era una amenaza.

Sólo quería completar el viaje de mi vida.

> El optimista puede errar, pero el pesimista ya comienza errando.
>
> JUSCELINO KUBITSCHEK,
> presidente de Brasil, ideólogo
> de la revolucionaria Brasilia

VISITA A LA SANTERA

Nos adentramos en una calle estrecha. Un reguero turbio se escurría entre sacos de cemento. Isabela llamó con los nudillos a una puerta metálica.

—Te voy a presentar a una amiga que seguro que te servirá de inspiración —me anunció justo antes de que abrieran.

Era una mujer de entre cuarenta y cincuenta años, de pequeña estatura y aire excéntrico. Vestía un turbante y una túnica blanca fruncida en la cintura con una cuerda. De su cuello colgaban dos collares de conchas que chocaban entre sí a cada movimiento.

Pasamos a una habitación en penumbra. Sonaba una canción brasileña que decía: «Todo pasa, todo siempre pasará. La vida viene en olas como el mar...». Enmarcada en la pared, una fotografía de Salvador de Bahía; en un rincón, una cómoda sobre la que reposaban los más

variados objetos. Entorné los ojos para verlos mejor. Había platillos de diferentes tamaños con polvos de colores, conchas, llamativos minerales y todo tipo de estampas y figuras de los santos... Era un altar.

Isabela y yo nos sentamos en un sofá que se hundía casi hasta el suelo. Ella, en un orejero de escay.

—En esta favela hay gente que trabaja duro por la libertad y la paz buscando alternativas saludables para los jóvenes —me explicaba, mirando a Isabela con orgullo—, pero todos sabemos que no es tarea fácil. El Estado prefirió apartar la vista del extrarradio y el narcotráfico ocupó su lugar. Fueron los cárteles los que se encargaron de suministrar agua, luz y gas a los vecinos de muchas comunidades, y durante décadas nos han tiranizado exigiéndonos impuestos, cooperación y silencio. Si vas a quedarte unos días por aquí, ya te habrá dicho Isabela que hay algunas calles por las que no debes pasar.

—Pero vais saliendo adelante —apunté, no queriendo seguir por ahí para no echarme atrás el primer día.

Mi anfitriona asintió.

—Cada vez somos más los que caminamos hacia el mañana por las callejuelas más limpias de las favelas, sin pensar en si también son las más empinadas. Mira estas piernas venidas de Bahía. —Se alzó la falda y dio unos cachetes en su propio muslo—. Te aseguro que pueden soportar todos los escalones que haga falta.

Nos habló de un fantasma con el rebuscado nombre de gentrificación que iba cerniéndose sobre muchas favelas. Consistía en que personas de alto poder adquisitivo se mudaban a barrios baratos que se ponían de moda, obligando a marcharse a los pobladores originales, cuyas rentas más bajas ya no alcanzaban para el nuevo nivel de vida del lugar.

—No sabemos lo que nos esperará mañana —concluyó—. De hecho, cualquiera que, como tú, se asome de repente a este barrio pensará aquello de «esta gente no tiene futuro». Pero no podemos dejar de caminar.

—Es fácil decirlo, pero supongo que no es tan fácil llevarlo a cabo. ¿Cómo se hace para caminar cuando te han robado el futuro?

—¿Qué es el futuro, sino aquello que vamos construyendo en el presente? Ya lo decía Sócrates, y no me refiero al jugador de la selección de fútbol: «Para cambiar las cosas tenemos que concentrar toda nuestra energía no en luchar contra lo viejo, sino en construir lo nuevo».

—Actúa en el presente —resumí, complacido.

—Es algo aún más profundo... —meditó ella, y al poco exclamó—: ¡Vive el ahora!

> Si quieres subir una escalera larga, no mires hacia ella. Mira cada peldaño.
>
> LEONARDO BOFF,
> filósofo brasileño

La santera tenía razón. Y también la tenía Maicon, nuestro guía de la selva.

Los pasados y los futuros, ya sean terribles o utópicos, impiden que nos concentremos como es debido en el presente. Nos nublan la mente y, entre tanta confusión, no somos capaces de pulsar la tecla adecuada en el ahora, el único momento que existe.

El pasado nos bloquea, ya sea un pasado triste que nos corroe como el óxido o un pasado idílico que nos deprime de tanta nostalgia que genera.

El futuro también nos bloquea, ya sea un futuro catastrófico que nos colma de preocupaciones aunque no haya llegado (y quizá no llegue nunca) o un futuro idílico que tampoco llegará porque, mientras gimoteamos por lo que está tardando, no hacemos nada en el presente para conseguirlo.

Libérate del pasado y del futuro.

Vuelve la cabeza. Mira hacia atrás y, de nuevo, hacia delante.

¿Los ves?

Desde luego que no.

Eso es porque no existen.

El juego del Génesis

—Sí que ha sido una visita inspiradora —le confesé a Isabela mientras caminábamos hacia la casa en la que iba a alojarme, situada en el punto más alto de Brasilandia—. Te aseguro que esta mujer tendrá un papel en mi nueva novela.

—Se pondrá contentísima.

—Me gusta su forma de ver las cosas: el ahora es el único momento que existe, el único en el que podemos y debemos actuar para cambiar las cosas. Y me gusta porque no tiene nada que ver con gritar *carpe diem* y ponerse a desbarrar.

—Eso tampoco es del todo malo —repuso con picardía—. Los brasileños aprovechamos al máximo cada oportunidad de disfrutar que se nos presenta, por qué no. Pero lo importante, como le digo a la gente que acude a mis talleres, es que de un modo u otro tengan siempre conciencia plena de lo que están haciendo en cada momento.

—Conciencia plena... Eso está muy de moda también por donde yo vivo.

—Es normal. Con tantos estímulos que nos azotan constantemente, nuestra mente se dispersa, no somos conscientes del instante que vivimos, de las mil posibilidades que ofrece. Mientras nuestros hijos nos piden ayuda para fabricar una de esas cometas —señaló a una azotea llena de hierros de obra desde la que dos niños trataban de hacerlas volar—, estamos pensando en el problema que ha surgido en el trabajo. Y así con todo.

—Es difícil mantener a raya a la mente.

—Pero se puede ejercitar. Yo suelo proponer a mis alumnos un juego con el que, en tan sólo una semana, aprenden a concentrarse a tope en el momento presente.

—Suena bien.

—Además es muy sencillo. Basta con realizar siete pasos de forma progresiva durante siete días.

—Imagínate que soy uno de esos pupilos tuyos, con la mente siempre en mil sitios.

—Allá va —accedió sin rechistar, dando incluso unas palmaditas de satisfacción—. El primer día, lo único que has de hacer es pensar en tu propia respiración. Toma conciencia de que el aire entra y sale de tus pulmones, de que gracias a ese acto mecánico te mantienes vivo y existes en este momento.

»El segundo, sé consciente de las fases que atraviesas a lo largo de la jornada. Cuando te levantas, cuando desayunas, cuando subes al bus, cuando trabajas. Sin dejarte llevar por la rutina, toma conciencia de que cada cosa que haces es lo único que existe en ese momento.

»El tercero, sé consciente de los detalles de tu entorno. Cuando subas al bus observa el estado del asiento, el bigote del conductor, la ropa de la persona que está a tu lado. No lo juzgues, no se trata de que sea bueno o malo. Tan sólo siéntete parte de ese entorno, que es el único que existe en ese momento.

»El cuarto día, abstráete algún rato de ese entorno exterior y observa el tuyo interior. Mientras vayas en el bus, por seguir con el ejemplo, aíslate durante unos minutos de los ruidos de la calle y del motor, de las conversaciones del resto y sé consciente de lo que ronda tu cabeza: las canciones que resuenan en tu mente, las personas que echas de menos o los recuerdos que te generan placer o malestar. Observa ese universo personal, que es el único que existe en ese momento.

»El quinto, pregúntate qué sobra o falta en tu universo personal. Pero de nuevo sin juzgar, sin buscar causas a tu desgracia ni obsesionarte con cómo tendrían que ser las cosas.

»Y el sexto, introduce algún pequeño cambio en cada momento de la jornada. Sirven las cosas más insignificantes. Si se sienta a tu lado en el autobús una persona con quien nunca has hablado, dale tu opinión sobre alguna noticia que hayas oído en el informativo e interésate por lo que piensa ella. Sé consciente de que eres un ser único y que está en tus manos actuar para redirigir tu presente... y con cada pequeña acción dar forma a tu futuro. ¿Qué te ha parecido?

Era una vuelta al inicio del viaje de mi vida, cuando puse rumbo a Sudáfrica gracias al encuentro con Johan en Gante y comprendí la magia de las pequeñas acciones, esos actos que suelen parecernos insignificantes, pero que, realmente, son los que van corrigiendo el timón.

—Te falta el séptimo día —dije, imaginando la respuesta.

—El séptimo día a descansar, como hizo Dios. Pero cuando descanses hazlo también con plena conciencia, no por vagancia o pereza.

—Podrías llamarlo el juego del Génesis —le propuse—. Es como construir un nuevo mundo interior en siete días.

En ese momento se me ocurrió la trama de mi novela *Edén*.

> Las personas tienen que soñar; si no, las cosas simplemente no suceden.
>
> OSCAR NIEMEYER,
> arquitecto brasileño

Seguí andando con Isabela hasta aquella casa en la que me tratarían «como a un hijo», según me había asegurado.

—¿Entramos? —dijo al llegar, viendo que la puerta estaba abierta.

—Si no te importa ve entrando tú para avisarles de que estoy aquí.

Quería estar solo unos segundos. Como había sugerido Isabela al explicarme el juego del Génesis, para vivir el presente con conciencia plena a fin de disfrutarlo como era debido, necesitaba contemplar con calma tanto mi entorno como el interior de mi cabeza.

Me acerqué a una precaria barandilla de tubería que habían colocado a un lado de la escalinata para que los viandantes no se despeñaran por el cerro. Desde allí se obtenía una vista magnífica de la ciudad. Millones de personas burbujeando, cada una con sus propios sueños.

Aquél era el único momento cierto. Para cada una de aquellas personas, el único que existía, el único en el cual hacer, actuar. No había otro secreto.

¿Dónde estaban el pasado y el futuro? Me giré para mirar hacia atrás y no vi ningún pasado. Veinte años ejerciendo como abogado, toda mi música, tantas personas con las que me había cruzado en mi vida, acontecimientos tristes y alegres... No veía ningún pasado porque todo estaba en mí. Cada instante vivido —disfrutado, sufrido, amado— me había convertido en lo que era en ese instante, el único momento cierto. No podía dejar que mi pasado condicionase mi vida, que infectase mi ahora.

Volví a girarme, entorné los ojos hacia delante y tampoco vi ningún futuro. Sólo la posibilidad de construir uno que fuera enteramente mío. El panorama literario está en sus horas más bajas, dije para mí, no puedo saber cómo irán las cosas en un año, o en dos... Pero ¿qué he de hacer entonces? ¿Renunciar a culminar mi carrera hacia lo que realmente amo, amedrentado por un futuro que aún no ha llegado y que yo mismo puedo ir modelando?

Desde luego que no iba a renunciar. Y menos aún cuando, al momento, me formulé esta otra pregunta: ¿qué compraría si tuviera todo el dinero del mundo? La respuesta llegó por añadidura: compraría tiempo para estar con mi mujer y para escribir... ¡Qué paradoja, lo invertiría todo en comprar aquello que ya tenía al alcance de la mano!

Parado junto a la barandilla, con el mar de rascacielos de São Paulo en la lejanía, me quité la mochila.

De pronto parecía fabricada de aire, no pesaba nada...

La abrí.

Estaba vacía.

Vacía de pasados y de futuros, de miedos, de hábitos heredados, de decisiones ajenas, de prejuicios...

Y al mismo tiempo, llena.

Llena de espacio para todos los proyectos nuevos, para todas las aventuras, para toda la excitación que sentiría cuando abandonase definitivamente la zona de confort y empezase a viajar por la de la incertidumbre, esa zona en la que ocurre lo inesperado, lo nunca imaginado, lo que nos emociona, la zona en la que residen las cosas que realmente amamos y que merece la pena perseguir.

De la casa de mis anfitriones salió un niño. Vestía una camiseta con el logotipo de un grupo de capoeira, esa fusión brasileña de danza y arte marcial. Con el desparpajo típico del lugar, al verme sujetar la mochila como si ya no fuera parte de mí, me preguntó:

—¿Me la das?

—Sí —le contesté sin dudar.

—¿De verdad? —exclamó.

Sin duda no esperaba conseguirla tan fácil.

—Pero tienes que prometerme que sólo meterás en ella los libros del colegio y la ropa del gimnasio. Nada de piedras.

—Hecho —dijo él, dibujando un simpático gesto de extrañeza—. Nada de piedras.

Me la arrancó de la mano y, dando media vuelta, volvió por donde había venido.

—¡Vamos allá! —exclamé mientras le seguía al interior de la precaria construcción de ladrillo—. ¡A vivir el ahora!

Y me puse manos a la obra. Tomé un sinfín de notas y fotografías y, de regreso a casa con Cristina, mientras organizábamos cuidadosamente todo lo necesario para empezar una nueva etapa, me dediqué a escribir una novela sobre vivir el ahora, una novela que llamé *Edén* y que —como un preludio de mi vida real— hablaba en clave de ficción de nuestra capacidad de reinventarnos, de empezar de cero, de mi convicción de que para cambiar el mundo por fuera primero tenemos que cambiar por dentro, de provocar un Génesis personal, una novela protagonizada por una joven que reunía el valor necesario para dejar una vida que no era la suya y saltar a una aventura emocionante en la que, aun en los momentos de más penuria, no podía parar de sonreír porque, como dijo alguien, lo que importa no son los años de vida, sino la vida de los años.

CUADERNO DE BITÁCORA

- Saca de la mochila las piedras del pasado y del futuro. Los pasados y los futuros, ya sean terribles o utópicos, te impiden concentrarte como es debido en el presente.
- En el viaje de tu vida, no pierdas tiempo ni amedrentándote porque pronto perderás lo que tienes, ni lamentándote después de haberlo perdido, porque entre lamento y lamento la vida se te va.
- Potencia al máximo tus habilidades, sean cuales sean. No mueres por caer el río, mueres por no salir.
- Grita «¡Vive el ahora!». Si esperas el momento perfecto para reinventarte, jamás lo harás, porque vivimos en un universo caótico en el que no existe la perfección. El único momento válido es el ahora, el único en el que puedes y debes actuar para perseguir lo que amas.

FIN DE VIAJE

MÍRATE AL ESPEJO Y SONRÍE



Aquí estoy.

En la buhardilla de la que te hablaba al principio, sobre una de las fachadas color pastel de Notting Hill.

Terminando este libro.

Viviendo una vida enteramente mía.

¿Has tenido alguna vez la sensación de estar viviendo la vida de otro?, te preguntaba en el prólogo. Yo sí. ¿Has sentido que te falta algo? Yo sí. Pero no ahora.

Hace unos meses dejé el despacho de abogado al que había entregado más de veinte años para dedicarme en exclusiva a la literatura. ¿Por qué? Porque amo escribir.

¿Fue una decisión espontánea? Tras haberme acompañado por el viaje de mi vida, bien sabes que no. Ningún viaje es fácil, ninguno es rápido, ninguno es seguro (recuerda: ¿qué es eso de para siempre?). Pero cuando perseguimos aquello que amamos, esto no supone un problema, ¿verdad? Ya lo decía el poema que inspiró a Mandela en sus momentos más duros: «No importa cuán recto haya sido el camino, ni cuántos castigos lleve a la espalda, soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma...». Lo único que necesitas es dar el primer paso.

«¡Qué suerte poder hacer lo que amas!», siguen diciéndome por la calle. Y yo sigo proclamando que así debe ser siempre, que vivir significa entregarnos en cuerpo y alma a aquellas cosas que nos hacen latir el corazón de una forma especial, que nos dibujan esa sonrisa que no nos cabe en la boca. Los nuevos amigos que hemos hecho en esta vuelta al mundo nos han mostrado que los sueños no tienen tamaño ni forma definidos. Para sentirnos personas completas basta con aceptar el nuestro, sea cual sea, y echar a correr tras él.

Hemos andado muchos kilómetros para llegar hasta aquí. Juntos recuperamos la libertad en Sudáfrica; y sin perder un instante fuimos a buscar nuestro Shangri-la por el Tíbet; y culminamos victoriosos la travesía del desierto de Siria; y aprendimos a pedir ayuda y a dar las gracias entre los morteros de la lejana Cachemira; y superamos nuestros miedos con los piratas de Madagascar; y nos quitamos el reloj en el etíope río Omo; y nos liberamos de las cadenas de los prejuicios en Japón; y seguimos dando pasos adelante cuando las fuerzas flaqueaban hasta la cima del volcán indonesio; y, en Brasil, vaciamos por fin la mochila, sacando las piedras del pasado y del futuro para vivir el ahora, este instante, el único cierto.

De momento, este viaje apasionante me ha traído a una buhardilla londinense en la que me dedico a escribir. ¿Y tú? Camina sin demora hacia ese rincón de tu corazón en el que te mirarás al espejo y verás a la persona que quieres ser. Tal vez aquello que amas te esté esperando entre las cuatro paredes de tu casa; tal vez se trate de empezar a tocar el saxo, como mi padre. O quizá hayas de romper con todo y mudarte al Pacífico para impartir cursos de submarinismo, como la arquitecta suiza Lily. Lo importante es que, cuando llegue el último día y mires atrás, justo antes de cerrar los ojos para siempre, te sientas en paz al poder decir: «He estado a la altura, he

aprovechado el viaje de mi vida».

La semana pasada, nuestros amigos Tomomi y João, una pareja de japonesa y portugués a quienes conocimos en Tokio y con quienes nos hemos reencontrado en Londres, nos llevaron a visitar el Jardín Botánico Real de Kew. Nunca había estado en un vergel semejante. Grande como un bosque medieval y, al mismo tiempo, cuidado con el mimo de un parque nipón.

Tras caminar por los senderos y asomarnos a alguno de los invernaderos en los que crecen bonsáis, cactus y orquídeas, Tomomi se detuvo frente a un pequeño edificio de estilo colonial.

—Te va a encantar lo que hay dentro —me anunció, achinando aún más sus ojos negros.

Mientras los demás esperaban a los niños, me adelanté.

Nada más cruzar la puerta, sentí un escalofrío de emoción.

El interior constaba de dos estancias de madera con sus cuatro paredes cubiertas de cuadros, de arriba abajo. Casi novecientos lienzos, todos ellos con motivos de flores y paisajes de diferentes partes del mundo, organizados por zonas que marcaban unos letreros en lo alto: Australia, Jamaica, Sri Lanka, Tasmania...

Eran obra de una única persona: Marianne North, una inglesa que, en el difícil siglo XIX, alcanzó un sueño imposible: recorrer el mundo entero pintando sus especies vegetales más bellas. Vendió todas sus propiedades y se embarcó con una silla plegable, una sombrilla a prueba del sol y la lluvia, y la convicción de que un día completaría su propio jardín universal.

No podía dejar de dar vueltas sobre mí mismo, saltando de un continente a otro mientras me maravillaba la ilusión inquebrantable de aquella mujer que todavía flotaba en el aire. Convencido de que, cuando Marianne se adentraba en el mar rumbo a un nuevo destino, éste pasaba de inmediato a un segundo plano. El viaje mismo se convertía en el verdadero protagonista, como en el viaje de tu vida. Cuando partes tras un tesoro, nada más dar el primer paso comprendes que el tesoro es el camino; más aún, que el tesoro que has de descubrir eres tú mismo, un ser único y maravilloso.

El verdadero viaje no es aquel del que traes nuevos paisajes, me confesó Marianne en un susurro. El verdadero viaje es aquel del que traes nuevas formas de mirarte a ti mismo.

Cristina y los demás entraron al poco. Al abrir la puerta, junto a ellos se coló una canción de Bob Dylan que provenía de un puesto ambulante de helados. La guitarra sonaba desgarradora y suave al mismo tiempo, como la vida, mientras aquella voz de aire paternal decía: «Si no estás ocupado en nacer, estás ocupado en morir...».

12 de noviembre de 2015

AGRADECIMIENTOS

A todos mis compañeros de viaje, por cada kilómetro recorrido. He visto a través de vuestros ojos, he escuchado por vuestros oídos. Estáis en cada página de este libro.

A mi editor, Alberto Marcos, y a todo el equipo de Plaza & Janés, por apuntarse a este periplo literario tan diferente.

A mi agente, Montse Yáñez, por seguir subida a mi loco tren después de tantos años.

A Rafael Santandreu, por tu lectura y esa gran frase de portada. Un lujo y un orgullo, viniendo del número uno.

A aquellos amigos que habéis leído los borradores cuando me asaltaban las dudas (además de Cristina y de mi madre, que repasan los manuscritos veinte veces). En especial a Ecequiel Barricart, por gritarme al oído «Tú eres Dios»; a Beatriz del Río, por tus sugerencias junto al puesto de fruta de Westbound Grove; y a Francesc Miralles, por tu generosidad sin límites en aquellas charlas sobre el manuscrito por los bares de Hackney.

A Pilar Jericó, por tus reflexiones sobre la quinta opción del ser humano frente al miedo. A Ramiro Calle, por tu recopilación de Cuentos Orientales que incluye una versión del cuento del monje y la vela. La frase «El reloj no existe en las horas felices» es de Ramón Gómez de la Serna. La frase «Eternidad no es duración, es profundidad en el momento» está extraída de una reflexión de Osho. La frase «Lo que importa no son los años de vida, sino la vida de los años» es de Abraham Lincoln.

Quienes hayáis leído mis novelas, veréis que recupero algunas sensaciones viajeras y descripciones que en su día puse en boca de mis personajes. Ha sido divertido que vuelvan a mí, cerrar el círculo.

En cuanto a la banda sonora del libro... He de confesar que no llevo música en los viajes, ya que cada uno supone aceptar un nuevo universo, con nuevas normas y nuevas melodías que marcan tus pasos. Pero, de vez en cuando, perdido entre lejanas pagodas o en mitad de la sabana polvorienta, me sorprendo a mí mismo canturreando una canción. Últimamente, en el viaje de mi vida resuena *El universo sobre mí,* de Amaral. Me emociona esa mujer que, sentada frente a una vela de cumpleaños que se derrite, canta a los cuatro vientos: «Quiero vivir, quiero gritar, quiero sentir el universo sobre mí, quiero correr en libertad, quiero llorar de felicidad; como un náufrago en el mar, quiero encontrar mi sitio, sólo encontrar mi sitio...».

¿Vives la vida que deseas?
¿Sientes que te falta algo?

Andrés Pascual, escritor y viajero, ha visitado cincuenta países. En ellos encontró inspiración para sus novelas y, sobre todo, valiosas enseñanzas que le guiaron en el viaje más importante de todos: el que hizo a lo más profundo de su corazón para descubrir qué amaba de verdad y redirigir su vida.

Acompáñale a lo largo de diez destinos en los que tú también encontrarás las claves para lanzarte a perseguir lo que amas y completar como mereces el viaje de tu vida.

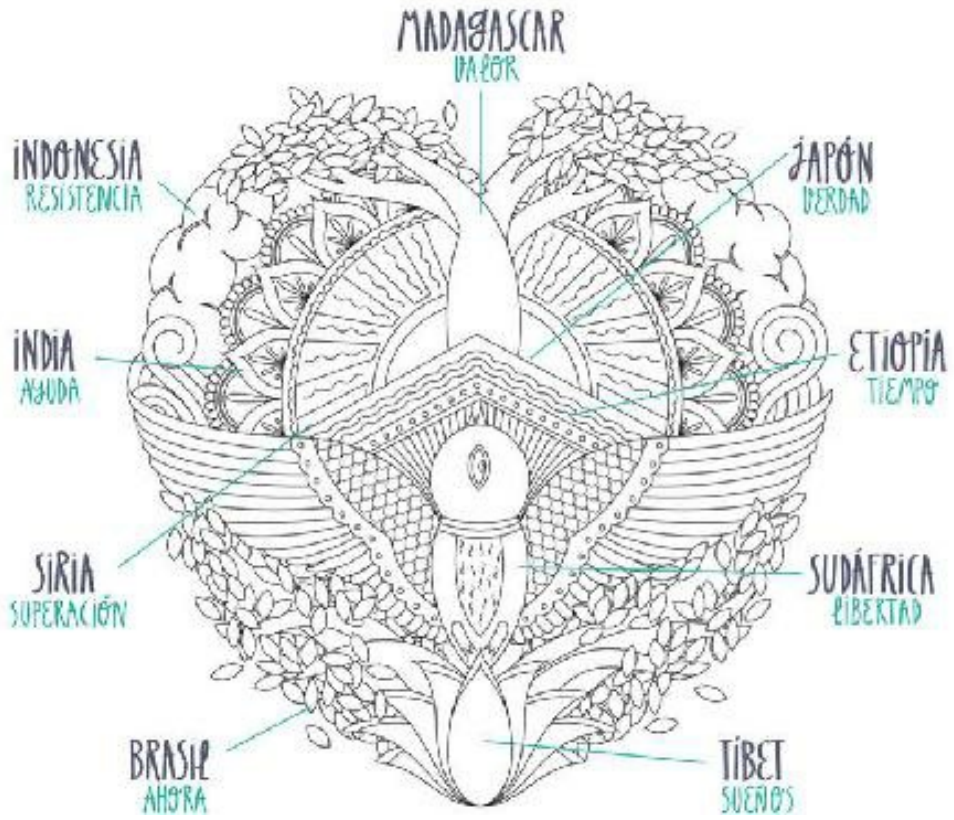
«Nuestra sociedad hace que todos, en un momento u otro, vivamos una vida que no gobernamos, empujados por la inercia del trabajo, por una relación inapropiada, por el caos cotidiano, por la desidia o la frustración. Yo vivía una vida muy cómoda, pero un buen día me miré al espejo y no me reconocí. Entonces comencé a viajar y todo cambió. Hoy escribo este puñado de páginas para compartir contigo mis dos viajes simultáneos, el geográfico y el interior. Quiero que me acompañes y vivas como tuyas las aventuras a través de los diez fascinantes rincones del globo que me empujaron a convertirme en la persona que quería ser, para que tú también te transformes con ellas.

Diez destinos.

Diez herramientas.

Un único objetivo: lanzarte a perseguir las cosas que amas.»

Andrés Pascual


MADAGASCAR
VALOR
INDONESIA
RESISTENCIA
JAPÓN
VERDAD
INDIA
AYUDA
ETIOPIA
TIEMPO
SIRIA
SUPERACIÓN
SUDÁFRICA
LIBERTAD
BRASIL
AHORA
TIBET
SUEÑOS

Andrés Pascual (Logroño, 1969) ha ejercido durante veinte años como abogado. Actualmente vive en Londres y se dedica a la escritura y a impartir charlas sobre motivación por diversos países. Dirige el Aula de Cultura de Diario La Rioja-UNIR y colabora en radio y prensa con secciones sobre los viajes que ha hecho alrededor del mundo. Todas sus obras: *El guardián de la flor de loto*, *El compositor de tormentas* (finalista en el VIII Premio de Novela Ciudad de Torrevieja), *El haiku de las palabras perdidas* y *Edén*, se han convertido en éxitos de ventas y han sido traducidas a varios idiomas.

www.andrespascual.com


@andres_pascual


Andres.Pascual.Oficial

Edición en formato digital: febrero de 2016

© 2016, Andrés Pascual
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustraciones y lettering: © Boa Mistura

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01740-7

Composición digital: M.I. maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

